



LENIN

Y EL TOTALITARISMO

MAURICIO ROJAS



Lectulandia

Al conmemorarse el centenario de la Revolución rusa, Mauricio Rojas presenta un polémico y agudo perfil sobre Lenin. A partir de una reflexión histórica sobre la situación política y social en Rusia desde finales del siglo XIX y principios del XX, el autor describe la creación y auge del partido bolchevique y, principalmente, lo que denomina «contrarrevolución de octubre», es decir, el paso del ideal revolucionario iniciado con los soviets al terror contra el pueblo ruso. De esta manera, Rojas explica y describe el sistema totalitario bajo el régimen de Lenin y Stalin, centrándose en el «Gran Terror» que azotó al pueblo ruso durante gran parte del siglo XX.

Con un relevante análisis de textos escritos de puño y letra por el líder de la Revolución rusa, la propuesta presentada en este ensayo, que expone las contradicciones y brutalidades realizadas durante décadas en nombre de la utopía comunista, interpela al lector invitándolo a pensar de otro modo la importancia de este momento crucial en la historia de la humanidad.

Lectulandia

Mauricio Rojas

Lenin y el totalitarismo

ePub r1.0

Titivillus 04.05.18

Título original: *Lenin y el totalitarismo*
Mauricio Rojas, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Varlam Shalámov escribió alguna vez: «Yo participé en una batalla colosal, una batalla perdida por una genuina renovación de la humanidad». Yo reconstruyo la historia de esa batalla, sus victorias y sus derrotas. La historia de cómo la gente quiso construir el Reino Celestial en la Tierra. ¡El paraíso! ¡La Ciudad del Sol! Y, al final, todo lo que quedó fue un mar de sangre, millones de vidas arruinadas

SVETLANA ALEXIÉVICH
Discurso de aceptación del
Premio Nobel de Literatura
2015

PRÓLOGO

Hace cien años, en 1917, se produjo uno de aquellos hechos que marcarían indeleblemente la historia del siglo xx: después de casi un año de conmociones revolucionarias los bolcheviques, liderados por Lenin, tomaban el poder en lo que había sido el tercer Imperio más extenso de la historia. Se iniciaba así, en las vastas extensiones de la antigua Rusia imperial, una experiencia política sin precedentes que buscaba realizar los sueños de Marx referidos a la creación de un tipo de sociedad cualitativamente diferente a todo lo conocido hasta entonces: el comunismo. El resultado, sin embargo, no fue la instauración de un paraíso terrenal sino el surgimiento del primer Estado totalitario. Al final del día, todo lo que quedó del deslumbrante sueño redentor fue, como bien lo expresó Svetlana Alexiévich en su discurso de aceptación del premio Nobel, «un mar de sangre, millones de vidas arruinadas».

En su momento, también soñé con construir el reino celestial en la tierra. En los círculos en que transcurrió mi juventud revolucionaria no había calificativo más honroso que el de «bolche». Era sinónimo de entrega total a la causa revolucionaria y al partido que la encarnaba. Eso ocurría en Chile a fines de los años sesenta, cuando el país se hundía en una lucha fratricida que terminaría desquiciando a su pueblo y destruyendo su antigua democracia. Yo puse mi granito de arena en esa triste obra de destrucción y lo hice como un «bolchevique», es decir, con absoluta dedicación. Finalmente, ni cambiamos el mundo ni liberamos a nadie. Terminamos como víctimas y como tal nos acogieron generosamente por todas partes. Pero podríamos haber terminado como verdugos, como lo han sido todos aquellos «bolches» que han llegado al poder inspirados por la idea de una transformación total del mundo y la creación del hombre nuevo.

Por ese entonces estudiábamos a Lenin con pasión. El *¿Qué hacer?* y *El Estado y la revolución* eran lecturas obligatorias de todo buen «bolche». Conocíamos al dedillo los entretelones del II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia realizado en 1903, en el que se fundó el bolchevismo. Defendíamos, con absoluta convicción, el derecho de la revolución a instaurar la dictadura del proletariado e incluso, como Lenin nos enseñaba, a ejercer el terror con el objetivo de alcanzar nuestros grandiosos fines. Al mismo tiempo, criticábamos al estalinismo, pero no por su uso ilimitado de la violencia represiva, sino por ser una supuesta degeneración burocrática del ideal marxista-leninista. Pensábamos que circunstancias adversas habían llevado a la perversión del impulso revolucionario original, hasta convertirlo en un monstruoso Estado en manos de una nueva clase privilegiada. No eran el ideal de Marx ni el de Lenin los que habían fracasado, sino su aplicación bajo condiciones desfavorables que habrían forzado su corrupción. Por ello, el sueño revolucionario

seguía vigente y nada había en él que lo ensombreciese.

Solo con el paso del tiempo fui entendiendo la profunda relación que existía entre ideales tan deslumbrantes y una realidad tan penosa. La dificultad fundamental estribaba en comprender cómo del idealismo más ardiente podía surgir tanta maldad y cómo la utopía podía transformarse en terror. Lo más fácil era atribuir esta degeneración a causas circunstanciales o a la perversidad de ciertos líderes, manteniendo así los ideales impolutos. Pero eso fue lo que terminé cuestionando y ello implicó, además, un serio cuestionamiento personal que me obligó a entender que también en ese joven idealista y romántico que había sido se anidaba el potencial para ejercer el mal.

Lo que comprendí es que la bondad extrema del fin puede convertirse en la maldad extrema de los medios, que la supuesta salvación de la humanidad puede realizarse al costo de sacrificar las vidas de incontables seres humanos, que se puede amar a la humanidad en abstracto y despreciar a los hombres en concreto. Esto fue lo que entendí un día, pero no como un problema concerniente a otros, sino como un problema propio pero también de los seres humanos en general. Vi ese potencial de hacer el mal que, de una u otra manera, todos llevamos dentro y que se desencadena bajo ciertas circunstancias y el influjo de ciertas ideas. Vi cómo los hombres se pueden transformar en seres absolutamente inmorales y despiadados respecto del aquí y el ahora con el pretexto de un más allá y un mañana grandiosos. Y vi también cómo dentro del militante revolucionario que un día fui había ido creciendo ese «criminal perfecto» del que nos habla Albert Camus al comienzo de su libro *El hombre rebelde*, es decir, aquel sujeto que puede matar sin remordimientos ni límites, ya que está convencido de hacerlo en nombre de la razón y el progreso.

Este libro trata justamente de esa asombrosa transformación en verdugos de idealistas entregados plenamente a la causa de crear un mundo nuevo para un hombre nuevo. Sus protagonistas son los revolucionarios rusos y principalmente su gran líder, Lenin. Ellos, los tan admirados «bolches» de mi juventud, quisieron abolir la explotación y la opresión del hombre por el hombre pero terminaron creando una maquinaria de explotación y opresión nunca vista en la historia de la humanidad: el totalitarismo. Ahora bien, lo más importante de esta experiencia histórica reside en la constatación de que su resultado no fue casual: estaba inscrito en la esencia misma del sueño redentor que embriagó a los revolucionarios rusos. Esa es la gran lección que nos deja ese intento de realizar el sueño de Marx y traer el cielo a la tierra.

A un siglo de distancia, nos corresponde no solo recordar una historia trágica sino también extraer de ella lecciones relevantes para nuestro presente y futuro. El sistema creado por Lenin y consolidado por Stalin terminó desplomándose bajo el peso asfixiante de su falta de libertad. Sin embargo, el sueño utópico que propulsó su nacimiento no ha muerto. Como un ave Fénix renace de sus cenizas con nuevos

ropajes, pero siempre expresando la voluntad de refundar el mundo y recrear al ser humano. De nuestra imperfección surge la nostalgia de lo perfecto y de nuestras carencias la búsqueda de la plenitud desencadenando, bajo ciertas condiciones, movimientos mesiánicos que pueden terminar, por su afán desmedido de hacer el bien, causando terribles males. Por todo lo anterior es importante recordar la tragedia de Lenin y sus camaradas revolucionarios. Corrió demasiada sangre y demasiadas vidas fueron sacrificadas en nombre de la revolución como para dejar que su lección sea olvidada.

INTRODUCCIÓN

Pensamiento y sistema totalitario

No es posible entender a Lenin ni a sus camaradas revolucionarios sin previamente decir algo sobre la utopía que inspiró su accionar y de cuyo impulso surgió la Unión Soviética. Su origen no es otro que Karl Marx y su deslumbrante promesa de una revolución tan radical y definitiva que sería capaz de emancipar al ser humano de todas sus penurias y bajezas. Un nuevo mundo estaba arribando y en los revolucionarios recaía el deber de abrirle las puertas. Era el momento de la lucha y de la entrega generosa, de las grandes causas y el esfuerzo épico. Esa fue la irresistible invitación que cautivó a aquellos jóvenes que se enrolaron en el partido creado por Lenin a comienzos del siglo xx y que, a partir de 1917, se entregaron a la tarea de construir la sociedad de sus sueños. Este es el gran relato, el «escenario heroico»^[1] en que se inscriben las miles de pequeñas historias que en su conjunto conforman la historia de la revolución bolchevique.

Marx dio forma a una propuesta revolucionaria que giraba en torno a la transformación total no solo del mundo existente sino también del ser humano. La naturaleza humana debía ser rehecha mediante la revolución comunista, surgiendo de la misma un hombre nuevo capaz de forjar una sociedad radicalmente distinta a todas las anteriormente conocidas. Sus palabras junto con las de Engels en *La ideología alemana* son claras al respecto:

Tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, es necesaria una transformación masiva del hombre, que solo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una *revolución*, y que, por consiguiente, la revolución no solo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que derriba* salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.^[2]

El hombre, producto de esa «transformación masiva» («*eine massenhafte Veränderung der Menschen*») es la expresión usada por Marx y Engels) hecha posible por su propia acción revolucionaria, estaría en condiciones de fundar una sociedad cuya característica esencial sería la unidad absoluta del hombre con su especie o, para decirlo en términos hegelianos, el fin de toda separación entre las partes —los individuos— y el todo —la sociedad o comunidad—. Con ello se conforma una «sociedad total», totalizante y totalitaria en el sentido estricto de la palabra, es decir, una sociedad-comunidad donde individuo y colectivo se funden en una unidad que todo lo abarca. De esta manera, Marx y Engels le otorgan nueva vida a aquella vieja utopía de corte mesiánico que anunciaba el advenimiento de un reino celestial en la tierra, poblado por hombres nuevos surgidos de una hecatombe, que los depuraría y los pondría en condiciones de habitar ese reino de armonía y comunidad sin límites.

La promesa redentora, elaborada en *La ideología alemana* y en otras obras de Marx y Engels, encontró con el tiempo miríadas de seguidores entusiastas. Entre ellos, los revolucionarios rusos encabezados por Lenin serían los primeros en disponer del poder necesario para intentar la renovación total del hombre y la sociedad. El resultado fue, en parte, absolutamente congruente con la utopía de Marx, ya que efectivamente se creó la primera sociedad total o totalitaria del mundo contemporáneo. Al mismo tiempo, ni de cerca se cumplieron sus promesas de armonía, reconciliación y felicidad: del sueño del reino celestial sobre la tierra surgió un régimen político de una brutalidad sin precedentes. Este desencuentro entre ideal y realidad ha llevado a muchos a sostener que entre la utopía comunista de Marx y la realidad del totalitarismo soviético no existiría vínculo alguno. El presente texto sostiene un planteamiento diametralmente opuesto a este intento de desvincular el pensamiento de Karl Marx de la obra de sus seguidores, los revolucionarios bolcheviques.

Ahora bien, si uno de verdad quiere *probar*, y no solo *creer*, que entre la *propuesta totalitaria* de Marx y el *sistema totalitario* creado por Lenin existe no un simple vínculo ideológico relativamente superficial sino una *relación de causalidad*, entonces se debe recorrer, paso a paso, un camino que sea capaz de demostrar este vínculo de manera indiscutible, estableciendo la manera concreta en que el ideal de Marx se transforma finalmente en una acción capaz de plasmar esa realidad que podemos conceptualizar como totalitarismo.

Con relación de causalidad quiero decir, para ser más preciso, que las ideas elaboradas por Karl Marx —condensadas en su visión de una futura sociedad o comunidad total, capaz de alcanzar la armonía por medio de la abolición de toda diferencia entre individuo y colectivo— fueron no solo una *fuerza impulsora* y una condición *sine qua non* para la creación del sistema soviético, sino un *componente esencial* del mismo. Con ello no se quiere desconocer la multiplicidad de condiciones, factores e influencias que debieron contribuir para que fuera posible la creación del primer sistema totalitario, es decir, donde se emprende la destrucción sistemática de toda vida social independiente del colectivo representado por el partido-Estado. Esa multiplicidad de factores existe y será destacada en las páginas que siguen, pero estos elementos no pueden explicar el resultado alcanzado, es decir, la formación de la Unión Soviética, sin incluir su componente ideológico, constituido por las ideas que inspiraron el accionar de los revolucionarios rusos.

El propósito de este libro es mostrar que el totalitarismo, en tanto sistema social, no es más que el intento de realizar en la práctica aquella idea referida a una sociedad-comunidad sin divisiones ni conflictos internos, donde el hombre se convierta en lo que Marx definió como «individuo total» (*totalen Individuen*) o también «ser-especie» (*Gattungswesen*), sin derechos, propiedad o intereses que lo separen del

colectivo.^[3] Esto hace del concepto de totalitarismo un fenómeno más amplio que su expresión de origen marxista, que es solo una de las propuestas ideológicas que intentaron realizar esta fusión del individuo con el colectivo. El nacionalsocialismo fue otra variante del mismo fenómeno, tal como lo es en la actualidad el fundamentalismo islamista. Esto no quiere decir que el sistema totalitario —ya sea el soviético u otro— haya logrado de hecho la destrucción de toda vida social independiente y con ello el control absoluto sobre el individuo. Esto es algo que debe ser estudiado y determinado en cada caso. Lo central de mi definición del totalitarismo reside en el intento sistemático de lograrlo, es decir, en la construcción de un sistema social que se estructura en torno a ese objetivo. Un sistema de esta naturaleza fue el que se construyó en la Unión Soviética y todo indica que llegó a grados verdaderamente asombrosos de control sobre la población y de destrucción de toda vida social independiente.

A partir de esta perspectiva y de las definiciones aquí propuestas, se procederá en este ensayo a estudiar, en primer lugar, la conformación de las ideas esenciales del pensamiento de Lenin, pasando luego al análisis del proceso de construcción del partido totalitario, que es su contribución decisiva al marxismo revolucionario. A continuación me referiré al proceso de formación del sistema totalitario en la Rusia soviética, desde 1917 hasta su consolidación a mediados de la década de 1930. El presente libro comienza, sin embargo, abordando la historia y las condiciones tanto sociales como políticas de Rusia a comienzos del siglo xx. La brevedad relativa de este capítulo introductorio no implica que se pretenda disminuir la enorme importancia de la herencia histórica rusa para explicar lo realmente acontecido. La «Rusia soviética» aquí analizada no puede ser comprendida en plenitud sin tener en cuenta que se trata justamente de eso, de una «Rusia soviética», es decir, una realidad histórica encerrada bajo la palabra «Rusia» que será transformada radicalmente por un proyecto ideológico específico, condensado en la expresión «soviética». El hecho de que se ponga acento en el proyecto ideológico que Lenin hereda de Marx tiene que ver con lo que esta obra pretende demostrar, que no es otra cosa sino la esencialidad de ese proyecto para comprender no solo el surgimiento sino también la estructura misma y el funcionamiento de lo que llegó a ser la Unión Soviética.^[4]

PREMISAS HISTÓRICAS DEL TOTALITARISMO SOVIÉTICO

El despotismo oriental

Rusia nació y se desarrolló como un país frontera entre Asia y Europa, terreno disputado por pueblos y civilizaciones diversos. Influenciada tanto por el cristianismo ortodoxo como por los descendientes de Gengis Kan, mezcla de formas feudales europeas y asiáticas de organización social y política, Rusia fue hija de la expansión del Principado de Moscú, primero siendo tributaria de los mongoles o tártaros que lo habían sometido durante la primera mitad del siglo XIII y luego, desde 1480 bajo el reinado de Iván III (1462-1505), como Estado de hecho independiente. El primer paso hacia esa independencia fue adoptar una posición intermedia entre los mongoles y los demás príncipes rusos. Los príncipes de Moscú, desde el reinado de Iván I (1325-1340), se transformaron en recolectores de tributos para el Gran Kan y señores respecto del resto de los príncipes rusos. Esto es lo que Marx definió como «esa extraña mezcla de señorío y servidumbre», por medio de la cual los príncipes moscovitas, para finalmente poder derrotar a los mongoles, se vieron en la necesidad de «tartarizar» o «mongolizar» su propio reino.^[5]

Para construir el nuevo Estado de Moscú, Iván I y sus sucesores tomaron como modelo el sistema político de los mongoles, en particular las relaciones de dependencia personal de los súbditos respecto del monarca y la absoluta preeminencia del aparato estatal centralizado. Se crea así una forma de «régimen patrimonial» que, a partir de la descripción realizada por el historiador Richard Pipes, descansaba sobre cuatro pilares: «El monopolio de la autoridad política; el monopolio de los recursos económicos y del comercio al por mayor; el derecho del gobernante a exigir servicios ilimitados de sus súbditos y la ausencia de derechos, ya sea individuales o de grupo; el monopolio de la información pública».^[6] Es incluso probable que la famosa *obshchina*, la comuna rural rusa considerada por los autores eslavófilos como el rasgo más originario y auténticamente eslavo de Rusia, no sea más que una adaptación, en el curso del proceso que aquí se está describiendo, de formas típicamente asiáticas de recolección de tributos y control social.^[7] Marx ha resumido este proceso de «orientalización» de Moscú con las siguientes palabras: «Moscú fue educado y creció en la terrible escuela de la servidumbre mongola. Se hizo fuerte únicamente haciéndose un artista en el arte de la servidumbre».^[8]

Es justamente esto lo que le da su carácter complejo e interesante a la lucha de los príncipes de Moscú contra los mongoles y es por ello mismo que, a pesar de que Moscú viese su lucha como un enfrentamiento entre la cristiandad y la barbarie asiática —y aunque sus príncipes asumiesen el título de Zar (César) desde 1547 para marcar su continuidad con el legado de Roma y se proclamasen jefes de la Iglesia ortodoxa—, no es posible ignorar la herencia decisivamente asiática del nuevo

Imperio.

Una parte muy significativa de esta herencia reside en la fortaleza e independencia del aparato estatal construido en torno al poder absoluto del zar. Según el historiador económico Alexánder Gerschenkron, es este «papel mucho más independiente del Estado y la subordinación de una gran parte de los procesos económicos al juego de las fuerzas políticas» lo que distingue a la historia rusa del resto de Europa.^[9] Esto mismo sería expresado por Gerschenkron en otro contexto al decir que en Rusia «el Estado —la así llamada superestructura— ha sido el creador de la base económica, de manera tal que, en realidad, el Estado ha sido la base —la infraestructura— y la economía y las relaciones sociales conectadas con ella fueron, en diverso grado, el producto del Estado y, como tal, una superestructura sobre la base política».^[10]

El fundamento social y económico de la Rusia zarista eran las incontables comunas campesinas en las cuales se organizaba la abrumadora mayoría de una población crecientemente sometida a la servidumbre, hasta la abolición de esta última en 1861.^[11] La comunidad campesina u *obschina* no era una organización igualitaria sino que estaba patriarcalmente estratificada y dividida en sectores con acceso diferencial a la tierra y con un peso diverso en el seno de la comunidad. Estos colectivos, que detentaban el derecho al uso de la tierra y la redistribuían con regularidad, respondían como grupo por el mantenimiento del orden social y el pago de los tributos, estando sometidos a los señores de la tierra o directamente al zar. La distribución de la masa campesina entre los señores de la tierra y el zar varió por períodos, pero el zar siempre ejerció el control directo sobre una significativa cantidad de campesinos. Así, por ejemplo, a mediados del siglo XIX, el Estado zarista poseía unos veinte millones de siervos, es decir, alrededor de las dos quintas partes de la población campesina total del país. Aún a comienzos del siglo XX, y con posterioridad a las grandes reformas modernizadoras de Piotr Stolypin, la *obschina* mantenía su condición de institución dominante al interior del campesinado. En 1915, el noventa por ciento de la tierra perteneciente a los campesinos estaba compuesta por pequeñas parcelas dispersas, cuya utilización dependía de regulaciones colectivas.^[12]

Tal como varios autores lo han señalado —entre ellos Marx y Engels—, existía en Rusia una fuerte interdependencia entre la comunidad campesina y el Estado absolutista, formando una combinación particular de aquel tipo de despotismo que ha caracterizado a muchas de las grandes culturas asiáticas y que por ello mismo ha recibido el nombre de «despotismo oriental».^[13] Marx, por su parte, usó la expresión «modo asiático de producción» para conceptualizar el fundamento estructural del despotismo oriental.^[14] En cuanto a Rusia, es justamente la existencia de esta combinación entre comunidades campesinas subyugadas y despotismo centralizado lo que hace que tanto Marx como Engels usen términos como «asiática» o «semiasiática» para definirla. El siguiente texto de Engels resume con claridad las

ideas de ambos pensadores al respecto:

Este aislamiento absoluto entre las distintas comunidades, que ha creado en el país intereses, cierto es, iguales, pero en ningún modo comunes, constituye la base natural del *despotismo oriental*; desde la India hasta Rusia, en todas partes en donde ha predominado, esta forma social ha producido siempre el despotismo oriental, siempre ha encontrado en él su complemento. No solo el Estado ruso en general, sino incluso su forma específica, el despotismo zarista, no cuelga, ni mucho menos, en el aire sino que es un producto, necesario y lógico, de las condiciones sociales rusas.^[15]

En el texto recién citado es posible captar un aspecto fundamental de la estructura social rusa. Engels hace referencia al «aislamiento absoluto» en que se encontraban las comunidades entre sí. Este mismo aislamiento se daba, como bien lo ha señalado Richard Pipes,^[16] respecto de la sociedad rusa en su conjunto, creando en el campesinado un fuerte sentimiento de pertenencia exclusiva a su comunidad o aldea, que constituía todo su universo de vida —tal como lo expresa la palabra *mir*, que significa al mismo tiempo comunidad, aldea, mundo y universo, pero también paz—. Todo lo externo a la comunidad resultaba extraño y amenazante, particularmente el Estado, del cual solo podían provenir exacciones en forma de impuestos y levadas obligatorias. Esto hace del campesino ruso un «anarquista instintivo»,^[17] un rebelde natural cuya principal reivindicación era que le diesen más tierra y lo dejaran vivir en paz. Según Orlando Figes, «lo que deseaba era *volia*, el antiguo concepto campesino de libertad y autonomía sin frenos de cualquier poder».^[18] Al mismo tiempo, toda su mentalidad estaba dominada por la propiedad regulada comunitariamente. La tierra era o debía ser de quienes la trabajaban, de quienes disponían de la misma organizados como comunidad, y ni siquiera existía una palabra para designar la propiedad de la tierra sino más bien su posesión.^[19] Ello hacía de los campesinos no solo «anarquistas instintivos» sino también lo que podríamos llamar «comunistas espontáneos» y por ello altamente receptivos a una agitación revolucionaria que atacaba simultáneamente al Estado existente y a las clases propietarias. Lo mismo crea entre los obreros rusos, cuyo origen campesino era en regla muy reciente, un fuerte sentimiento anarquista-socialista de decisiva importancia para entender el gran apoyo que los partidos revolucionarios de corte socialista lograrían entre las masas obreras.

Todos estos elementos de la herencia histórica y cultural del pueblo ruso facilitarán enormemente el auge de la marea revolucionaria de 1917, pero los mismos nos ayudan también a entender la encarnizada resistencia que, como luego se verá en detalle, la gran mayoría de ese pueblo opondrá al surgimiento de un nuevo poder estatal despótico, que superaría con creces todo lo hasta entonces conocido, cuando Lenin y los bolcheviques lleguen al poder.

Modernización y autoritarismo

El desarrollo histórico de Rusia se caracterizó, como bien lo ha expuesto Alexánder Gerschenkron, por una dinámica peculiar.^[20] Las necesidades militares del expansivo Imperio ruso lo llevaron repetidas veces a intentar modernizar u «occidentalizar» el país y crear de ese modo una base productiva que fuera a la par con la de otras potencias europeas. Sin embargo, estos intentos terminaron conduciendo al resultado contrario, es decir, al incremento de los rasgos «asiáticos» y pre modernos, fortaleciendo el carácter despótico de la organización político-social y la carga de servidumbre que soportaban las grandes masas del pueblo ruso. La explicación de esta dinámica, que terminaba no solo frustrando los intentos modernizadores sino además acrecentando los rasgos tradicionalmente opresivos del zarismo, está en que los intentos de modernización se basaban en una mayor extracción forzada de recursos agrícolas y ello implicaba, a su vez, tanto un aumento de la opresión a que estaban sometidos los campesinos como un incremento de la capacidad de control y represión del aparato estatal zarista. Las protestas y, a menudo, los violentos levantamientos campesinos terminaban conduciendo a períodos de reacción política, terror y falta casi total de libertades. Esta dinámica, en que se buscaba el «progreso a través de la coerción»,^[21] puede ser observada ya desde antes del reinado de Pedro el Grande (1682-1725), el gran modernizador del Imperio ruso, pero es igualmente visible en los intentos de modernización e industrialización de la segunda mitad del siglo XIX. De manera sorprendente, pero que marca una evidente continuidad histórica, se puede observar una dinámica similar, si bien llevada a su paroxismo, bajo el período de industrialización forzada dirigida por Stalin. De esta manera, la mayor «modernización» en la historia de Rusia fue pagada con un terror y una servidumbre que hicieron palidecer a los peores excesos tanto de Pedro el Grande como de Iván el Terrible.

Un momento de singular importancia en la historia rusa moderna fue la abolición de la servidumbre, decretada por el zar Alejandro II en 1861. La causa directa de esta medida fue la derrota del ejército ruso en la guerra de Crimea, ocurrida entre 1853 y 1856. El fracaso militar, a manos de tropas anglo-francesas, puso en evidencia tanto la aplastante superioridad tecnológica e industrial de Gran Bretaña y Francia como la incapacidad de la vieja Rusia de ganar una guerra —incluso en su propio territorio—. La caída de Sebastopol en septiembre de 1855 fue, a la vez, un hecho traumático y una campanada de alerta para la élite rusa. La toma de conciencia de esta nueva situación desencadenó un gran debate sobre el destino de Rusia —sobre el cual volveremos más adelante— y diversos intentos modernizadores orientados a restablecer la potencia militar del imperio. La primera medida al respecto fue la ya mencionada abolición de la servidumbre, seguida posteriormente por una serie de

intentos de industrializar Rusia.

La abolición de la servidumbre evidenció con toda claridad la ambivalencia, finalmente fatal, de los intentos modernizadores del régimen zarista. El zar, temeroso de dañar los intereses de la aristocracia y perder el control sobre la masa campesina, elaboró una reforma que, por una parte, endeudó al campesinado y no lo dotó de tierras suficientes y que, por otra parte, reforzando la presencia de la *obschina*, impedía el pleno desarrollo de la propiedad privada y con ello de una economía moderna de mercado en el campo. El resultado fue el descontento generalizado de los campesinos y la perpetuación del atraso tecnológico en la agricultura rusa, situación que se haría cada vez más patente a partir de la aceleración del proceso de modernización de algunos de los centros urbanos más importantes del país. Esto conduciría, finalmente, a la existencia de un país profundamente escindido, con elementos significativos de modernidad en sus ciudades más importantes rodeadas por un gran atraso agrario. De acuerdo al censo de población de 1897, usado por Lenin en su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, cerca de cinco sextas partes de la población total de Rusia trabajaban por entonces en el sector agrario.

Hacia fines del siglo XIX se puede, con todo, observar un cambio relevante: el paso de la creación de unos cuantos establecimientos manufactureros o industriales ligados a las decisiones del Estado zarista a un amplio proceso de industrialización que, a pesar de sus limitaciones, logra introducir un elemento de modernidad económica y social inexistente en Rusia hasta entonces.^[22] Este proceso cobra ímpetu producto de la gran demanda proveniente del Estado, embarcado en grandes planes de desarrollo estratégico, así como por las posibilidades de importar capital y tecnología avanzada proveniente de Europa Occidental. Esta combinación crea una fuerte tendencia a la concentración del proceso de industrialización, tanto en un sentido geográfico como en cuanto al tamaño de los establecimientos industriales mismos. Surge así una importante masa obrera aglutinada no solo en unos pocos centros urbanos sino además en grandes industrias, ya que los establecimientos industriales rusos superaban con creces las dimensiones medias de sus contrapartes occidentales.^[23]

En vísperas de la Revolución de 1917, las nuevas formas de producción envolvían solo a una pequeña parte de la población rusa, con poco más de tres millones de obreros, pero esta limitación numérica se veía más que compensada, en términos de sus posibilidades de movilización y presión políticas, por su extraordinaria concentración en aquellas grandes ciudades que eran, al mismo tiempo, los centros clave del poder imperial. Se generan, entonces, aquellas condiciones estructurales que harían posible que una pequeña élite política, poniéndose a la cabeza de una parte significativa de este nuevo proletariado industrial, lograra hacerse con el poder, para posteriormente mantenerlo aun teniendo escasa inserción e influencia entre aquellos campesinos que, finalmente, conformaban la abrumadora mayoría del país. Esta circunstancia recuerda aquel rasgo histórico de la estructura social rusa por el que un

poder fuertemente despótico y altamente centralizado era capaz de imponerse a las grandes masas campesinas que, por su dispersión y aislamiento, nunca fueron capaces de oponerse de manera eficaz a la minoría que regía el país. La historia volvería así, en cierta medida, a repetirse, pero esta vez no como una farsa sino como una tragedia de proporciones inconmensurables.

Esto último es, sin duda, una condición esencial que posibilitó la realización práctica del proyecto ideológico de una sociedad total, pero esta condición ni lo determina ni lo explica. Lo que va a surgir en Rusia en 1917 es algo cualitativamente nuevo, donde la herencia del pasado será la materia prima a partir de la cual se forjará una sociedad radicalmente distinta de las bases que la hicieron posible. Recordando una célebre frase de Marx, no hay que perder de vista que los hombres efectivamente *hacen* su propia historia, pero no «a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado».^[24] Reducir la historia a las circunstancias o a las así llamadas estructuras es simplemente negarla, haciendo de un proceso vivo —que esencialmente involucra y se define por lo que el filósofo Julián Marías llamó su carácter «proyectivo» y «futurista»^[25]— una mera proyección determinista sin voluntades, sin proyectos ideológicos ni sueños de futuro o, para decirlo más drásticamente, sin seres humanos. Es por ello que los intentos de reducir el futuro Estado totalitario soviético a un producto de la herencia histórica de Rusia son tan insatisfactorios.^[26]

Populismo, terrorismo y marxismo

Justamente para entender el aspecto activo, proyectivo y futurista del proceso sobre el que trata este libro es que resulta necesario introducirse en el gran debate sobre el desarrollo futuro del país que sacude a Rusia durante la segunda mitad del siglo XIX. La necesidad de un cambio radical como condición para la supervivencia misma de Rusia se hace plenamente presente desde la citada derrota en la guerra de Crimea. Se conforma entonces aquello que los rusos designarán con el término de *intelligentsia*, es decir, una intelectualidad profundamente descontenta con el estado de cosas imperante y que terminará dando origen no solo a la serie de movimientos políticos que en este capítulo se abordarán, sino también a un gran debate intelectual y literario.^[27] De su importancia se ha llegado a afirmar que «ninguna clase en la historia rusa ha tenido un impacto más trascendental sobre los destinos de esa nación y, a decir verdad, del mundo».^[28]

Las condiciones de gestación de esta intelectualidad rebelde, que pronto pasará de las ideas a la acción revolucionaria, son similares a las que existían en la Alemania en que creció Marx. La frustración generada por la conciencia del atraso, la certidumbre de estar viviendo en un mundo ya superado pero que se obstina, gracias a la existencia de un poder autoritario, en seguir perpetuándose, creó aquel intersticio histórico entre una realidad caduca y un futuro que tarda en nacer que es tierra fértil para el surgimiento de la utopía revolucionaria. En otras palabras, es el momento en que el intelectual, hastiado de todo aquel atraso que le circunda, se lanza a pensar un mundo distinto, puro y reluciente, incontaminado por las lacras del presente y poblado por un tipo nuevo y superior de hombre.

En Rusia esta reacción intelectual ante el atraso del país tomará inicialmente la célebre forma del nihilismo,^[29] con su rechazo radical a todos los valores e instituciones imperantes, sus actitudes irreverentes y sus vestimentas provocativas.^[30] Se trata de jóvenes que se autodefinían como la «nueva gente». Uno de sus más destacados exponentes, Dmitri Písarev, describió así a esta juventud en uno de los textos más influyentes de su generación, *El proletariado pensante*, de 1865: «Los hombres nuevos ni pecan ni se arrepienten; siempre reflexionan y, en consecuencia, solo cometen errores de cálculo (...) Para la nueva gente, la bondad y la verdad, la honradez y el conocimiento, el carácter y la inteligencia, son idénticos».^[31]

De esos jóvenes rebeldes, imbuidos de un profundo malestar frente a la sociedad rusa, surgirán aquellos revolucionarios e incluso terroristas profesionales que pronto remecerán a Rusia con sus acciones. El destacado anarquista Mijaíl Bakunin escribirá lo siguiente sobre estos jóvenes en una carta fechada en abril de 1869: «Son magníficos estos jóvenes fanáticos, creyentes sin Dios, héroes sin ambigüedades».^[32]

Cuando escribía estas exaltadas palabras, Bakunin tenía en su pensamiento a su admirado y tristemente célebre terrorista Serguéi Necháyev, que el año anterior había compuesto un breve manifiesto que tendría una influencia significativa y duradera, el *Catecismo del revolucionario*, que en su primer punto contiene la definición más paradigmática del revolucionario profesional: «El revolucionario es un hombre condenado. No tiene intereses personales, no tiene relaciones, sentimientos, vínculos o propiedades, ni siquiera tiene un nombre. Todo en él se dirige hacia un solo fin, un solo pensamiento, una sola pasión: la revolución».^[33]

En este ambiente de rebeldía intelectual surgirá también el así llamado «socialismo agrario», una influyente corriente de pensamiento que ve una posibilidad única de unir el espíritu colectivo de la comunidad campesina, la *obshchina*, con los mejores avances del occidente industrializado, para dar así un salto histórico que le permitiese a Rusia llegar al socialismo o comunismo del futuro sin pasar por la dolorosa experiencia del capitalismo. Esta es una idea que, sorprendentemente, Marx mismo hizo suya, tal como consta en los famosos esbozos de respuesta a la pregunta que al respecto le había dirigido una de las más célebres revolucionarias rusas de entonces, Vera Zasúlich. Los borradores de la respuesta de Marx, de febrero-marzo de 1881, encierran todo el programa de este utopismo eslavófilo que mezclaba pasado y futuro, el comienzo y el fin de la gran tríada histórica, con ayuda de una dialéctica que habría hecho palidecer al propio Hegel:

Rusia es el único país europeo en el que la «comunidad agrícola» se mantiene a escala nacional hasta hoy día (...) Por una parte, la propiedad común sobre la tierra le permite transformar directa y gradualmente la agricultura parcelaria e individualista en agricultura colectiva (...) Por otra parte, la existencia simultánea de la producción occidental, dominante en el mercado mundial, le permite a Rusia incorporar a la comunidad todos los adelantos positivos logrados por el sistema capitalista sin pasar por sus Horcas Caudinas.^[34]

Entre los grandes intelectuales rusos que propagan este tipo de ideas está Nikolái Chernyshevski, cuyas obras tuvieron un gran impacto sobre Marx y, además, una influencia importante sobre Lenin. La idea descrita anteriormente y que hace referencia a la posibilidad de Rusia de saltarse «los estadios intermedios del desarrollo» está ya plenamente elaborada en su *Crítica de las prevenciones filosóficas sobre la posesión en común de la tierra*, de 1859. Andrzej Walicki, en su estudio del debate sobre el capitalismo entre populistas y marxistas en Rusia, resume la idea de Chernyshevski de una manera que nos permite entender la fascinación que Marx mostraba por la misma: «Su argumento principal a favor de la comuna era una concepción dialéctica del progreso, según la cual el primer estadio de todo desarrollo es, normalmente, similar en su forma al tercero; por ello el colectivismo comunitario primitivo es similar en su forma al colectivismo desarrollado de una sociedad socialista y puede facilitar el paso a la misma».^[35]

Estas ideas conducirán, durante la década de 1870, al surgimiento del así llamado «populismo» (*narodnichestvo*), designación que se hace común a partir de uno de los

acontecimientos más notables de aquellos tiempos: la famosa «ida al pueblo» en 1873 y 1874, en la que participaron miles de jóvenes «populistas» (*narodniki*) de las clases acomodadas urbanas que buscaban un reencuentro con el «alma rusa», yendo a ese pueblo, es decir, a los campesinos, que aún mantendrían el espíritu ruso incontaminado por la modernidad y el proceso de urbanización. Aquellos jóvenes, bajo el ímpetu descrito, partían al campo vestidos a la usanza campesina. En un principio, el movimiento fue iniciado tan solo por algunos individuos, para luego dar paso, de manera inesperada, a un movimiento masivo. Este «acto de rousseauismo colectivo»^[36] fue descrito de la siguiente manera por uno de sus participantes:

Nunca se ha visto nada similar, ni antes ni después (...) Era un grito potente que salía no se sabe de dónde y que llamaba a las almas vivas a participar en la gran obra de redención de la patria y del género humano. Y las almas vivas, escuchando este grito, se alzaban llenas de dolor y de desdén por su pasado y, abandonando sus casas, sus riquezas, los honores, la familia, se lanzaban al movimiento con una alegría, un entusiasmo, una fe, que no se experimenta más que una sola vez en la vida y que una vez perdida ya no se vuelve a encontrar.^[37]

Diversas organizaciones van a encarnar el espíritu revolucionario del populismo, orientando de manera cada vez más resuelta sus acciones contra el régimen zarista, visto este último como el obstáculo decisivo para una reforma social que permitiese salvar el «alma rusa» por medio de la creación de una sociedad que repudiase tanto el viejo orden social como el nuevo régimen capitalista que, a pesar de ser reciente en Rusia, comenzaba a amenazar la supervivencia de la cada vez más mitificada *obshchina*. Sin embargo, la falta de apoyo popular a las nuevas ideas, particularmente entre los campesinos, condujo a un desarrollo que enrioló a parte de la *intelligentsia* revolucionaria en la vía del terrorismo. Atentar contra los altos funcionarios zaristas —y en particular contra el zar mismo— pasará a ser el *non plus ultra* de la causa para los círculos de revolucionarios profesionales, quienes se entregarán totalmente a una lucha rigurosamente clandestina que exigía una férrea disciplina.

Surge entonces un prototipo tanto de revolucionario como de organización revolucionaria que serán el modelo que a comienzos del siglo xx fascinará a Lenin, si bien este descarta en su totalidad la ideología populista, así como la idea del «terror aislado» —pero no del terror en sí, como ya se verá— como método de lucha. Más adelante profundizaremos este argumento, es decir, el modo en que Lenin propondrá el modelo populista-terrorista como ideal de organización revolucionaria.

El momento culminante del movimiento populista ocurrió el 1 de marzo de 1881 cuando Ignacy Hryniewiecki, un miembro de la organización Voluntad del Pueblo, asesina al zar Alejandro II. Lo que entonces sucedió vino, sin embargo, no solo a frustrar las expectativas políticas de los populistas sino, de hecho, a poner fin a sus actividades revolucionarias. Como sostiene Andrzej Walicki:

Las esperanzas revolucionarias, sin embargo, se vieron amargamente frustradas. Su acción no provocó caos ni agitación revolucionaria sino, por el contrario, la consolidación de la autocracia. En vez de la libertad política se instauró un régimen de la reacción más extrema y en vez de un aumento enorme de la fuerza y popularidad del partido, el asesinato del zar fue seguido por una acción represiva que en la práctica puso fin a la actividad

revolucionaria dentro de los confines de Rusia.^[38]

La debacle del terrorismo populista si bien no eliminó completamente al populismo como corriente ideológica llevó al surgimiento de una nueva forma de reacción contra el orden imperante en la Rusia imperial. Se trata de una corriente dentro de la *intelligentsia* que plantea la occidentalización plena de Rusia como solución a sus problemas.^[39] Esta corriente rechaza desde la autocracia zarista hasta la famosa *obschina* y la búsqueda mística del «alma eslava». Todo lo que tuviera relación con oriente debía ser erradicado del país. Lenin, que fue uno de los típicos exponentes de esta corriente anti-populista, resumía estos deplorables rasgos en el concepto de *aziatchina*.^[40]

Para estos intelectuales occidentalizantes, el capitalismo debía jugar aquel rol clásico que se le asigna dentro del marxismo, como elemento decisivo y necesario del desarrollo que lleva al nacimiento de una nueva sociedad. Sin embargo, pronto surgirían agrias disputas acerca de cuándo el capitalismo ha logrado o logrará el nivel de desarrollo suficiente para ser superado por una sociedad socialista. Entre estas tendencias occidentalizantes, el marxismo será pronto la ideología predominante. Ya en 1883 se crea, en el exilio, la primera organización marxista rusa bajo el nombre de Emancipación del Trabajo, dirigida por ex populistas como Gueorgui Plejánov y Vera Zasúlich. Esta generación de *founding fathers* del marxismo ruso vería, veinte años después, cómo algunos de sus jóvenes discípulos se arrojarían sobre ellos para expulsarlos de la escena política como si fueran un resto decrepito del pasado. El más despiadado de todos ellos ingresará en la historia con el seudónimo de Lenin.^[41] Habían sembrado vientos y cosecharían tempestades, que terminarían devastando muchísimo más que las vidas de unos cuantos viejos luchadores revolucionarios.

LENIN Y EL PARTIDO TOTALITARIO

Volodia se convierte en Lenin

Vladímir Ilich Uliánov nació el 10 de abril de 1870^[42] en la ciudad de Simbirsk (hoy Uliánovsk, a unos 900 kilómetros hacia el este de Moscú) junto al Volga, el río más largo y caudaloso de Europa. Era el tercer hijo de una familia acomodada y culta, que producto de su origen mongol, sueco, alemán, eslavo y judío^[43] representaba esa mezcla entre Europa y Asia tan propia de Rusia y tan visible en los rasgos físicos tanto de Vladímir Ilich como de su progenitor. Iliá Nikoláyevich Uliánov, el padre de «Volodia» —forma familiar para referirse a los Vladímir—, había realizado una brillante carrera como funcionario público que llegó a su cúspide con el cargo de director provincial de escuelas y consejero de Estado, distinción que le valió acceder a la nobleza hereditaria —adquirida por derecho en el caso de los funcionarios públicos de más alto rango—, condición que heredó el joven Volodia en 1886.^[44]

La infancia de Vladímir estuvo rodeada de todos los privilegios producto de la posición de su padre así como de las rentas producidas por las tierras heredadas del abuelo materno Alexánder Blank, quien también accedió a la nobleza hereditaria. Hélène Carrère d'Encausse —quien se ha especializado en estudiar la historia rusa contemporánea— señala que «la familia del joven Uliánov no es ni pobre ni proletaria. La casa en la que crecerá es hermosa, espaciosa y de dos plantas, signo de relativa prosperidad; varios criados se afanan en ella».^[45]

El joven Volodia resulta ser un estudiante brillante que, tal como su hermano mayor, concluye sus estudios secundarios con las más altas distinciones. El director del *gymnasium* de Simbirsk, Fiódor Kerenski, escribirá las siguientes líneas sobre quien llegaría, en 1917, a ser el rival más encarnizado de su hijo, el futuro jefe del Gobierno Provisional, Alexánder Kerenski: «Muy talentoso, invariablemente diligente, alerta y confiable, Uliánov fue el primero en todos los cursos y en la graduación obtuvo una medalla de oro por ser el alumno más meritorio en resultados, desarrollo y conducta».^[46]

El destino de Vladímir fue, sin embargo, muy distinto al que sus progenitores y maestros pudieron imaginar. Si bien accedió a la pubertad cuando el populismo militante de carácter terrorista se hallaba prácticamente erradicado, este apareció ante él de una manera directa y dramática. Su hermano mayor, su querido y admirado «Sasha», Alexánder Ilich Uliánov, fue uno de los protagonistas de un intento frustrado de atentar contra la vida del zar Alejandro III. Este fue uno de los últimos intentos terroristas inspirados en la tradición populista y le costó la vida al joven Sasha, de apenas 21 años, quien fue ahorcado en la fortaleza de Schlüsselburg al amanecer del 8 de mayo de 1887, después de haber asumido plena responsabilidad por el frustrado atentado. Sus palabras ante el tribunal que lo condenó fueron

desafiantes y encarnan el ideal de autoinmolación que inspiraba e inspiraría a tantos jóvenes revolucionarios rusos: «En Rusia siempre existirán pequeños grupos de personas consagradas a sus ideales y sintiendo con tanta pasión la miseria de su patria natal, que no creerán que morir por su causa constituya un sacrificio. Es imposible asustar a este tipo de personas».^[47]

La muerte de Sasha fue, sin duda, un rudo golpe para Volodia, que lo pondría para siempre en la senda de la revolución. Se reporta, con cierta credibilidad, que uno de los comentarios de Vladímir cuando se le dio la noticia fue: «Esto significa entonces que Sasha no podía haber actuado de otro modo».^[48] A partir de ese momento se vuelca con pasión a leer los libros de su hermano, tratando de entender el camino que este había tomado. Una de las lecturas más influyentes durante los meses que siguen al ajusticiamiento de Alexánder es la novela *¿Qué hacer?* escrita en la cárcel por el célebre Chernyshevski y publicada en 1863. Se trataba de un texto famoso, «por décadas la obra de ficción de lejos más leída en Rusia»^[49] y aquel que, según Figes, «convirtió más gente a la causa de la revolución que todas las obras de Marx y de Engels juntas».^[50] El personaje clave de la novela, Rajmetov,^[51] así como sus asociados en una comunidad de revolucionarios absolutamente entregados a su causa, no podían dejar de influenciar profundamente al joven Volodia, dándole no solo una explicación del sacrificio heroico de su hermano sino también aquel modelo de «revolucionario total» del cual él nunca se apartaría. En este sentido, Joseph Frank tiene seguramente razón al afirmar que «la novela de Chernyshevski aportó, mucho más que *El capital* de Marx, aquella dinámica emocional que finalmente se plasmó en la Revolución rusa».^[52]

Chernyshevski —por entonces aún en su largo exilio siberiano— y su novela se transformaron en verdaderas figuras de culto e imitación para Lenin.^[53] Uno de sus contemporáneos, Nikolái Valentínov (Volski era su verdadero apellido), recuerda un encuentro con Lenin en un café de París en 1904 en el que este habría descrito de la siguiente manera su relación con el *¿Qué hacer?* y su autor:

Cientos de personas se hicieron revolucionarias bajo su influencia (...) Mi hermano, por ejemplo, fue cautivado por él [Chernyshevski], y también yo lo fui. Él transformó completamente mi visión (...) Yo empecé a leerlo [el *¿Qué hacer?*] cuando tenía 14 años, pero fue una lectura completamente inútil y superficial del libro. Pero después de la ejecución de mi hermano empecé a leerlo de veras, sabiendo que había sido uno de sus libros favoritos. Dedicué no días, sino semanas a leerlo. Solo entonces comprendí su profundidad. Esta novela da inspiración para toda una vida (...) Chernyshevski no solo me mostró que toda persona bien pensante y verdaderamente honesta debe ser un revolucionario, sino también —y este es su mayor mérito— cómo debe ser un revolucionario, cuáles deben ser sus principios, cómo debe encaminarse hacia sus objetivos y qué métodos debe usar para alcanzarlos.^[54]

A los pocos meses de la muerte de Sasha, en agosto de 1887, Volodia entra a estudiar derecho en la Universidad Imperial de Kazán, donde rápidamente se asocia a grupos estudiantiles de inspiración populista-terrorista. El 6 de diciembre de ese año la policía lo arresta por primera vez, siendo expulsado de la universidad al día

siguiente y relegado por cerca de diez meses en Kokúshkino (hoy Lenino-Kokúshkino), donde se ubicaba la finca familiar de su madre. Con los años vendrían nuevas detenciones y deportaciones, pero también una nueva orientación ideológica, el marxismo. Volodia comenzaba así su transformación en Lenin.

La década de 1890 es de lucha, organización y también de profundos estudios del marxismo.^[55] Residirá poco más de un par de años en San Petersburgo, de septiembre de 1893 a diciembre de 1895, donde se asociará a los incipientes círculos socialdemócratas y en ellos conocerá a su futura esposa y compañera de por vida, Nadezhda Krúpskaya, también de origen noble, comprometida con la agitación política entre los obreros de la capital. En diciembre de 1895 es arrestado, pasando poco más de un año en prisión hasta ser condenado, en febrero de 1897, a tres años de deportación en Siberia.

El estreno de Vladímir como ensayista político data de 1894, cuando escribe *Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas*. Seguirán a esta publicación una infinidad de panfletos, libros y otros escritos que forman las más de cuatro o cinco decenas de tomos que constituyen, dependiendo de la edición, sus *Obras completas*.^[56] Ya entonces el joven Lenin muestra su estilo característico, tanto respecto del contenido como de la forma. Se trata, por lo común, de polémicas propiamente inquisitoriales, cuyo objetivo es mostrar que sus oponentes han interpretado de manera errónea tanto a Marx como al marxismo, que se han apartado de la verdadera doctrina revolucionaria y deben, por ello, ser repudiados y escarnecidos. Esto hace que sus escritos, cuyo estilo además es terriblemente tedioso, resulten hoy prácticamente ilegibles para quienes no le sean profundamente devotos. Las citas de Marx, Engels u otras autoridades marxistas bastan habitualmente para zanjar la discusión y dar por terminado el proceso inquisitorial. La imagen que surge de sus escritos es propiamente aquella del bulldog del cual hablase Vera Zasúlich, con la aprobación del propio Lenin, que no suelta a su presa hasta destrozarla.^[57] Sin embargo, el bulldog podía ser paternalmente considerado con sus seguidores o «agentes», como él mismo los llamaba, pero sin nunca poner en duda que era él quien tenía la verdad sobre la doctrina y el cómo llevarla a la práctica. Como dice Edmund Wilson en su clásico *Hacia la estación de Finlandia*: «Sentía cariño por sus colaboradores y apreciaba sus cualidades, pero ni por un momento se le ocurrió dudar de que no fuera tarea suya decirles lo que tenían que hacer».^[58]

Los últimos tres años de la década de los noventa son de especial importancia. Lenin se encuentra entonces deportado en el sur de Siberia, en la aldea de Shúshenskoye —donde llega en mayo de 1897 después de un largo viaje y donde permanece hasta el fin de su deportación, dejando «Shusha» en febrero de 1900—, a miles de kilómetros de Moscú y cercana a la frontera con Mongolia —por entonces parte del Imperio chino—. No lejos fluía el gran río Yeniséi y hacia el este se ubicaba el nacimiento de otro de los grandes ríos siberianos, el Lena, del cual probablemente provenga el seudónimo Lenin —«del Lena»^[59]— que fue usado por primera vez a

finis de 1901 y luego consagrado, en marzo de 1902, al utilizarlo para la publicación de su obra clave, *¿Qué hacer?*

Es en esta aldea lejana y de clima no tan severo, contando desde mayo de 1898 con la asistencia de Nadezhda Krúpskaya y los cuidados de la madre de esta,^[60] donde Vladímir encontrará el tiempo y la distancia necesarios para reflexionar sobre su experiencia durante los agitados años anteriores. Elaborará entonces su plan para la construcción de un partido revolucionario, a través de la creación de un periódico que abarcase a toda Rusia, reuniendo de esta manera los círculos revolucionarios hasta entonces dispersos, otorgándoles la unidad ideológica y organizativa que no tenían. Como lo dirá más tarde en un célebre artículo publicado en el cuarto número del periódico que vendría a ser el resultado de su idea siberiana, *Iskra (La chispa)*: «El periódico no es solamente un propagandista colectivo y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo».^[61]

En ese mismo artículo, Lenin resume la idea de organización que pretende crear como «la red de los agentes locales del partido unido», la cual serviría «de almacén precisamente para la organización que necesitamos».^[62] Aquí lo esencial es la expresión «agentes», los agentes de la revolución que él, no sin razón, creía encarnar. Se trata de «hombres que no consagren a la revolución sus tardes libres, sino toda su vida», como Lenin había dicho en el primer número de *Iskra*.^[63] Estos agentes serían luego los famosos revolucionarios profesionales, los hombres-partido del *¿Qué hacer?*

Pero hay otro tipo de reflexiones hechas durante el período de exilio siberiano que son vitales para entender tanto los fundamentos teóricos como la dimensión práctica del futuro partido bolchevique. Estas reflexiones giran en torno a la experiencia de lucha del populismo,^[64] particularmente en lo que se refiere a sus círculos conspirativos que crecientemente se abocarían al terrorismo. La conclusión de Lenin es que el populismo debe ser absolutamente combatido por el hecho de representar una «crítica romántica y pequeñoburguesa del capitalismo», una «concepción del capitalismo en Rusia como una decadencia, una regresión» y una «idealización del régimen económico ruso, en general, y de la del campesino con su comunidad, *artel*, etc., en particular».^[65] Este carácter profundamente reaccionario que Lenin ve en el populismo no obsta para que aprecie de manera muy distinta las formas de organización de esta corriente. Lo anterior llevará a Lenin en *¿Qué hacer?* a sostener que «la magnífica organización que tenían los revolucionarios de la década del setenta (...) debería servirnos a todos de modelo».^[66]

El modelo que Lenin tiene en mente es, como explícitamente indica en el *¿Qué hacer?*, el de Tierra y libertad (*Zemliá i Volia*), organización refundada en 1876.^[67] Avrahm Yarmolinski, en su obra sobre las corrientes revolucionarias rusas, nos da la siguiente descripción del modelo organizativo y de revolucionario en torno al cual se construyó Tierra y libertad:

De acuerdo a los estatutos de la organización, la misma consistía en grupos regionales y funcionales, con un Centro o Círculo Básico, situado en la capital. Esta organización era, en efecto, un cuerpo de revolucionarios profesionales fuertemente unidos. Hombres y mujeres completamente dedicados, que no podían ser dueños de ninguna propiedad y estaban sometidos al control de la organización en sus asuntos personales, pero a los que no se les exigía que adoptasen las formas de vivir del pueblo.^[68]

He aquí el modelo de Lenin. La organización centralizada de revolucionarios profesionales que no tienen otro horizonte que el de vivir por y para el partido, hombres que, literalmente, pertenecen al partido y para quienes no habrá nada ni nadie que sea superior a la mítica «orden de partido». De esta manera se había encontrado la célula esencial del cuerpo totalitario del futuro, su prototipo humano, la realización anticipada del «individuo total» de Marx. Pero este es solo el punto de partida. El modelo de organización que Lenin tenía en mente era, al mismo tiempo, una anticipación de la futura sociedad comunista, donde la propiedad privada no existiría y la vida del individuo habría de subsumirse en la del colectivo. Se trata de la sociedad total de los sueños mesiánicos de siempre, de la reconciliación final entre individuo y especie de la cual hablaba Marx en sus célebres *Manuscritos de París* de 1844, cuando definió el comunismo como aquella «solución definitiva del conflicto entre existencia y esencia, entre objetivación y autoafirmación, entre libertad y necesidad, entre individuo y especie».^[69]

Surge así aquel microcosmos que conformará el accionar revolucionario y el arma de lucha por la sociedad comunista venidera. Los revolucionarios rusos habían, de esta manera, dado origen a la herramienta que supuestamente les permitiría traer a la tierra «los espaciosos palacios celestiales», para usar la expresión con que Engels describía los sueños utópicos del joven Marx.^[70] Lo habían hecho bajo la doble presión combinada de unas condiciones políticas extremadamente rigurosas y unos ardientes ideales mesiánicos. Las condiciones y el proyecto, lo dado y lo imaginado, se habían conjugado para entregar a Lenin la clave del futuro y la forma de realizar los ideales de Marx.

Pero no es solo eso lo que Lenin aprenderá de los populistas de los años setenta. Como hemos mencionado anteriormente, las organizaciones populistas encontraron en los atentados terroristas un arma plenamente justificada —en el caso de Tierra y libertad— o incluso la más importante y prácticamente excluyente —este es el caso de Voluntad del Pueblo—. En otros términos, todos los medios de lucha contra el régimen zarista eran considerados legítimos para alcanzar los fines revolucionarios. El usar uno u otro se concebía solo como un asunto de carácter práctico. Esta posición, absolutamente carente de moral respecto de los medios de lucha, será plenamente adoptada por Lenin, cuya crítica a los populistas sobre este asunto solo se referirá a lo oportuno de utilizar el terror en un momento específico o al hecho de concebirlo como un medio aislado de otras formas de lucha. Este punto de vista es claramente explicitado en el primer número de *Iskra*, donde Lenin sostiene lo siguiente:

La socialdemocracia no se ata las manos, no limita sus actividades a un plan cualquiera previamente preparado o a un solo procedimiento de lucha política, sino que admite como buenos todos los procedimientos de lucha, siempre que correspondan a las fuerzas de que el partido dispone y faciliten el alcanzar los mejores resultados posibles dadas determinadas condiciones.^[71]

Por si alguna duda hubiera quedado acerca de si «todos los procedimientos de lucha» incluían también al terrorismo, Lenin volverá en el cuarto número de *Iskra* a abordar el tema:

En principio nunca hemos rechazado, ni podemos rechazar, el terror. El terror es una de las formas de acción militar que puede ser perfectamente adecuada e incluso esencial en un momento definido de la batalla.^[72]

Como podemos apreciar, el hombre de un poco menos de treinta años que abandona Siberia en febrero de 1900 va camino a transformarse en Lenin. Pero aún faltaba un elemento importante para que el joven Volodia terminara de convertirse en Lenin: una dosis más de endurecimiento de su personalidad que hiciese finalmente de él aquel jefe revolucionario que un día no trepidaría en recurrir al terror masivo para salvar su revolución. Esa dosis, que para siempre lo aparta de todo sentimiento y toda consideración moral que se cruce en el camino de la revolución, le será provista en agosto de 1900, durante una reunión de varios días con la vieja guardia marxista rusa, encabezada por quien había sido su gran guía ideológico a la distancia y el objeto de su admiración ilimitada, Gueorgui Plejánov.

Este encuentro es parte del plan de Lenin para crear *Iskra*. Él había ya organizado el núcleo de su red de agentes y contaba con seguidores y aliados entusiastas dentro del país. Sin embargo, su proyecto resultaba imposible sin involucrar a aquellas figuras que desde 1883 habían simbolizado el marxismo ruso y que contaban con una autoridad indisputable entre los marxistas revolucionarios que formaban los círculos de lucha que ya existían en casi todos los centros urbanos de alguna importancia a lo largo y ancho del Imperio ruso. La idea inicial de Lenin es crear una redacción a cargo suyo y de sus aliados más cercanos, particularmente con su gran contrincante del futuro, Yuli Márto, ofreciéndoles a los líderes de la vieja guardia, Plejánov, Vera Zasúlich y Pável Axelrod, el rol de «estrechos colaboradores» de *Iskra*, además de disponer de una revista teórica, *Zariá (Amanecer)*, para ensayos y estudios de más largo aliento.^[73] Sin embargo, por sugerencia de Alexánder Potréssov —uno de sus camaradas—, Lenin decide ofrecerles la participación en el consejo mismo de redacción, pero bajo el supuesto de que esto solo sería una formalidad, ya que se entendía que los verdaderos editores serían él y sus dos jóvenes amigos, Márto y Potréssov. Es con este plan bajo el brazo que Lenin deja Rusia el 16 de julio de 1900 para ir a reunirse con Plejánov, su gran ídolo, en Ginebra.^[74] Lenin no sabía, sin embargo, que se dirigía hacia la decepción más grande de su vida.

La reunión sostenida entre el 11 y el 15 de agosto con Plejánov, Zasúlich y Axelrod se transformó, desde el comienzo, en una pesadilla para Lenin. Él mismo dejó su testimonio sobre ello en un largo texto escrito una semana después del

encuentro y titulado «Cómo casi se extinguió “la chispa”»,^[75] en el cual se desahoga con sinceridad, manifestando sentimientos tan desgarrados que ni antes ni después se encontrará, ni de cerca, algo parecido en su vasta obra. Lenin se siente traicionado, humillado, utilizado, insultado de la forma más vil, «engañado y totalmente derrotado». Sus imprecaciones contra Plejánov no tienen límites, a quien describe como «un dictador» que hace «discursos indecentes», impulsado por el «deseo de tener un poder absoluto». Su conclusión sobre su viejo héroe es drástica: «no había duda de que este hombre era malo, sí, malo, inspirado por motivos bajos de vanidad y orgullo personales, un hombre insincero».^[76]

Lo que ocurrió, desde otra perspectiva, fue que Plejánov había sentido un inmediato recelo ante este aguilucho, de cuyas aspiraciones ilimitadas de poder no era difícil darse cuenta. El «viejo líder» —quien por entonces apenas tenía 44 años— vio ante sí un peligro mortal para su condición de verdadero dictador ideológico del marxismo ruso y ni por un momento estuvo dispuesto a ceder ante las ambiciones de Lenin, quien no estaba en absoluto preparado para enfrentar este escenario. A su juicio, la propuesta que había hecho era justa y generosa, dejándole al viejo líder el rol de patriarca honorario para tomar él las riendas del futuro partido revolucionario, del cual la redacción de *Iskra* debía ser su comité central. Lenin fue por lana y salió trasquilado: la reunión finalizó dejando el poder sobre *Iskra*, es decir la mayoría de votos en el consejo de redacción, en manos de «los viejos», con Plejánov disponiendo de dos votos para poder resolver cualquier empate que se produjese entre los tres redactores jóvenes —Lenin, Márto y Potrétsov— y los tres viejos —Plejánov, Zasúlich y Axelrod—.

Para Lenin lo ocurrido fue un desastre, particularmente en un sentido emocional: su ídolo, figura paterna y objeto de su amor, no solo se había desplomado sino que había caído, con todo su peso, sobre él. Se trata de un verdadero desencanto, solo comparable al que afecta a una persona profundamente enamorada que descubre que su amado lo ha utilizado, traicionado y humillado. Lenin mismo usa repetidamente esa metáfora para manifestar su terrible desilusión:

Mi sentimiento de «estar enamorado» de Plejánov desapareció súbitamente y me sentí ofendido y amargado a un nivel increíble. Nunca, nunca en mi vida, había considerado a otro hombre con una veneración y un respeto tan sinceros, nunca había estado delante de otro hombre de una manera tan «humilde» y nunca antes me habían dado un «puntapié» tan brutalmente (...) Es difícil describir nuestros sentimientos esa noche, sentimientos tan mezclados, densos, confusos (...) Habíamos recibido la lección más amarga de nuestras vidas, una lección dolorosamente amarga, dolorosamente brutal (...) Un joven enamorado recibe del objeto de su amor una lección amarga: hay que tratar a todas las personas «sin sentimientos», hay que tener siempre una piedra en la honda.^[77]

En su biografía de Lenin, Gerard Walter comenta este encuentro de la siguiente manera: «Sentía por Plejánov algo más que admiración. Estaba, para emplear su propio lenguaje, “enamorado de Plejánov como podía estarlo de una mujer”. Uliánov conservó una penosa impresión de su primera entrevista con este. El “enamorado” vio

en su “ídolo” defectos cuyo descubrimiento lo hirió dolorosamente.»^[78] Un biógrafo más reciente de Lenin, Robert Service, se refiere de esta manera al texto de Lenin antes citado: «Para un hombre tan pacato esta confesión de sus sentimientos — sentimientos que no eran meramente políticos sino profundamente emocionales, con un dejo cuasi-sexual— es algo extraordinario. Nada parecido, ni antes ni después, ha llegado hasta nosotros. Ni siquiera las cartas a Inessa Armand que se conservan son tan abiertas».^[79]

La intensidad de los sentimientos de Lenin indica que Plejánov se había convertido en la suma de la figura paterna y la de su admirado hermano mayor. Durante largo tiempo había sido el único asidero emocional de real importancia para Lenin ya que él, como se espera de un revolucionario profesional, no podía tener otro amor ni otra lealtad verdadera que aquella a la revolución, es decir, a aquella causa que Plejánov encarnaba. Con su caída no quedaba para Lenin sino el amor abstracto a sus ideas, a su lucha, frente a la cual ningún afecto hacia seres humanos de carne y hueso podía medirse.^[80] De todos modos, la dura lección fue aprendida y sería definitiva: no confiar en nadie que no fuese él mismo, mantener los sentimientos absolutamente subordinados a la acción revolucionaria, tener siempre la piedra preparada en la honda y ser «despiadado» e «implacable» —sus adjetivos favoritos— en sus luchas políticas. Lenin, «esa figura apasionadamente impersonal»,^[81] había nacido.

La teoría del partido totalitario

La debacle del encuentro con Plejánov no disuadió a Lenin de sus planes revolucionarios. Simplemente le enseñó a proceder de manera encubierta, preparando cuidadosamente el terreno para asegurar la victoria en los enfrentamientos venideros por el poder. Surge entonces un hombre fríamente calculador, manipulador y dispuesto a golpear implacablemente a sus rivales, sean quienes sean. De este modo es que posteriormente obtendrá el control efectivo sobre *Iskra*, desarrollará su famosa «red de agentes» y enfrentará, en 1903, uno de los momentos más decisivos de su carrera revolucionaria: el congreso de unificación de la socialdemocracia rusa, donde el bolchevismo tomará forma. En el intertanto, entre mediados de 1901 y comienzos de 1902, Lenin se abocó a redactar el libro que con pasión será leído por generaciones de revolucionarios desde entonces, su gran *opus* que no por casualidad recibirá el mismo título de aquella novela de Chernyshevski que tanto había significado para él en su juventud.

¿*Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento* es una obra que lleva como sello distintivo el ineludible estilo de Lenin, es decir, se trata de una interminable polémica contra diversas desviaciones del marxismo revolucionario ejemplificadas a través de un sinnúmero de citas de adversarios a criticar. Detrás de esta engorrosa superficie se esconde, sin embargo, una estructura clara y sobre todo muy pedagógica que nos permite entender qué es el partido totalitario y en qué consiste el proyecto leninista. Por ello mismo la seguiremos paso a paso en esta exposición.

El *¿Qué hacer?* está encabezado por la siguiente cita de una carta que el líder socialdemócrata alemán Ferdinand Lassalle envió a Marx el 24 de junio de 1852: «La lucha interior da al partido fuerza y vitalidad; la prueba más grande de la debilidad de un partido es el amorfismo y la ausencia de fronteras netamente delimitadas; el partido se fortalece depurándose...».^[82] Este es el tema del primer capítulo del libro, es decir, la necesidad urgente de terminar con aquella ambigüedad ideológica de la socialdemocracia rusa que se escondía, a juicio de Lenin, detrás de la consigna «libertad de crítica». Su idea, expresada con claridad en los primeros números de *Iskra*,^[83] radica en que antes de unirse, es decir, antes de convocar a un congreso de unificación, había que eliminar del movimiento a todos aquellos que no compartían las premisas de aquel marxismo revolucionario que para Lenin era el único válido.

El gran adversario de Lenin en este contexto está representado por la tendencia, surgida tanto en el seno de la socialdemocracia internacional como de la rusa, que buscaba la transformación de la socialdemocracia en un movimiento reformista de carácter parlamentario, que debería concentrar sus energías en conseguir mejoras concretas en las condiciones de vida de las amplias masas trabajadoras. Esta

tendencia, de la cual surgió la socialdemocracia contemporánea, tenía por entonces su mayor exponente en el líder socialdemócrata alemán Eduard Bernstein, quien se había distanciado del historicismo mesiánico de Marx, rechazando de plano la idea de una dictadura del proletariado y todo aquel escenario que postulaba «el hecho de la miseria creciente, de la proletarización y de la exacerbación de las contradicciones capitalistas», para decirlo con las palabras que Lenin usa para resumir la «herejía bernsteiniana»^[84]. En Rusia, los marxistas revolucionarios llamarán «economismo» a esta tendencia «revisionista», «oportunista», «ecléctica», «falta de principios» y «burguesa» —términos tomados del inagotable arsenal condenatorio de Lenin—, que planteaba la necesidad de orientar al naciente movimiento obrero hacia la lucha sindical y las reivindicaciones económicas.

La tendencia «economista» buscaba la constitución de un amplio movimiento socialdemócrata que agrupase a diversas orientaciones y organizaciones socialistas, pidiendo consecuentemente la libertad, dentro del movimiento mismo, de discrepar y criticar. Para Lenin, este escenario resultaba absolutamente inaceptable. Su ideal de partido no era el de una Iglesia ecuménica y abierta sino el de una secta cerrada, que se reúne en torno a un evangelio definido sobre el cual no cabe discrepar. A su juicio, un debate amplio, es decir, un espacio en el que se permite cuestionar los fundamentos del paradigma marxista revolucionario, es signo de debilidad: «La famosa libertad de crítica no implica la sustitución de una teoría por otra, sino la libertad de prescindir de toda teoría coherente y meditada, significa eclecticismo y falta de principios».^[85] Es en este contexto que el autor del *¿Qué hacer?* escribe una de sus frases más famosas: «Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario».^[86] Para agregar luego, con énfasis, que «*solo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia*».^[87]

De esta forma, Lenin llega al próximo paso de su argumentación, el cual resulta decisivo en la medida en que fundamenta su derecho a ejercer el poder, incluso en contra de lo que el proletariado de carne y hueso pudiese pensar o desear.^[88] Este es el tema del capítulo que se titula «La espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia», que es el núcleo teórico del libro. El planteamiento de Lenin puede ser resumido de la siguiente manera: la conciencia revolucionaria, es decir, la verdadera conciencia de clase del proletariado de acuerdo a su «misión histórica», no surge espontáneamente en el proletariado sino que es forjada en la mente de «*intelectuales burgueses*» —como Marx y Engels— que la introducen desde fuera del movimiento obrero. Sin esa ayuda, el proletariado nunca podría salir de sus luchas reivindicativas ni acceder a «su» verdadera conciencia de clase revolucionaria. Lenin lo expresa de la siguiente manera:

Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta solo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera con sus propias fuerzas solo está en condiciones de elaborar exclusivamente una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es

necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa.^[89]

Esta misma idea había sido expuesta por Marx a comienzos de 1844 y es una consecuencia de sus tesis sobre la situación social extremadamente desfavorecida del proletariado que, además, paulatinamente iría empeorando producto de la supuesta tendencia a la pauperización de los trabajadores propia del capitalismo. Es por ello que el proletariado, para Marx, necesita de un aliado que le otorgue las herramientas mediante las cuales sea capaz de comprender y realizar aquello que es, de suyo, potencialmente su destino. Este aliado providencial es, según el autor de *El capital*, «la filosofía», la cabeza pensante del proletariado. Estas son sus palabras: «De la misma manera que la filosofía encuentra en el proletariado sus armas *materiales*, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas *intelectuales* (...) La *cabeza* de esta emancipación es la *filosofía*, su *corazón* el *proletariado*».^[90]

Lenin, sorprendentemente, no usa estas célebres palabras de Marx que respaldan su tesis a cabalidad. El origen de sus planteamientos debe más bien buscarse en las ideas de los revolucionarios rusos de la década de 1870, y muy específicamente en Piotr Tkachov quien, no sin cierta razón, ha sido llamado «el primer bolchevique».^[91] Sus palabras de 1874 anuncian claramente la idea central del *¿Qué hacer?*: «Por sí solo, el pueblo es incapaz de hacer una revolución social y organizar su vida sobre mejores fundamentos. Naturalmente, el pueblo es indispensable para la revolución. Pero con la condición de que la minoría revolucionaria asuma su dirección».^[92] Por lo anterior, no es de extrañar que Lenin calificara como «majestuosa» la tentativa de adueñarse del poder «preparada por la prédica de Tkachov».^[93]

Ahora bien, ponerle el sello de la ortodoxia marxista a sus ideas fue siempre fundamental para Lenin. En este caso, su gran fuente de inspiración y validación teórica será la estrella más brillante del firmamento marxista alemán de ese momento, Karl Kautsky, quien había sido amigo de Engels y dirigía el semanario teórico del partido socialdemócrata alemán, *Die Neue Zeit*. Lenin cita largamente a Kautsky, cuyo texto no deja dudas al respecto:

La conciencia socialista moderna solo puede surgir de profundos conocimientos científicos (...) Pero el portador de la ciencia no es el proletariado, sino la **intelectualidad burguesa**: es del cerebro de algunos miembros de este sector de donde ha surgido el socialismo moderno (...) De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera (*von aussen Hineingetragenes*) en la lucha de clase del proletariado y no algo que ha surgido espontáneamente (*urwüchsig*) dentro de ella.^[94]

El énfasis en la expresión «intelectualidad burguesa» es de Kautsky y los intercalados en alemán, en los pasajes clave de la argumentación, son de Lenin, quien con esto pretende no dejar duda alguna sobre lo que Kautsky realmente había dicho. Sin embargo, Lenin —de nuevo apoyándose en Kautsky— lleva esta argumentación

aún más lejos. Para él, la doctrina socialista revolucionaria no solo se origina fuera del proletariado sino que se mantiene y desarrolla fuera del mismo. Su sitial y guardián será el partido revolucionario y dentro del partido, su cúpula intelectual, esa «docena de jefes» de los cuales, a su juicio, todo depende. Así escribe, resumiendo lo que según él era la experiencia de la socialdemocracia alemana: «Los alemanes han alcanzado ya suficiente desarrollo del pensamiento político, tienen suficiente experiencia política para comprender que, sin “una docena” de jefes de talento —los talentos no surgen por centenas—, de jefes probados, preparados profesionalmente, instruidos por una larga práctica y bien compenetrados, ninguna clase de la sociedad contemporánea puede luchar con firmeza».^[95] Para Lenin, la centralización completa alrededor de esos doce apóstoles de la revolución será la gran palanca que permitirá asegurar, primero, la influencia del partido entre las masas y, finalmente, la toma del poder.

Allí estará, para decirlo con palabras de Marx, la «cabeza» de la revolución, aquellos que realmente saben lo que el proletariado «es» y lo que «con arreglo a ese ser se verá forzado históricamente a hacer».^[96] De esta manera, la escisión entre «clase revolucionaria» y «conciencia revolucionaria» se vuelve permanente y se encarna en la existencia misma del partido. Más adelante veremos cómo en cada circunstancia donde los bolcheviques no cuenten con el apoyo obrero apelarán a este razonamiento para, sin miramientos ni escrúpulos, imponer a la supuesta clase revolucionaria «su verdadera voluntad», encarnada por el partido. De esta manera, la «dictadura del proletariado» se transformará en una dictadura *sobre* el proletariado. Esto no es, sin embargo, una adulteración del pensamiento de Marx, es más bien su realización consecuente. Marx mismo, al igual que Lenin, nunca manifestó la menor duda de que era él quien tenía la verdad sobre la revolución venidera y, por ello, no solo el derecho sino la obligación de combatir a todo aquel, por más proletario que fuese, que postulase otra interpretación del sentido y las formas de la lucha proletaria.^[97]

En este contexto, Lenin formula una teoría maniquea de especial importancia sobre las ideas a partir de la famosa concepción que Marx y Engels sostuvieron en *La ideología alemana*:

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época (...) La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente.^[98]

De esta concepción Lenin deduce que toda idea que no corresponda al pensamiento socialdemócrata revolucionario —es decir marxista— es una idea burguesa. Sus palabras al respecto son categóricas y serán el fundamento del mecanismo característico de descalificación de toda idea contraria o ajena a su postura:

Esto prueba que *todo lo que sea* rendir culto a la espontaneidad del movimiento obrero, todo lo que sea aminorar el papel del «elemento consciente», el papel de la socialdemocracia, *significa (de*

manera independiente por completo de la voluntad de quien lo hace)

acrecentar la influencia de la ideología burguesa entre los obreros.^[99]

Por tanto, cualquier persona que no siga al marxismo revolucionario —encarnado en el partido y, en última instancia, en Lenin mismo o en el líder que lo sustituya— no solo manifestará ideas erróneas: será un «agente objetivo» de la burguesía, es decir, tal como Lenin lo enfatiza, «de manera independiente por completo de la voluntad de quien lo hace». Si este «agente objetivo» de las ideas de los enemigos de clase es un marxista o un proletario, este será calificado, además, de traidor o renegado. Esta es la base ideológica de aquellos procesos que en los años treinta, bajo el régimen estalinista, conducirán a miles y miles de bolcheviques —catalogados, entre otros epítetos, como «espías, saboteadores y traidores», «lacayos fascistas», «detritus humanos», «mosquitos contrarrevolucionarios» y «monstruos»^[100]— al cadalso que ellos mismos habían levantado con sus ideas y su accionar.

El momento culminante de la argumentación de Lenin en *¿Qué hacer?* viene en el capítulo IV titulado «Los métodos artesanos de trabajo de los economistas y la organización de los revolucionarios».^[101] Es aquí donde desarrolla su propuesta de crear un partido que sea estricta y exclusivamente una organización de revolucionarios profesionales, hombres absolutamente entregados a la causa revolucionaria, cuya vida y la vida partidaria sean una y la misma cosa.

Lo que Lenin pretende es recrear «la magnífica organización que tenían los revolucionarios de la década del setenta», para volver a citar sus palabras respecto de las organizaciones secretas populistas de ese tiempo. Ahora, sin embargo, esta nueva organización estará guiada por una teoría revolucionaria, el marxismo, y apoyada en una clase revolucionaria, el proletariado. De esta manera, «el revolucionario ruso» podrá «al fin —¡al fin!— alzarse en toda su talla y desplegar todas sus fuerzas de gigante».^[102]

La argumentación de Lenin comienza haciendo referencia a las condiciones de la lucha revolucionaria en Rusia que, según él, imponen un tipo de organización pequeña, clandestina, centralista y profesionalizada, una organización «rigurosamente secreta, que concentra en sus manos todos los hilos de la actividad conspirativa».^[103] Este «modelo ruso» es, por sorprendente que parezca, presentado por Lenin como un ideal superior de «democracia verdadera». Esta argumentación es idéntica a aquella que en el futuro dirá que la «democracia» del sistema totalitario de partido único es superior a la «democracia liberal, burguesa». He aquí un pasaje característico al respecto:

El único principio de organización serio a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento tiene que ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de afiliados y la preparación

de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades, está asegurado algo mucho más importante que la «democracia», a saber: la plena confianza mutua, propia de camaradas, entre los revolucionarios (...) ¡y la «democracia», la verdadera, no la democracia pueril, va implícita, como la parte en el todo, en este concepto de camaradería!^[104]

Esta concepción de la camaradería como forma superior y verdadera de la democracia es característica de todos los movimientos totalitarios, independientemente de su raigambre ideológica. El fascismo y el nazismo desarrollarán un verdadero culto a la camaradería, al espíritu de cuerpo, que no será inferior a lo realizado por el comunismo. Esta idea exaltada de la camaradería da expresión a la esencia más profunda de la aspiración totalitaria: el deseo de pertenencia absoluta a algo superior, la entrega del individuo al colectivo, a la única familia, lealtad y amor que puede dar un sentido total de pertenencia e identidad frente al cual todo lo demás deja de tener valor.

Ahora bien, la pieza clave de todo el plan organizativo elaborado por Lenin es «el revolucionario profesional». Ese es el eslabón del que depende la fuerza de toda la cadena. Sobre ello, Lenin no deja duda alguna:

La organización de los revolucionarios debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria (...) hombres entregados profesionalmente a las actividades revolucionarias (...) hombres que se consagren especial y enteramente a la acción socialdemócrata.^[105]

Esto es lo esencial, poder contar con la completa dedicación de «hombres-partido», sujetos que llegan a ser, como lo expresaría Jan Valtin^[106] en su célebre autobiografía, «un pedazo del partido» y para los cuales, usando palabras del Ernesto «Che» Guevara, «el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de revolución».^[107] Estos hombres, para los cuales «el partido se transforma en familia, escuela, iglesia, albergue», para decirlo con Ignazio Silone,^[108] deben incluso ser económicamente dependientes del mismo: «Todo agitador obrero que tenga algún talento, que “prometa”, *no debe* trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglárnosla de modo que viva por cuenta del partido».^[109]

Un punto fundamental por destacar en este contexto es que la diferencia entre la forma de constituir el partido revolucionario en un país más democrático y en la Rusia autocrática solo reside en la «amplitud» del mismo. En este sentido, la idea de restringir el partido exclusivamente a los profesionales de la revolución es propia de las condiciones históricas del país:

En el país de la autocracia, cuanto más *restrinjamos* el contingente de miembros de dicha organización, incluyendo en ella solo a los que hacen de las actividades revolucionarias su profesión y que tengan una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política, tanto más difícil será «cazar» a esta organización.^[110]

Cuando las condiciones lo permiten se agrega al núcleo del partido, es decir, a sus cuadros o revolucionarios profesionales, una periferia de activistas o miembros del

partido en un sentido lato así como una serie de organizaciones dependientes o aliadas. Pero lo decisivo es que esto no cambia la esencia misma del partido: el núcleo de profesionales de la revolución que le da estabilidad y forma la espina dorsal del mismo.

Bajo situaciones más democráticas, la solidez del núcleo de profesionales de la revolución es, según Lenin, aún más importante, puesto que entonces se amplía la organización revolucionaria pudiendo llegar a incluir «elementos» de poca solidez ideológica y no tan confiables como lo son los militantes profesionales fogueados por largas luchas revolucionarias y seleccionados por la dureza de la lucha clandestina:

Pues bien, yo afirmo: 1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable que asegure la continuidad; 2) que cuanto más extensa sea la masa que se incorpore espontáneamente a la lucha –masa que constituye la base del movimiento y participa en él–, tanto más imperiosa será la necesidad de semejante organización y tanto más sólida deberá ser esta.^[111]

La debacle del encuentro con Plejánov no disuadió a Lenin de sus planes revolucionarios. Simplemente le enseñó a proceder de manera encubierta, preparando cuidadosamente el terreno para asegurar la victoria en los enfrentamientos venideros por el poder. Surge entonces un hombre fríamente calculador, manipulador y dispuesto a golpear implacablemente a sus rivales, sean quienes sean. De este modo es que posteriormente obtendrá el control efectivo sobre *Iskra*, desarrollará su famosa «red de agentes» y enfrentará, en 1903, uno de los momentos más decisivos de su carrera revolucionaria: el congreso de unificación de la socialdemocracia rusa, donde el bolchevismo tomará forma. En el intertanto, entre mediados de 1901 y comienzos de 1902, Lenin se abocó a redactar el libro que con pasión será leído por generaciones de revolucionarios desde entonces, su gran *opus* que no por casualidad recibirá el mismo título de aquella novela de Chernyshevski que tanto había significado para él en su juventud.

¿*Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento* es una obra que lleva como sello distintivo el ineludible estilo de Lenin, es decir, se trata de una interminable polémica contra diversas desviaciones del marxismo revolucionario ejemplificadas a través de un sinnúmero de citas de adversarios a criticar. Detrás de esta engorrosa superficie se esconde, sin embargo, una estructura clara y sobre todo muy pedagógica que nos permite entender qué es el partido totalitario y en qué consiste el proyecto leninista. Por ello mismo la seguiremos paso a paso en esta exposición.

El ¿*Qué hacer?* está encabezado por la siguiente cita de una carta que el líder socialdemócrata alemán Ferdinand Lassalle envió a Marx el 24 de junio de 1852: «La lucha interior da al partido fuerza y vitalidad; la prueba más grande de la debilidad de un partido es el amorfismo y la ausencia de fronteras netamente delimitadas; el partido se fortalece depurándose...».^[82] Este es el tema del primer capítulo del libro, es decir, la necesidad urgente de terminar con aquella ambigüedad ideológica de la

socialdemocracia rusa que se escondía, a juicio de Lenin, detrás de la consigna «libertad de crítica». Su idea, expresada con claridad en los primeros números de *Iskra*,^[83] radica en que antes de unirse, es decir, antes de convocar a un congreso de unificación, había que eliminar del movimiento a todos aquellos que no compartían las premisas de aquel marxismo revolucionario que para Lenin era el único válido.

El gran adversario de Lenin en este contexto está representado por la tendencia, surgida tanto en el seno de la socialdemocracia internacional como de la rusa, que buscaba la transformación de la socialdemocracia en un movimiento reformista de carácter parlamentario, que debería concentrar sus energías en conseguir mejoras concretas en las condiciones de vida de las amplias masas trabajadoras. Esta tendencia, de la cual surgió la socialdemocracia contemporánea, tenía por entonces su mayor exponente en el líder socialdemócrata alemán Eduard Bernstein, quien se había distanciado del historicismo mesiánico de Marx, rechazando de plano la idea de una dictadura del proletariado y todo aquel escenario que postulaba «el hecho de la miseria creciente, de la proletarización y de la exacerbación de las contradicciones capitalistas», para decirlo con las palabras que Lenin usa para resumir la «herejía bernsteiniana»^[84]. En Rusia, los marxistas revolucionarios llamarán «economismo» a esta tendencia «revisionista», «oportunista», «eclectica», «falta de principios» y «burguesa» —términos tomados del inagotable arsenal condenatorio de Lenin—, que planteaba la necesidad de orientar al naciente movimiento obrero hacia la lucha sindical y las reivindicaciones económicas.

La tendencia «economista» buscaba la constitución de un amplio movimiento socialdemócrata que agrupase a diversas orientaciones y organizaciones socialistas, pidiendo consecuentemente la libertad, dentro del movimiento mismo, de discrepar y criticar. Para Lenin, este escenario resultaba absolutamente inaceptable. Su ideal de partido no era el de una Iglesia ecuménica y abierta sino el de una secta cerrada, que se reúne en torno a un evangelio definido sobre el cual no cabe discrepar. A su juicio, un debate amplio, es decir, un espacio en el que se permite cuestionar los fundamentos del paradigma marxista revolucionario, es signo de debilidad: «La famosa libertad de crítica no implica la sustitución de una teoría por otra, sino la libertad de prescindir de toda teoría coherente y meditada, significa eclecticismo y falta de principios».^[85] Es en este contexto que el autor del *¿Qué hacer?* escribe una de sus frases más famosas: «Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario».^[86] Para agregar luego, con énfasis, que «solo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia».^[87]

De esta forma, Lenin llega al próximo paso de su argumentación, el cual resulta decisivo en la medida en que fundamenta su derecho a ejercer el poder, incluso en contra de lo que el proletariado de carne y hueso pudiese pensar o desear.^[88] Este es el tema del capítulo que se titula «La espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia», que es el núcleo teórico del libro. El planteamiento de Lenin

puede ser resumido de la siguiente manera: la conciencia revolucionaria, es decir, la verdadera conciencia de clase del proletariado de acuerdo a su «misión histórica», no surge espontáneamente en el proletariado sino que es forjada en la mente de «intelectuales burgueses» —como Marx y Engels— que la introducen desde fuera del movimiento obrero. Sin esa ayuda, el proletariado nunca podría salir de sus luchas reivindicativas ni acceder a «su» verdadera conciencia de clase revolucionaria. Lenin lo expresa de la siguiente manera:

Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta solo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera con sus propias fuerzas solo está en condiciones de elaborar exclusivamente una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa.^[89]

Esta misma idea había sido expuesta por Marx a comienzos de 1844 y es una consecuencia de sus tesis sobre la situación social extremadamente desfavorecida del proletariado que, además, paulatinamente iría empeorando producto de la supuesta tendencia a la pauperización de los trabajadores propia del capitalismo. Es por ello que el proletariado, para Marx, necesita de un aliado que le otorgue las herramientas mediante las cuales sea capaz de comprender y realizar aquello que es, de suyo, potencialmente su destino. Este aliado providencial es, según el autor de *El capital*, «la filosofía», la cabeza pensante del proletariado. Estas son sus palabras: «De la misma manera que la filosofía encuentra en el proletariado sus armas *materiales*, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas *intelectuales* (...) La *cabeza* de esta emancipación es la *filosofía*, su *corazón* el *proletariado*».^[90]

Lenin, sorprendentemente, no usa estas célebres palabras de Marx que respaldan su tesis a cabalidad. El origen de sus planteamientos debe más bien buscarse en las ideas de los revolucionarios rusos de la década de 1870, y muy específicamente en Piotr Tkachov quien, no sin cierta razón, ha sido llamado «el primer bolchevique».^[91] Sus palabras de 1874 anuncian claramente la idea central del *¿Qué hacer?*: «Por sí solo, el pueblo es incapaz de hacer una revolución social y organizar su vida sobre mejores fundamentos. Naturalmente, el pueblo es indispensable para la revolución. Pero con la condición de que la minoría revolucionaria asuma su dirección».^[92] Por lo anterior, no es de extrañar que Lenin calificara como «majestuosa» la tentativa de adueñarse del poder «preparada por la prédica de Tkachov».^[93]

Ahora bien, ponerle el sello de la ortodoxia marxista a sus ideas fue siempre fundamental para Lenin. En este caso, su gran fuente de inspiración y validación teórica será la estrella más brillante del firmamento marxista alemán de ese momento, Karl Kautsky, quien había sido amigo de Engels y dirigía el semanario teórico del partido socialdemócrata alemán, *Die Neue Zeit*. Lenin cita largamente a Kautsky,

cuyo texto no deja dudas al respecto:

La conciencia socialista moderna solo puede surgir de profundos conocimientos científicos (...) Pero el portador de la ciencia no es el proletariado, sino la **intelectualidad burguesa**: es del cerebro de algunos miembros de este sector de donde ha surgido el socialismo moderno (...) De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera (*von aussen Hineingetragenes*) en la lucha de clase del proletariado y no algo que ha surgido espontáneamente (*urwüchsig*) dentro de ella.^[94]

El énfasis en la expresión «intelectualidad burguesa» es de Kautsky y los intercalados en alemán, en los pasajes clave de la argumentación, son de Lenin, quien con esto pretende no dejar duda alguna sobre lo que Kautsky realmente había dicho. Sin embargo, Lenin —de nuevo apoyándose en Kautsky— lleva esta argumentación aún más lejos. Para él, la doctrina socialista revolucionaria no solo se origina fuera del proletariado sino que se mantiene y desarrolla fuera del mismo. Su sitio y guardián será el partido revolucionario y dentro del partido, su cúpula intelectual, esa «docena de jefes» de los cuales, a su juicio, todo depende. Así escribe, resumiendo lo que según él era la experiencia de la socialdemocracia alemana: «Los alemanes han alcanzado ya suficiente desarrollo del pensamiento político, tienen suficiente experiencia política para comprender que, sin “una docena” de jefes de talento —los talentos no surgen por centenas—, de jefes probados, preparados profesionalmente, instruidos por una larga práctica y bien compenetrados, ninguna clase de la sociedad contemporánea puede luchar con firmeza».^[95] Para Lenin, la centralización completa alrededor de esos doce apóstoles de la revolución será la gran palanca que permitirá asegurar, primero, la influencia del partido entre las masas y, finalmente, la toma del poder.

Allí estará, para decirlo con palabras de Marx, la «cabeza» de la revolución, aquellos que realmente saben lo que el proletariado «es» y lo que «con arreglo a ese ser se verá forzado históricamente a hacer».^[96] De esta manera, la escisión entre «clase revolucionaria» y «conciencia revolucionaria» se vuelve permanente y se encarna en la existencia misma del partido. Más adelante veremos cómo en cada circunstancia donde los bolcheviques no cuenten con el apoyo obrero apelarán a este razonamiento para, sin miramientos ni escrúpulos, imponer a la supuesta clase revolucionaria «su verdadera voluntad», encarnada por el partido. De esta manera, la «dictadura del proletariado» se transformará en una dictadura *sobre* el proletariado. Esto no es, sin embargo, una adulteración del pensamiento de Marx, es más bien su realización consecuente. Marx mismo, al igual que Lenin, nunca manifestó la menor duda de que era él quien tenía la verdad sobre la revolución venidera y, por ello, no solo el derecho sino la obligación de combatir a todo aquel, por más proletario que fuese, que postulase otra interpretación del sentido y las formas de la lucha proletaria.^[97]

En este contexto, Lenin formula una teoría maniquea de especial importancia sobre las ideas a partir de la famosa concepción que Marx y Engels sostuvieron en *La ideología alemana*:

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época (...) La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente.^[98]

De esta concepción Lenin deduce que toda idea que no corresponda al pensamiento socialdemócrata revolucionario —es decir marxista— es una idea burguesa. Sus palabras al respecto son categóricas y serán el fundamento del mecanismo característico de descalificación de toda idea contraria o ajena a su postura:

Esto prueba que *todo lo que sea* rendir culto a la espontaneidad del movimiento obrero, todo lo que sea aminorar el papel del «elemento consciente», el papel de la socialdemocracia, *significa (de manera independiente por completo de la voluntad de quien lo hace) acrecentar la influencia de la ideología burguesa entre los obreros.*^[99]

Por tanto, cualquier persona que no siga al marxismo revolucionario —encarnado en el partido y, en última instancia, en Lenin mismo o en el líder que lo sustituya— no solo manifestará ideas erróneas: será un «agente objetivo» de la burguesía, es decir, tal como Lenin lo enfatiza, «de manera independiente por completo de la voluntad de quien lo hace». Si este «agente objetivo» de las ideas de los enemigos de clase es un marxista o un proletario, este será calificado, además, de traidor o renegado. Esta es la base ideológica de aquellos procesos que en los años treinta, bajo el régimen estalinista, conducirán a miles y miles de bolcheviques —catalogados, entre otros epítetos, como «espías, saboteadores y traidores», «lacayos fascistas», «detritus humanos», «mosquitos contrarrevolucionarios» y «monstruos»^[100]— al cadalso que ellos mismos habían levantado con sus ideas y su accionar.

El momento culminante de la argumentación de Lenin en *¿Qué hacer?* viene en el capítulo IV titulado «Los métodos artesanos de trabajo de los economistas y la organización de los revolucionarios».^[101] Es aquí donde desarrolla su propuesta de crear un partido que sea estricta y exclusivamente una organización de revolucionarios profesionales, hombres absolutamente entregados a la causa revolucionaria, cuya vida y la vida partidaria sean una y la misma cosa.

Lo que Lenin pretende es recrear «la magnífica organización que tenían los revolucionarios de la década del setenta», para volver a citar sus palabras respecto de las organizaciones secretas populistas de ese tiempo. Ahora, sin embargo, esta nueva organización estará guiada por una teoría revolucionaria, el marxismo, y apoyada en una clase revolucionaria, el proletariado. De esta manera, «el revolucionario ruso» podrá «al fin —¡al fin!— alzarse en toda su talla y desplegar todas sus fuerzas de gigante».^[102]

La argumentación de Lenin comienza haciendo referencia a las condiciones de la lucha revolucionaria en Rusia que, según él, imponen un tipo de organización

pequeña, clandestina, centralista y profesionalizada, una organización «rigurosamente secreta, que concentra en sus manos todos los hilos de la actividad conspirativa».^[103] Este «modelo ruso» es, por sorprendente que parezca, presentado por Lenin como un ideal superior de «democracia verdadera». Esta argumentación es idéntica a aquella que en el futuro dirá que la «democracia» del sistema totalitario de partido único es superior a la «democracia liberal, burguesa». He aquí un pasaje característico al respecto:

El único principio de organización serio a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento tiene que ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de afiliados y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades, está asegurado algo mucho más importante que la «democracia», a saber: la plena confianza mutua, propia de camaradas, entre los revolucionarios (...) ¡y la «democracia», la verdadera, no la democracia pueril, va implícita, como la parte en el todo, en este concepto de camaradería!^[104]

Esta concepción de la camaradería como forma superior y verdadera de la democracia es característica de todos los movimientos totalitarios, independientemente de su raigambre ideológica. El fascismo y el nazismo desarrollarán un verdadero culto a la camaradería, al espíritu de cuerpo, que no será inferior a lo realizado por el comunismo. Esta idea exaltada de la camaradería da expresión a la esencia más profunda de la aspiración totalitaria: el deseo de pertenencia absoluta a algo superior, la entrega del individuo al colectivo, a la única familia, lealtad y amor que puede dar un sentido total de pertenencia e identidad frente al cual todo lo demás deja de tener valor.

Ahora bien, la pieza clave de todo el plan organizativo elaborado por Lenin es «el revolucionario profesional». Ese es el eslabón del que depende la fuerza de toda la cadena. Sobre ello, Lenin no deja duda alguna:

La organización de los revolucionarios debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria (...) hombres entregados profesionalmente a las actividades revolucionarias (...) hombres que se consagren especial y enteramente a la acción socialdemócrata.^[105]

Esto es lo esencial, poder contar con la completa dedicación de «hombres-partido», sujetos que llegan a ser, como lo expresaría Jan Valtin^[106] en su célebre autobiografía, «un pedazo del partido» y para los cuales, usando palabras del Ernesto «Che» Guevara, «el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de revolución».^[107] Estos hombres, para los cuales «el partido se transforma en familia, escuela, iglesia, albergue», para decirlo con Ignazio Silone,^[108] deben incluso ser económicamente dependientes del mismo: «Todo agitador obrero que tenga algún talento, que “prometa”, *no debe* trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglárnosla de modo que viva por cuenta del partido».^[109]

Un punto fundamental por destacar en este contexto es que la diferencia entre la forma de constituir el partido revolucionario en un país más democrático y en la

Rusia autocrática solo reside en la «amplitud» del mismo. En este sentido, la idea de restringir el partido exclusivamente a los profesionales de la revolución es propia de las condiciones históricas del país:

En el país de la autocracia, cuanto más *restringamos* el contingente de miembros de dicha organización, incluyendo en ella solo a los que hacen de las actividades revolucionarias su profesión y que tengan una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política, tanto más difícil será «cazar» a esta organización.^[110]

Cuando las condiciones lo permiten se agrega al núcleo del partido, es decir, a sus cuadros o revolucionarios profesionales, una periferia de activistas o miembros del partido en un sentido lato así como una serie de organizaciones dependientes o aliadas. Pero lo decisivo es que esto no cambia la esencia misma del partido: el núcleo de profesionales de la revolución que le da estabilidad y forma la espina dorsal del mismo.

Bajo situaciones más democráticas, la solidez del núcleo de profesionales de la revolución es, según Lenin, aún más importante, puesto que entonces se amplía la organización revolucionaria pudiendo llegar a incluir «elementos» de poca solidez ideológica y no tan confiables como lo son los militantes profesionales fogueados por largas luchas revolucionarias y seleccionados por la dureza de la lucha clandestina:

Pues bien, yo afirmo: 1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable que asegure la continuidad; 2) que cuanto más extensa sea la masa que se incorpore espontáneamente a la lucha –masa que constituye la base del movimiento y participa en él–, tanto más imperiosa será la necesidad de semejante organización y tanto más sólida deberá ser esta.^[111]

La idea de partido elaborada por Lenin no está por ello exclusivamente pensada para países autoritarios comparables con la Rusia zarista, sino que es un modelo general que se adapta a diversas condiciones en cuanto a la amplitud del partido, pero su núcleo de profesionales de la revolución permanece, sin embargo, invariable. Esto es vital para entender el desarrollo futuro del partido leninista, que bajo circunstancias propicias se hará mucho más amplio pero no por ello menos leninista. Esto permite entender, además, el funcionamiento de los partidos comunistas en sistemas democráticos, donde detrás de los innumerables frentes, organizaciones simpatizantes, sindicatos aliados y sus mismos militantes comunes y corrientes estará el verdadero partido, la organización exclusiva y excluyente de los cuadros profesionales, los hombres-partido para los cuales no hay otra vida que la del partido, que viven para y del partido, aquellos que se ven a sí mismos como la realización del hombre nuevo del comunismo venidero, aquellos que, según el sueño de Marx, se disuelven en el colectivo y no tienen otro derecho que ser parte del mismo: los hombres-especie que prefiguran la futura sociedad total.

Esta es la palanca con la que Lenin creía que se podía «mover el firmamento». Esta es su gran innovación, si bien ya sabemos que la misma es una copia del modelo

populista-terrorista ruso de los años setenta del siglo XIX, cuya motivación estuvo tanto en las condiciones prácticas de la lucha revolucionaria como en la utopía colectivista a realizar. Estos serán los mismos motivos que harán este modelo tan atractivo para Lenin en cuanto instrumento de lucha y prefiguración de su utopía comunista: arma de combate, forma superior de vida y «democracia verdadera», es decir, camaradería, espíritu de cuerpo.

En este sentido se le puede dar la razón a Richard Pipes^[112] cuando dice que la gran innovación de Lenin y la razón de su éxito, fue «militarizar la política», pero siempre y cuando no se olvide, cosa que Pipes no destaca suficientemente, que tal como la política se transforma al militarizarse también lo militar se transforma al politizarse, en especial cuando esta politización se basa en la adhesión a una doctrina mesiánica como es el marxismo. Los soldados de la revolución y su cuerpo de oficiales profesionales no son simples soldados y oficiales, sino «profetas armados», para usar el título del primer tomo de una famosa biografía sobre Trotski.^[113] La ilusión de la bondad extrema los transformará en algo nuevo, en aquellas «frías máquinas de matar» con que soñaba Ernesto «Che» Guevara, en los exterminadores del terror rojo desatado ya sea por Lenin, Stalin, Mao o por Pol Pot, en el criminal perfecto sobre el que ha escrito Albert Camus en *El hombre rebelde*. Si no se entiende a cabalidad este elemento, no se entiende el alma misma de la devastadora maquinaria que Lenin había ideado y que pronto, con sus propias palabras, removería primero a Rusia y luego al mundo entero en sus cimientos.

La idea de partido elaborada por Lenin no está por ello exclusivamente pensada para países autoritarios comparables con la Rusia zarista, sino que es un modelo general que se adapta a diversas condiciones en cuanto a la amplitud del partido, pero su núcleo de profesionales de la revolución permanece, sin embargo, invariable. Esto es vital para entender el desarrollo futuro del partido leninista, que bajo circunstancias propicias se hará mucho más amplio pero no por ello menos leninista. Esto permite entender, además, el funcionamiento de los partidos comunistas en sistemas democráticos, donde detrás de los innumerables frentes, organizaciones simpatizantes, sindicatos aliados y sus mismos militantes comunes y corrientes estará el verdadero partido, la organización exclusiva y excluyente de los cuadros profesionales, los hombres-partido para los cuales no hay otra vida que la del partido, que viven para y del partido, aquellos que se ven a sí mismos como la realización del hombre nuevo del comunismo venidero, aquellos que, según el sueño de Marx, se disuelven en el colectivo y no tienen otro derecho que ser parte del mismo: los hombres-especie que prefiguran la futura sociedad total.

Esta es la palanca con la que Lenin creía que se podía «mover el firmamento». Esta es su gran innovación, si bien ya sabemos que la misma es una copia del modelo populista-terrorista ruso de los años setenta del siglo XIX, cuya motivación estuvo tanto en las condiciones prácticas de la lucha revolucionaria como en la utopía colectivista a realizar. Estos serán los mismos motivos que harán este modelo tan

atractivo para Lenin en cuanto instrumento de lucha y prefiguración de su utopía comunista: arma de combate, forma superior de vida y «democracia verdadera», es decir, camaradería, espíritu de cuerpo.

En este sentido se le puede dar la razón a Richard Pipes^[112] cuando dice que la gran innovación de Lenin y la razón de su éxito, fue «militarizar la política», pero siempre y cuando no se olvide, cosa que Pipes no destaca suficientemente, que tal como la política se transforma al militarizarse también lo militar se transforma al politizarse, en especial cuando esta politización se basa en la adhesión a una doctrina mesiánica como es el marxismo. Los soldados de la revolución y su cuerpo de oficiales profesionales no son simples soldados y oficiales, sino «profetas armados», para usar el título del primer tomo de una famosa biografía sobre Trotski.^[113] La ilusión de la bondad extrema los transformará en algo nuevo, en aquellas «frías máquinas de matar» con que soñaba Ernesto «Che» Guevara, en los exterminadores del terror rojo desatado ya sea por Lenin, Stalin, Mao o por Pol Pot, en el criminal perfecto sobre el que ha escrito Albert Camus en *El hombre rebelde*. Si no se entiende a cabalidad este elemento, no se entiende el alma misma de la devastadora maquinaria que Lenin había ideado y que pronto, con sus propias palabras, removería primero a Rusia y luego al mundo entero en sus cimientos.

El implacable y la construcción del partido totalitario

A comienzos de 1902, cuando publica *¿Qué hacer?*, Lenin dispone apenas de los rudimentos de aquel partido revolucionario que ya en teoría estaba plenamente concebido. La red de agentes de *Iskra* tenía por entonces una extensión limitada y no todos sus miembros eran leninistas confiables. Por lo anterior, Lenin trata de postergar, hasta consolidar su base de apoyo, la convocatoria a un segundo Congreso de la socialdemocracia que de hecho fundaría el partido.^[114] Este congreso se llevará finalmente a cabo durante el verano europeo de 1903 y mostrará, por primera vez, al leninismo en acción.

La extensión del movimiento socialdemócrata de entonces estaba aún confinado a los centros urbanos más significativos y no abarcaba sino a unos pocos miles de adherentes, organizados en círculos o comités de lucha independientes. A pesar de que se hace constante alusión a los obreros en los nombres de las organizaciones socialdemócratas estos serán, de hecho, rarezas en un movimiento dominado por personas que formaban parte de la *intelligentsia* rusa. Entre ellos no faltaban aquellos de origen noble, como Plejánov o el propio Lenin, y abundaban los intelectuales de origen judío, como Trotski y Mártoov. Esta extracción social del joven movimiento socialdemócrata quedará plenamente reflejada en la composición del Congreso de 1903, de cuyos delegados más de nueve décimas partes pertenecían a la *intelligentsia*.^[115] En este sentido, la teoría del partido de Lenin reflejaba un hecho contundente de la realidad rusa: la ideología revolucionaria —ya fuese socialista agraria, populista o marxista— no era un producto surgido de los sectores populares y debía, en efecto, ser «introducida desde el exterior» para poder construir un auténtico movimiento revolucionario de masas. En esta perspectiva, todas las luchas de Lenin durante esos años formativos son luchas por ganarse a los elementos más radicales en el seno de la *intelligentsia*. Serán los «capitanes» de su ejército futuro, ese elemento que, como bien lo destacó Antonio Gramsci más tarde, es la clave de la formación del partido revolucionario.^[116]

El II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia —que abre sus puertas el 17 de julio de 1903 en Bruselas pero que pronto, por problemas con la policía, se trasladará a Londres— es un acontecimiento digno de estudiar en detalle, no solo por ser el origen histórico de la escisión entre bolcheviques y mencheviques sino porque en su funcionamiento revela, con claridad, las formas característicamente conspirativas y manipuladoras del accionar del leninismo y de los futuros partidos comunistas.

Los reunidos eran 43 delegados con derecho a voto, representando a 26 organizaciones o comités socialdemócratas. Algunos de esos delegados tenían derecho a dos votos debido a que cada organización representada tenía derecho a

enviar dos delegados pero algunas solo enviaron uno. Se llegaba así a un total de un poco más de cincuenta votos. También asistieron varios delegados sin derecho a voto, entre ellos algunos de los líderes históricos del marxismo ruso como Vera Zasúlich y Pável Axelrod, quienes también formaban parte del comité redactor de *Iskra*. El drama que se desarrollará durante las semanas que dura el congreso tendrá varias fases y, aún más importante, escenarios. Detrás del congreso mismo estaba el escenario de la mayoría marxista revolucionaria de 33 votos aglutinada en torno a *Iskra*. Pero lo que fue más sorprendente es que pronto se haría evidente que dentro de la fracción «iskrista» había otra fracción, la cual giraba en torno a Lenin. Esta fracción, que contaba con alrededor de 24 votos, se autodenominó «iskrismo duro» y se transformó durante el desarrollo del congreso en mayoría, debido a que los representantes del *Bund*, que agrupaba a trabajadores de origen judío, y otros delegados, abandonarían la reunión. Surgió así el «bolchevismo» o mayoría (*bolshinstvo*) que en adelante sería la base del partido revolucionario liderado por Lenin y al cual se le opondrían los «iskristas blandos» o mencheviques, es decir, la minoría (*menshinstvo*).

Esta división del iskrismo y el surgimiento en su seno del leninismo fue el elemento inesperado del Congreso, el cual indicó, a todas luces, que Lenin había constituido previamente una fracción compacta en torno suyo con un fin bien definido: hacerse con el poder del naciente partido. Dentro de la abundante documentación que existe sobre ese Congreso^[117] nada es tan decidor, profundo y clarividente como dos textos de uno de los participantes en el mismo, el joven Lev Davídovich Bronstein, alias Trotski. El primer texto fue redactado inmediatamente después del cónclave y es un largo recuento del desarrollo del mismo que lleva por título «Informe de la delegación de Siberia».^[118] El segundo, escrito en 1904 y titulado «Nuestras tareas políticas»,^[119] es una extensa y profunda reflexión sobre el leninismo que, además, contiene una serie de afirmaciones proféticas sobre el destino de esa tendencia a la cual él un día se plegaría con una pasión tal que incluso llegaría a superar a Lenin en su ímpetu leninista.

El primero de los textos de Trotski gira en torno a lo que él llama, en alemán, *Wille zur Macht*, «la voluntad de poder que guía al camarada Lenin».^[120] Este es el factor que domina el Congreso y que determina el inesperado —para Trotski y todos aquellos incautos que no eran parte de la fracción leninista— cambio de escena que se produce cuando los participantes pasan de discutir las cuestiones políticas a las organizativas, es decir, la organización interna del partido y la elección de sus dirigentes. Durante el par de semanas en que el Congreso trató los temas políticos todo el iskrismo se mantuvo unido, imponiendo fácilmente su programa, incluida la necesidad de la dictadura del proletariado. De pronto, sin embargo, y tan inesperadamente «como un rayo que cae desde un cielo despejado», todo cambia y aparece el «desorganizador» del partido con sus «iskristas duros», la «mano de hierro» o el «Robespierre» que busca la dictadura personal sobre el partido.^[121]

El choque entre iskristas duros y blandos no se produce en primera instancia en el escenario principal del Congreso ni en torno al famoso primer artículo de uno de los estatutos de la organización, sino en las reuniones de la facción iskrista y trata, desde un comienzo, de la estructura y composición de los centros de poder del partido. El primer choque abierto, es decir, en el Congreso mismo, gira en torno al primer artículo de los estatutos y las dos formas propuestas para definir quién es miembro del partido, pero no es ni el inicio ni el verdadero fondo de la disputa sino solo su primera manifestación abierta. Mártoov propone una definición más amplia, tomada directamente de los estatutos de la socialdemocracia alemana, para quienes puedan considerarse miembros del partido. Lenin se opone, introduciendo una modificación que a primera vista hasta puede pasar desapercibida pero que, en realidad, era crucial y absolutamente coherente con su idea del partido como organización exclusiva de los revolucionarios profesionales: los miembros del partido deben participar directamente en las actividades del mismo y no solo, como en la fórmula de Mártoov, colaborar y dejarse guiar por el partido. Parece una nimiedad pero no lo es: Lenin quiere hombres-partido y no le sirven en absoluto todos aquellos «blandengues» que podrían estar dispuestos a colaborar con el partido sin fundirse y hacerse uno con el mismo. Esta votación la pierde Lenin. El «iskrismo blando», apoyado por los no iskristas, reúne 28 votos y con ello la mayoría. Pero a continuación todo cambia. El iskristismo en su conjunto hace causa común contra las pretensiones de los representantes del *Bund* de mantener una organización propia para los trabajadores judíos y estos abandonan el Congreso juntos con otros dos delegados no iskristas — siete votos en total—. Con esto la mayoría pasa a la fracción de Lenin.

Lo que causa tanto división como sorpresa dentro del Congreso es la dureza con que Lenin y su grupo defienden sus posiciones. Esto se manifiesta de manera enfática en el punto decisivo para Lenin: la discusión en torno al poder sobre el partido. El camino hacia su poder sobre el mismo pasa específicamente por la expulsión de algunos de los viejos y más connotados dirigentes marxistas, como Vera Zasúlich y Pável Axelrod, de la redacción de *Iskra* que, a su vez, será convertida en el centro omnímodo del poder.^[122] Es aquí donde las vestiduras se rasgan y el espanto cunde. Mártoov, Trotski, Zasúlich y otros «blandos» expresan bulliciosamente su repulsa, pero frente a ellos surge «Maximilien Lenin»,^[123] «El Implacable», la mano de hierro, el hombre que quiere reemplazar el centralismo del partido con lo que Trotski, con acierto, llama el «ego-centralismo», es decir, su dictadura personal.^[124]

Gerard Walter, basado en las actas del II Congreso, recrea así el momento en que estallan las emociones contra Lenin cuando éste, falsamente,^[125] dice que Mártoov ha estado de acuerdo con él en su plan para depurar del comité de *Iskra* a una parte de la vieja guardia:

No le dejaron continuar. Hubo en el acto una explosión repentina de gritos y vociferaciones de toda clase. Sobresale del estruendo la voz sonora de Trotski y también la voz estridente de Vera Zasúlich (...) Mártoov se desgañita gesticulando. Se oye por todas partes: ¡No es verdad! ¡Es mentira! Lenin, un poco desconcertado (es

la primera vez que se enfrenta a una tormenta similar), trata de protestar. El presidente, Plejánov, viene en su ayuda y hace esfuerzos desesperados para restablecer la calma. Esfuerzo inútil.^[126]

La figura de Robespierre y el terror jacobino surgen como el paralelo en las mentes de estos revolucionarios que conocían bien la historia de «el Incorruptible», el hombre que para instaurar «la república de la virtud y la razón» no trepidó en sacrificar a sus viejos camaradas revolucionarios como Danton, Desmoulins y tantos otros. Lo mismo hace Plejánov al comparar a Lenin con Robespierre cuando, excusándose ante los reproches que unos días más tarde le haría su amigo Axelrod por haber apoyado a Lenin, dice: «¡Qué quiere usted! ¡De esa misma madera estaba hecho un Robespierre!».^[127]

En su autobiografía —casi treinta años después— Trotski volverá a comentar estos hechos de manera notable, que retrata del todo no solo al Trotski leninista sino, sobre todo, a Lenin, «el Implacable», y su «moral revolucionaria». Una larga cita es inevitable dado lo interesante de esta autoconfesión:

¿Cómo se explica que yo me pusiese en el Congreso del lado de los «blandos»? Téngase en cuenta que me unían grandes vínculos a tres redactores: Mártoov, Zasúlich y Axelrod. Estos tres influían en mí de un modo indiscutible (...) Lenin estaba conmigo en excelentes relaciones. Pero sobre él pesaba, a mis ojos, la responsabilidad de aquel atentado contra la redacción de un periódico, que a mi modo de ver formaba una unidad y que tenía aquel nombre fascinador de *Iskra*. Solo el pensar en que pudiera malograrse aquella unión, me parecía un crimen intolerable. En los movimientos revolucionarios, el centralismo es un principio duro, imperioso, absorbente, que no pocas veces adopta formas despiadadas contra personas y grupos enteros que ayer todavía luchaban a nuestro lado. No en vano en el vocabulario de Lenin abundan tanto las palabras «despiadado» e «irreconciliable». Esta crueldad solo puede tener una justificación cuando la imponen los altos ideales revolucionarios, exentos de todo interés bajamente personal. En 1903 no había otra salida que eliminar de la redacción de la *Iskra* a Axelrod y a Zasúlich. Yo sentía por ellos, no solo respeto, sino simpatía. También Lenin les había tenido aprecio, en consideración a su pasado. Pero habiendo llegado al convencimiento de que eran un estorbo cada vez más molesto en la senda del porvenir, sacó la conclusión lógica de esta premisa y creyó necesario separarlos del puesto directivo que ocupaban. Yo no podía avenirme a ello. Todo mi ser se rebelaba contra esa mutilación despiadada de viejos luchadores que habían llegado hasta el umbral de nuestro partido. Este sentimiento de indignación me hizo romper con Lenin en el segundo Congreso. Su conducta me parecía intolerable, indignante, espantosa. Y, sin embargo, era políticamente acertada y, por consiguiente, necesaria para la organización.^[128]

En su segundo texto sobre el Congreso, «Nuestras tareas políticas», Trotski analiza la esencia misma del leninismo, lo que denomina *sustitucionismo*, definido como una expresión característica de la *intelligentsia* revolucionaria que trata de sustituir al proletariado como cabeza pensante y agente real de la revolución comunista. La *intelligentsia* vuelve, con este propósito, el marxismo contra el proletariado. Es porque habla «en nombre del marxismo» que exige la subordinación del proletariado. Así lo hacía, al parecer de Trotski, la *Iskra* leninista, «transformándose, de hecho, en un órgano de auto-defensa de la *intelligentsia* socialdemócrata». ^[129] Esta pretensión de hegemonía sobre la «clase revolucionaria» está basada, según Trotski, en el núcleo teórico del leninismo, aquella «absurda idea que Lenin tomó de Kautsky»^[130] y a partir de la cual propone en el *¿Qué hacer?* su

plan de crear una «teocracia ortodoxa», un «partido ubicado sobre el proletariado», «el cual *piensa por* el proletariado» y «lo *sustituye* políticamente». [131]

El sustitucionismo lleva, según Trotski, a la dictadura no solo del partido sobre el proletariado sino —y esto es fundamental— a la dictadura personal del líder sobre el partido. Es con esta perspectiva que Trotski formula aquella frase que ha sido considerada la más profética que se haya escrito sobre el destino del leninismo y su futura conversión en el estalinismo: «En la política interna del partido estos métodos conducen, como ya lo veremos, a que el aparato del partido sustituya al partido, el comité central sustituya al aparato del partido y, finalmente, el dictador sustituya al comité central». [132] Esta frase describe lo que en esencia ya era, y siempre sería, el leninismo. Pero también describe a Marx, en su rol autoasumido de cabeza iluminada de la futura revolución, de poseedor del secreto de la historia y, por ello, portador de la «verdadera conciencia» de la «clase revolucionaria» y de lo que ésta deberá llegar a hacer y ser... quiéralo o no.

El pensamiento revolucionario de Lenin implica asumir una división maniquea del mundo, donde solo existen dos bandos: los revolucionarios y sus enemigos. Esto es, simplemente, una concretización de la idea, ya antes discutida, de que aquel que no sigue las ideas revolucionarias sigue, por necesidad, las ideas de la clase dominante, es decir, de la burguesía. Robespierre, en un célebre discurso había planteado claramente este maniqueísmo revolucionario al decir: «Conozco solamente dos partidos, el de los buenos y el de los malos ciudadanos». Y es a partir de esta frase que Trotski comenta: «Este aforismo político está gravado en el corazón de Maximilien Lenin y, a grueso modo, suma la sabiduría política de la vieja *Iskra* (...) La vieja *Iskra* tomó como su tarea no el iluminar la conciencia política de la *intelligentsia*, sino el *aterrorizarla teóricamente*». [133] Los años venideros probarían que Lenin estaba dispuesto a ir mucho, mucho más lejos del «terrorismo teórico» para realizar sus sueños. También Trotski, en su momento, lo probaría y con creces.

La respuesta de Lenin a este tipo de acusaciones consistirá en calificarlas de «oportunismo» y declararse orgullosamente jacobino. Lo hace sin ambigüedades en el libro *Un paso adelante, dos pasos atrás. Una crisis en nuestro partido*, publicado en 1904, donde entrega su versión de lo ocurrido en el II Congreso: «Las “terribles palabras” de jacobinismo, etc., no expresan nada más que *oportunismo*. El jacobino, indisolublemente ligado a *la organización* del proletariado *consciente* de sus intereses de clase, es precisamente el socialdemócrata revolucionario». [134] Frente a ellos, a los jacobinos marxistas ligados de manera indisoluble al partido revolucionario, están los despreciables girondinos, es decir los mencheviques, aferrados a la democracia:

El girondino, que suspira por los profesores y los liceanos, que teme la dictadura del proletariado, que sueña con un valor absoluto de las reivindicaciones democráticas, es precisamente *el oportunista*. Los oportunistas son los únicos que pueden todavía, en la época actual, ver un peligro en las organizaciones de conjuradores. [135]

A partir del II Congreso existirá el leninismo o bolchevismo, pero no siempre con una forma clara y distinta, puesto que Lenin tratará, hasta la conferencia celebrada en Praga en enero de 1912, de mantener la apariencia de que su partido de conspiradores aún pertenece al mismo partido que agrupa a los mencheviques. Este será un juego donde Lenin seguirá probando, mientras le reporte algún beneficio, todo su arte para esconder sus reales intenciones que no eran otras que las de aprovechar la fachada de un partido más amplio para captar adeptos y recursos.^[136] Sobre todo esto se podría escribir largamente pero no aportaría nada esencial a la historia del totalitarismo. La suerte estaba ya echada y Lenin nunca se apartaría de esa senda que un día lo llevará al poder sobre Rusia usando los mismos métodos, la conspiración y el engaño, con los cuales se había entrenado, prácticamente, durante toda su carrera política.

Después del II Congreso de 1903, Lenin se abocó a dos tareas inmediatas. Por un lado, a desarrollar su lucha fraccional dentro del partido en el terreno ideológico, lo que lo llevará a escribir largamente en torno a los hechos del II Congreso, al mismo tiempo que fundaba un nuevo periódico, titulado *Vperiod (Adelante)*, luego de perder el control sobre *Iskra*.^[137] Por otro lado, y esto es lo decisivo, consolidará la organización bolchevique en Rusia con la inestimable ayuda de Nadezhda Krúpskaya. El año 1904 es central en la historia del bolchevismo, ya que durante este se consolida una pequeña pero sólida organización de carácter leninista en las principales ciudades rusas. David Lane^[138] ha estimado en unos 3.250 militantes el número de bolcheviques para ese año y su importancia para la continuidad del partido se aprecia al considerar que, según el mismo autor, en 1922 había todavía unos 2.170 militantes que habían ingresado al partido antes de 1905. El desarrollo de esta organización recibe en 1904 un fuerte impulso producto del creciente descontento social y político en Rusia que va a ser catalizado por los humillantes reveses en la guerra contra Japón, que alcanzan un punto culminante en diciembre de 1904 con la caída de Port Arthur y la captura de los restos de la flota rusa del Pacífico. Este es el antecedente directo del Domingo Sangriento, el 9 de enero de 1905, que inicia todo un año de conmociones revolucionarias que, entre otras cosas, verá el nacimiento del primer parlamento ruso (*Duma*) y los primeros soviets (de *soviet*, consejo).^[139]

Las cifras sobre el número de militantes bolcheviques son bastante aproximativas hasta 1917, estimándose en unos 8.400 en el año revolucionario de 1905. Esta cifra crecerá rápidamente y alcanza a unos 13.000 en abril-mayo de 1906, llegando a un máximo de unos 46.000 en 1907, año en que la situación política cambia iniciándose un período de creciente represión sobre el movimiento revolucionario.^[140] Este endurecimiento del clima político conducirá a una rápida reducción de la militancia, volviendo la organización bolchevique a estar constituida casi exclusivamente por su núcleo de cuadros revolucionarios, que puede ser estimado en unos cinco mil militantes.^[141] Este es el núcleo esencial para el futuro del movimiento y la clave del éxito de Lenin. Hay momentos, como el verano de 1909, en que, según Leonard

Schapiro,^[142] «en total funcionaban solo unos cinco o seis comités bolcheviques de manera regular en Rusia», pero lo decisivo no era cuantos militantes revolucionarios estaban efectivamente organizados sino su disposición a organizarse apenas fuera requerido y las condiciones lo hiciesen posible. Esa será la carta de triunfo con la que Lenin ganará la partida revolucionaria de 1917.

LA CONTRARREVOLUCIÓN DE OCTUBRE

Revolución popular y contrarrevolución totalitaria

El período que se abre con los hechos revolucionarios de fines de febrero^[143] de 1917 se compone de una serie prácticamente ininterrumpida de violentas confrontaciones y cambios profundos en la estructura social que dura unos veinte años. Es por ello que la Revolución rusa no puede ser confinada a algunos meses de 1917 y ni siquiera a los años inmediatamente venideros. Lo que se inició ya en 1916 como un descontento en el seno mismo de la élite gobernante^[144] se transformó, a partir de febrero de 1917, en una revuelta popular que se extendió por toda Rusia como un reguero de pólvora, envolviendo a grandes masas de soldados, obreros y campesinos, así como a amplios sectores de la clase media. Cada sector, grupo o clase social se lanzó, generalmente por medio de la acción directa, a luchar por sus reivindicaciones. El Gobierno Provisional, formado el 2 de marzo bajo la dirección del príncipe Gueorgui Lvov y desde julio liderado por Alexándor Kerenski, fue sucesivamente perdiendo control sobre la situación política y social del país. Rusia entró en una fase cada vez más caótica, caracterizada por el ascenso de diversas formas de «democracia directa» o «consejismo», cuya expresión más notable fueron los soviets o consejos de obreros y soldados. Se creó así no un «poder paralelo» o «doble poder», como muchas veces se ha dicho, sino una multiplicidad de poderes, sin mayor sincronización ni objetivos comunes.^[145] Prácticamente nadie estaba dispuesto a esperar y, como es característico de los procesos revolucionarios, todos se lanzaron a la acción. Se luchaba por reivindicaciones más abstractas o generales como la democracia, la paz, la libertad o la Asamblea Constituyente. Pero sobre todo se luchaba por lo concreto y cotidiano, la tierra, el pan, el control de una industria, el poder sobre «lo nuestro», expresando acabadamente el espíritu anarco-socialista de la herencia campesina rusa que ya se ha comentado.

La marea revolucionaria iniciada en febrero de 1917 tuvo su punto cúlmine en octubre, cuando aquellos que más prometieron y más hicieron por desestabilizar el orden existente, los bolcheviques, tomaron el poder. Se inicia así la larga fase contrarrevolucionaria de la Revolución rusa. Se trataba, por cierto, no de restablecer el viejo orden sino de establecer uno radicalmente nuevo, cuya existencia dependerá tanto del aplastamiento de las viejas élites como, sobre todo, de subyugar a los movimientos populares surgidos durante la Revolución y revertir todas sus conquistas. Es por ello que la famosa «Revolución de Octubre» debiera, para ser verídicos, ser llamada «Contrarrevolución de Octubre». Ahora bien, esta contrarrevolución no se resolverá sino hasta los años treinta cuando, después de la brutal colectivización de la tierra y «el Gran Terror»,^[146] se establezca un nuevo sistema social de carácter totalitario, es decir, un sistema que aniquila toda sociedad civil independiente y liquida cualquier espacio de libertad individual, ya sea

económico, social o cultural.

Los pasos decisivos en la creación de esta nueva sociedad son los enfrentamientos entre la nueva élite comunista, que paulatinamente se va constituyendo como clase dominante, y los distintos componentes de la estructura social rusa. Los enfrentamientos más importantes son aquellos con las viejas élites dominantes, con el proletariado industrial emergente y, finalmente, con la clase o sector abrumadoramente mayoritario, el campesinado. Estas clases o sectores serán aniquilados o sometidos en diversos momentos y con métodos variados, si bien la represión masiva y el terror serán, ya desde el primer momento, elementos que no faltarán en ninguno de estos episodios.

Paralelamente, desde el nuevo partido gobernante, la *intelligentsia*, el viejo aparato estatal, así como desde los sectores más radicalizados del viejo proletariado industrial pero sobre todo del nuevo que se forma a partir de 1923, surge una nueva élite y una estructura jerárquica con rangos y funciones rigurosamente delimitados, en el seno de aquello que los propios soviéticos llaman *nomenklatura*, es decir, el conjunto de funciones y de personas aptas para desempeñarlas que componen la élite de poder que gobernará a la sociedad. Este grupo dominante se dota, además, de todos los mecanismos del poder total, particularmente de un aparato para ejercer el terror sobre toda la sociedad, un monopolio prácticamente absoluto sobre la economía, la educación y los medios de comunicación, una ideología oficial —el marxismo-leninismo— y, finalmente, un líder con poderes ilimitados. Surge así un tipo de Estado que no solo no tolera la independencia de los ciudadanos sino que exige su adhesión activa a una ideología o visión del mundo que penetra completamente la sociedad hasta convertirse en una especie de suprarrealidad que termina superponiéndose a la realidad misma. Esto es lo que los teóricos del nacionalsocialismo llamaron *Weltanschauungsstaat*, es decir, Estado ideológico o, literalmente, «Estado basado en una visión del mundo».^[147]

En este, así como en el siguiente capítulo, se estudian las distintas fases y procesos de la formación del sistema totalitario soviético. El punto de partida es el proceso que conduce a la toma del poder por parte de los bolcheviques en octubre de 1917. Prosigue con la consolidación del poder bolchevique a través de la destrucción de las aspiraciones democráticas, la iniciación del terror y la subsecuente guerra civil. A continuación, se estudia el enfrentamiento decisivo entre partido revolucionario y «clase revolucionaria», es decir, el proletariado industrial. Luego, en el capítulo 4, se examina el enfrentamiento más duro y brutal de todos, aquel con el campesinado ruso. Finalmente, en ese mismo capítulo se estudia la transformación del Partido Comunista en una nueva élite de poder que domina despóticamente a la sociedad pero que, al mismo tiempo, también se ve sometida al régimen de terror que creó para sostener su poder omnímodo.

Lenin, la utopía y el golpe de Estado de octubre

El proceso que conduce desde la abdicación del zar el 2 de marzo de 1917 hasta la toma del poder por los bolcheviques a fines de octubre de ese año es, sin duda, el momento estelar de la carrera revolucionaria de Lenin. Es en este proceso donde pone a prueba todo su genio revolucionario, su absoluta voluntad de poderío (*Wille zur Macht*), para decirlo con las palabras de Trotski de 1903, y su maestría en el uso de cualquier medio que fuese apto para este fin.

Desde su horizonte de exiliado, el año 1917 no parecía promisorio para Lenin. La guerra no había conducido a la revolución europea que tanto ansiaba y comenzaba a perder las esperanzas de que ello ocurriese en lo que le quedaba de vida. El 9 de enero^[148] da una conferencia para jóvenes en la Casa del Pueblo de Zúrich, donde por entonces residía, conmemorando el doceavo aniversario del comienzo de la Revolución rusa de 1905. Sus palabras finales dicen todo acerca de las expectativas de Lenin apenas unas semanas antes del comienzo de la revolución de 1917: «Tal vez nosotros, los de la vieja generación, no lleguemos a ver las batallas decisivas de la revolución venidera».^[149] A comienzos de febrero hace alusión, en una carta a su hermana María, a su condición de «jubilado» y con tono lastimero escribe que «la vida es terriblemente cara y mi capacidad de trabajo extremadamente baja a causa del mal estado de mis nervios».^[150]

A principios de marzo, sin embargo, todo cambia. La monótona vida de este exilio que ya parecía un retiro definitivo se interrumpe de pronto: «inmediatamente después de comer y cuando Nadia había fregado los platos e Ilich se disponía a ir a la biblioteca, entró un camarada polaco gritando: “¿No han oído las noticias? ¡Ha estallado la Revolución en Rusia!”».^[151] En los días siguientes Lenin define su posición frente a los acontecimientos y comienza a comunicarla de diversas maneras tratando de orientar el accionar del partido en Rusia. Dos puntos son esenciales para él. En primer lugar, resulta indispensable mantener al partido bolchevique puro e intacto, rechazando cualquier acercamiento con otros partidos, especialmente con los mencheviques. Sobre esto Lenin no tiene duda alguna: sabe que su proyecto revolucionario depende completamente de su organización de revolucionarios profesionales dispuestos a seguirlo hasta las últimas consecuencias. El segundo punto se refiere al nuevo Gobierno Provisional. Frente a este solo cabe la lucha sin cuartel, hasta la toma del poder por las masas revolucionarias armadas encabezadas por los bolcheviques.^[152] Esto implicaba que la revolución debía pasar, sin solución de continuidad, de la fase «democrático-burguesa» a una segunda fase, proletaria y socialista. De esta manera, Lenin hacía suyas las tesis sobre la «revolución permanente» que Trotski había defendido ya desde 1905. Un telegrama enviado en

marzo a sus camaradas rusos resume bien estos dos puntos, marcando también la prioridad absoluta de mantener a los bolcheviques como tales: «Nuestra táctica: absoluta desconfianza, ningún apoyo al nuevo gobierno; Kerenski es especialmente sospechoso; armar al proletariado es la única garantía; *no acercamiento a otros partidos*. Esto último es la *conditio sine qua non*». [153]

Lenin toma la decisión de regresar cuanto antes a Rusia y consigue la ayuda del gobierno alemán para su propósito, entendiendo este que pocas cosas podían ayudar tanto a Alemania en su esfuerzo bélico contra Rusia como la presencia en ese país del líder más connotado del derrotismo revolucionario ruso. [154] Es así como Lenin, a fines de marzo, iniciaría su histórico viaje hacia la estación de Finlandia en Petrogrado, [155] a la cual llegaría, junto con un grupo de camaradas, la noche del 3 de abril de 1917.

En el intertanto, los bolcheviques habían reconstruido su organización, muy diezmada durante la guerra, y el partido estaba creciendo a un ritmo vertiginoso en medio de una marea revolucionaria nunca antes vista. [156] A pesar de los mensajes enviados por Lenin sobre la necesidad del derrocamiento del nuevo gobierno la dirección bolchevique, con Stalin y Kámenev a la cabeza, se orientaba claramente hacia una política mucho más moderada consistente, para usar las palabras del periódico del partido, *Pravda*, en ejercer «presión sobre el Gobierno Provisional», entendiendo que la «revolución proletaria» no estaba a la orden del día ya que recién se estaba iniciando la fase «democrático-burguesa» del desarrollo de Rusia. [157] Además, se planteaba de parte de los mismos bolcheviques la necesidad de volver a unirse con los mencheviques para enfrentar juntos los desafíos abiertos por la explosiva revolución. Esto no hacía más que reconocer lo que ya de hecho ocurría en muchas partes, donde bolcheviques y mencheviques funcionaban conjuntamente. [158] Esta orientación había sido ratificada por la Conferencia Nacional bolchevique reunida en Petrogrado durante los primeros días de abril. Fue entonces cuando Lenin descendió en la estación de Finlandia y cambió el rumbo de la historia.

El recibimiento que lo esperaba aquella noche en Petrogrado sorprendió muchísimo a Lenin, quien incluso pensaba que podía ser detenido y llevado a la famosa fortaleza-cárcel de San Pedro y San Pablo donde su hermano había estado preso treinta años atrás. Nada de ello ocurrió. Los bolcheviques habían preparado cuidadosamente su llegada y lo esperaban tanto el presidente del Soviet de Petrogrado, el menchevique georgiano Nikolái Chjeidze, como una gran cantidad de trabajadores, marineros y soldados revolucionarios. Flores, saludos militares y una multitud que coreaba su nombre pusieron el marco de las primeras palabras de Lenin:

Queridos camaradas, soldados, marineros y trabajadores: Me complace saludar en vosotros a la victoriosa Revolución rusa y saludaros como la vanguardia del ejército proletario internacional (...) No hoy, pero sí mañana, cualquier día, presenciaremos el derrumbamiento general del capitalismo europeo. La Revolución rusa que habéis llevado a cabo ha asestado el primer golpe y ha abierto una nueva era (...) ¡Viva la revolución socialista mundial! [159]

Así hablaba quien aspiraba a ser no solo el jefe de la Revolución rusa sino de la Revolución mundial. Estaba claro que Lenin no tenía tiempo que perder y que su horizonte inmediato era la revolución socialista. Respecto del Gobierno Provisional no cabía sino una actitud de lucha sin cuartel a fin de derrocarlo y establecer un nuevo régimen. Esto lo aclara unos minutos más tarde, cuando debe hablar de nuevo, esta vez a los marineros, venidos de la base naval de Kronstadt, que le rendían saludos militares:

Camaradas marineros, os saludo sin saber si creéis o no en las promesas del Gobierno Provisional. Pero afirmo que cuando os hablan amablemente, cuando os prometen tantas cosas, os están engañando a vosotros y a todo el pueblo ruso (...) Hemos de luchar por la revolución social, luchar hasta el fin, hasta la completa victoria del proletariado. ¡Viva la revolución socialista mundial!^[160]

Fuera de la estación lo esperaba la revolución de carne y hueso. Como relata Edmund Wilson en *Hacia la estación de Finlandia*, la multitud expectante «llevó a Lenin en hombros a uno de los autos blindados estacionados delante de la estación (...) Lenin tuvo que pronunciar otro discurso de pie en el techo del auto blindado, sobre las cabezas de la multitud. La plaza delante de la estación se hallaba repleta de gente: estaban allí los trabajadores textiles, los trabajadores metalúrgicos, los soldados y marineros de origen campesino».^[161] El blindado lo llevó luego a la sede de su partido, que era nada menos que el palacio que había pertenecido a la gran bailarina Mathilde Kschessinskaya. Allí, entre los mármoles y bajo las arañas de cristal, lo esperaban sus «agentes», que habían estado participando en la Conferencia Nacional del partido que justamente había aprobado la línea política que pronto se vería totalmente demolida por Lenin. Después de arengar a la gente desde los balcones del palacio y cuando ya eran las dos de la madrugada del 4 de abril, se dirigió al gran salón de baile para hacer aquello que había venido a hacer: decirle a los suyos, como siempre, qué hacer.

Prosigue Edmund Wilson señalando que luego de tomar la palabra, Lenin «habló durante dos horas y sembró en el auditorio el desconcierto y el terror».^[162] En su biografía de Lenin, Gerard Walter describe así esta célebre intervención: «Fue una larga improvisación. Lenin se había dejado llevar por su inspiración, pero como no hacía más que repetir lo que no había cesado de clamar y de proclamar en sus escritos y en sus cartas desde el principio de la guerra, su exposición fue de una cohesión, de una potencia y de una ordenación notables».^[163] Lamentablemente, este discurso no fue transcrito y solo se cuenta con la versión de uno de los asistentes, Nikolái Sujánov. La misma parece, empero, altamente confiable ya que su contenido concuerda plenamente con lo que Lenin había escrito antes y escribiría inmediatamente después. He aquí algunos párrafos de esta intervención histórica según el relato de Sujánov:

Lenin empezó haciendo esta comprobación: la revolución socialista mundial está a punto de estallar. Esto es una consecuencia de la guerra mundial. La guerra imperialista no podía dejar de transformarse en guerra civil y no podía terminarse más que por una guerra civil, por una revolución socialista mundial (...) Lenin

ridiculizó la política de paz del soviét (...) El soviét «revolucionario-defensista» dirigido por oportunistas, por los *Scheidemann* rusos, no puede ser más que un arma en manos de la burguesía. Para que sea el arma de la revolución socialista mundial es necesario primero conquistarlo, transformarlo de pequeñoburgués en proletario. Por el momento, la fuerza bolchevique no es suficientemente grande para lograrlo (...) el tronante orador atacó a los que se hacen pasar falsamente por socialistas (...) Ni por un solo instante se les puede considerar camaradas de combate (...) no son sino oportunistas que dicen bonitas palabras, pero que en realidad traicionan secreta, si no abiertamente, los intereses de las masas trabajadoras. El «socialismo» contemporáneo es el enemigo del proletariado internacional. Hasta el nombre de la socialdemocracia está enlodado y manchado de traición. Es imposible purificarlo, hay que rechazarlo. Simboliza la traición a la clase obrera. Hay que sacudir de los pies, sin tardanza, el polvo de la socialdemocracia, quitar la «ropa sucia» y adoptar el nombre de Partido Comunista.^[164]

Es digna de notar la actitud que Lenin manifiesta hacia los soviets y que será constante durante los meses venideros. Los soviets solamente son un medio útil cuando los revolucionarios, es decir, los bolcheviques, han ganado el control sobre los mismos. Solo entonces dejan de ser «pequeñoburgueses» y pasan a ser «proletarios». Esta forma de ver a los soviets es absolutamente congruente con las ideas del *¿Qué hacer?* según las cuales el proletariado, abandonado a sí mismo, no tiene ni puede tener una genuina conciencia revolucionaria, es una clase potencialmente revolucionaria pero que vive bajo la influencia de las ideas de la clase dominante. Para realizar su potencial revolucionario debe ser «concientizada», transformada en una clase revolucionaria no solo «en sí» sino también «para sí» — para usar las clásicas expresiones dialécticas que Marx toma de Hegel— por el partido revolucionario, portador de la teoría revolucionaria y único garante de la lealtad del proletariado a su supuesta «misión histórica». Por ello, la famosa consigna bolchevique «Todo el poder a los soviets», debe en realidad ser entendida como «Todo el poder a los soviets bajo la conducción del partido revolucionario». Esto es tan decisivo que durante el verano venidero, cuando los principales soviets se oponen a las intenciones insurreccionales de los bolcheviques, se eliminará esta famosa consigna pidiendo, en su lugar, el paso del poder directamente al «proletariado revolucionario» encabezado por los bolcheviques.^[165]

De todos modos, de una plumada y sin consultar a nadie, Lenin había descalificado totalmente la línea conciliadora que los bolcheviques habían estado siguiendo y que en esos mismos días habían ratificado. Su mensaje había sido claro y contundente. Había que radicalizar al partido, romper todo lazo con el resto de la socialdemocracia, tomar el nombre de Partido Comunista y prepararse para la revolución proletaria. No había ni un segundo que perder ni la más mínima tregua que dar: «¡No necesitamos una república parlamentaria! ¡No necesitamos una democracia burguesa! ¡No necesitamos otro gobierno que no sea el del soviét de diputados obreros, soldados y campesinos!»^[166]

Lenin mismo, de forma muy resumida, puso por escrito sus ideas en un texto que es conocido como las «Tesis de abril». En ellas insiste en un aspecto central de su alocución realizada la madrugada del 4 de abril: había que destruir completamente al viejo aparato del Estado y reemplazarlo con un nuevo tipo de Estado, comprendido

como un Estado-Comuna, «cuyo prototipo dio la Comuna de París» de 1871, es decir, sin burocracia estatal y basado en «el armamento general del pueblo».^[167] Más de un oyente no pudo dejar de pensar que en vez de Lenin estaba escuchando a Bakunin, el gran líder anarquista contemporáneo de Marx.^[168] El viejo ídolo y rival de Lenin, Plejánov, calificó este discurso como «delirante» y sus palabras captaban bien lo que incluso muchos bolcheviques sintieron tanto esa noche como al día siguiente, cuando Lenin volvió sobre el asunto, dejando nuevamente atónitos a muchos de sus camaradas al oponerse tajante y explícitamente a todo plan de unión o colaboración con los mencheviques.

La primera reacción entre los bolcheviques fue, como ya se indicó, de asombro. No era la primera ni tampoco sería la última vez que su líder indiscutido los sorprendía, abriéndoles un nuevo horizonte revolucionario, llamándolos a cerrar filas y a luchar implacablemente, contra todo y todos, por el poder. En todo caso, no fue tan fácil para Lenin ganarse esta vez a los suyos y por un tiempo continúa cierta resistencia de parte de los militantes con más bagaje teórico del partido, como Kámenev, a los que les costaba entender cómo se podía plantear en un país como Rusia —con su atraso inveterado y una clase obrera industrial que solo representaba una pequeña fracción de la población del país— el paso inmediato a la revolución proletaria.^[169] Sin embargo, su línea finalmente se impone en la VII Conferencia del partido celebrada un par de semanas después, a pesar de que todavía existía una mayoría que le contradecía respecto al rechazo absoluto de toda colaboración con los mencheviques.

Es interesante constatar que el liderazgo de Lenin, por fuerte que fuese, podía encontrar resistencia. En esos casos debía conquistar la voluntad de los suyos en medio de intensos debates. Lo mismo ocurrirá más tarde, cuando Lenin ya en septiembre de ese mismo año comienza a presionar al partido para que se disponga a dar el golpe de Estado que terminará realizando la noche del 24 al 25 de octubre. El partido bolchevique no es todavía esa organización sometida absolutamente a su líder que llegará a ser durante el régimen de Stalin. La discrepancia, dentro de ciertos límites, es aún aceptada, incluso públicamente. El ascendiente de Lenin es sin duda aplastante, pero puede ocurrir que circunstancialmente quede en minoría y deba aceptar, al menos temporalmente, una opción distinta a la suya. Todo esto cambiará sucesivamente a partir de la llegada al poder de los bolcheviques, si bien las luchas internas continuarán con vigor durante un tiempo.

Por su parte, el proceso revolucionario en marcha entre marzo y octubre se caracteriza cada vez más por la disolución de todo centro efectivo de poder. Los obreros ocupan las fábricas y los campesinos se adueñan de las tierras no comunales, los soldados desertan en gran número, entre otras cosas para volver a sus aldeas y participar en el reparto de las tierras, los soviets locales van tomando el poder en diversos distritos, entre las minorías nacionales que forman parte del Imperio surge la rebelión contra la dominación rusa. Los bolcheviques serán los principales

instigadores de este caos creciente, llamando a desacatar toda autoridad existente y prometiéndoles todo a todos —Asamblea Constituyente, tierra, pan, control obrero, paz—. El resultado fue una creciente anarquía que se apoderó del país hacia el comienzo del otoño. Es este vacío de toda instancia coherente de poder a nivel nacional el que explica cómo un grupo relativamente pequeño de revolucionarios pudo no solo dar un golpe de Estado exitoso sino además retener el poder.

La estrategia bolchevique a partir de abril, cuando Lenin impone su línea revolucionaria, se divide en dos fases. La primera, de abril a julio, está caracterizada por las movilizaciones masivas y los enfrentamientos callejeros, buscando crear un clima insurreccional que permitiese el asalto al poder. Esta estrategia fracasa a comienzos de julio, cuando los bolcheviques pierden el control de sus propios adeptos y se producen violentos enfrentamientos prematuros con cientos de víctimas y una situación crítica para el partido que incluso obliga a Lenin a pasar a la clandestinidad y luego refugiarse en Finlandia. Desde entonces el partido, reforzado por la incorporación de Trotski y su grupo, se encamina hacia la realización de un golpe de Estado, centrando gran parte de su esfuerzo en incrementar su influencia entre los soldados y marineros así como en la expansión de su propio aparato militar, la Guardia Roja.^[170]

El 12 de septiembre Lenin comienza, desde su exilio en Finlandia, a exigir la preparación inmediata de la toma del poder, sin siquiera esperar la reunión del II Congreso de los Soviets.^[171] Con verdadera desesperación insiste en la toma inmediata del poder durante las semanas siguientes pero sin convencer a la dirección del partido.^[172] Su razonamiento es categórico: si 130 mil terratenientes podían gobernar a 150 millones de personas bien lo podrán hacer 240 mil bolcheviques.^[173] Además, poco importa «el estado de ánimo de las masas», es decir, en qué medida apoyan a los bolcheviques. La vanguardia proletaria —Lenin y los bolcheviques— es la legítima representante de la verdadera conciencia proletaria y tiene por ello no solo el derecho sino el deber de actuar incluso en contra del «estado de ánimo» del pueblo: «Es imposible guiarse por el estado de ánimo de las masas, pues es voluble y no se puede calcular; debemos guiarnos por el análisis y la apreciación objetivos de la revolución».^[174]

La certeza de Lenin es que el gobierno revolucionario se ganará el favor del pueblo por medio de medidas inmediatas de gran popularidad: tierra para los campesinos, poder sobre sus fábricas para los obreros y paz para los soldados y marineros. Su urgencia lo llevará finalmente, sin barba, con peluca y disfrazado de pastor de la Iglesia luterana finlandesa, a dejar su exilio para participar en la reunión del Comité Central celebrada del 10 al 11 de octubre. Es en esta reunión en que finalmente se tomará, por diez votos contra dos —Kámenev y Zinóviev, que incluso hacen pública su discrepancia—, la decisión histórica de «poner a la orden del día la insurrección armada».^[175] Una vez más Lenin se había impuesto y esta vez cambiará no solo la línea del partido sino los destinos de Rusia y el mundo.

Gran ayuda recibirán los bolcheviques en su estrategia producto del levantamiento fallido del comandante en jefe del ejército —el general Lavr Kornílov— a fines de agosto, que les permite abandonar la clandestinidad a la que habían sido relegados desde las sangrientas jornadas de julio y ponerse a la cabeza de la resistencia contra el general. De este modo, se hace cada vez más verosímil que la disyuntiva es entre un golpe de Estado contrarrevolucionario y un golpe revolucionario. A partir de entonces el partido vuelve a ampliar rápidamente su influencia entre las masas urbanas, logrando la mayoría en diversos soviets de obreros y soldados, particularmente en grandes ciudades como Petrogrado, donde Trotski es elegido presidente, y Moscú. La gran masa del pueblo ruso, el campesinado, sigue sin embargo fuera de la esfera de influencia bolchevique, apoyando abrumadoramente al Partido Socialista Revolucionario, heredero de las tradiciones populistas del siglo anterior. Con ello queda fijado el dato esencial de los acontecimientos venideros: la incompatibilidad entre una real apertura democrática —Asamblea Constituyente— y el poder bolchevique. Este poder solo podía sostenerse sobre la base del apoyo del proletariado urbano y los soldados movilizados, que no constituían sino una minoría del pueblo ruso. Son ellos los que les darán a los bolcheviques y a sus aliados una mayoría en el II Congreso de los Soviets de Obreros y Soldados que se reunirá el 25 de octubre y, ante el golpe de Estado ya consumado, procederá a legitimar el poder bolchevique creando un Consejo de Comisarios del Pueblo con Lenin a la cabeza.^[176]

Durante los tres meses de clandestinidad que había pasado fuera de Petrogrado, Lenin no solo se había dedicado a urgir al partido para que tomase sin demora el poder sino que también había encontrado el tiempo para escribir lo que él mismo consideraba su aporte teórico más importante al marxismo, *El Estado y la revolución*. El tema lo venía elaborando desde antes de su retorno a Rusia, donde llega con las ideas bien definidas al respecto, tal como lo demuestran su alocución la noche misma de su llegada y los dos cuadernos llenos de largas citas que usará en su futuro libro. Lo interesante de *El Estado y la revolución* es que no es, como gran parte del resto de la obra de Lenin, un texto de táctica política o polémica organizacional, sino una presentación de su visión de aquella sociedad por la que lucha y cuya construcción le parece ahora estar al alcance de la mano.

El propósito de la obra es clarificar el sentido y el quehacer de la revolución luego de tomar el poder. Su respuesta es categórica: el objetivo no puede ser apropiarse del Estado existente sino destruirlo totalmente, formando un Estado cualitativamente distinto. Su punto de partida es la concepción de Marx y Engels sobre el Estado — que Lenin ilustra con extensas citas de las obras más conocidas de Engels— como producto de la división de la comunidad originaria y el surgimiento en la sociedad de intereses y clases contrapuestos. Es esta división la que crea la necesidad de una esfera separada del resto de la sociedad, el Estado, que le permite mantener su unidad perdida. Estas son las palabras de Engels en *El origen de la familia, la propiedad*

privada y el Estado que le sirven como punto de arranque a Lenin:

El Estado no es, en modo alguno, un poder impuesto desde fuera a la sociedad (...) El Estado es, más bien, un producto de la sociedad al llegar a una determinada fase de desarrollo; es la confesión de que esta sociedad se ha enredado consigo misma en una contradicción insoluble, se ha dividido en antagonismos irreconciliables, que ella es impotente para conjurar. Y para que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna, no se devoren a sí mismas y no devoren a la sociedad en una lucha estéril, para eso se hizo necesario un poder situado, aparentemente, por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el conflicto, a mantenerlo dentro de los límites del «orden». Y este poder, que brota de la sociedad, pero que se coloca por encima de ella y que se divorcia cada vez más de ella, es el Estado.^[177]

Este análisis es una repetición de las ideas elaboradas por Marx ya en 1843 en su *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*. Lo que Marx hace allí es, básicamente, reformular la exposición de Hegel manteniendo incólume la estructura misma de su visión de la evolución histórica y la formación del Estado. Esta visión o esquema histórico parte en Hegel de la unidad originaria, la *polis* griega, que con el tiempo se divide dando paso a una larga época de alienación o extrañamiento en la cual la esfera política se autonomiza mientras que la vida ciudadana se privatiza. Lo general se separa así de lo particular o, para decirlo de otro modo, el todo de las partes. Se forma así el Estado como una realidad separada de la sociedad. Esta fase de la división o alienación culmina, según Hegel, con la Revolución francesa y es superada definitivamente por el Estado prusiano de su época, el famoso «Estado racional» con el cual concluiría la historia. Tanto Marx como Engels basan su análisis en esta misma estructura triádica, poniendo eso sí el punto de partida en el así llamado comunismo primitivo y la superación final de toda división social en el comunismo futuro. En esta sociedad venidera la sociedad civil y la esfera política vuelven a reunirse, las partes se funden en el todo y los individuos con el colectivo. Se trata del surgimiento de una sociedad sin divisiones ni conflictos, unida en torno a lo común y por ello sin necesidad del Estado. En esa sociedad, de acuerdo a la fórmula clásica de Saint-Simon, se pasa del gobierno sobre las personas a la administración de las cosas. La política en sí misma desaparece ya que al no existir propiedad ni intereses privados desaparecen los conflictos propiamente políticos, quedando por resolver solo diferencias técnicas acerca del cómo hacer mejor las cosas que todos desean.

En otras palabras, la idea motriz de Lenin no es en absoluto distinta a la de Marx. Ambos parten de las mismas premisas y buscan la misma solución. La diferencia es que Marx nunca pudo hacer lo que Lenin haría: poner los sueños en práctica y tratar de alcanzar la sociedad total. El primer paso en esta dirección es, tal como Marx lo señaló en reiteradas ocasiones, la destrucción inmediata del viejo Estado y la instauración de la dictadura del proletariado.^[178] Esta dictadura consiste en el gobierno directo de las masas populares armadas que, siguiendo el modelo que Marx encontró en la Comuna de París de 1871, se basa en la abolición de la propiedad privada y la represión contra la burguesía y sus aliados. El uso de la violencia, tanto para tomar el poder como para mantenerlo, es algo esencial para este primer paso

hacia el comunismo, tal como Marx lo señaló insistentemente. Lenin cita al respecto no solo el *Manifiesto comunista* sino un texto de Engels titulado «De la autoridad», en el cual sostiene que una «revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra mediante los fusiles, las bayonetas y los cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido triunfante, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran en los reaccionarios».^[179]

De esta manera, por la fuerza y el terror, se pone fin inmediato a toda explotación del hombre por el hombre. Esto hace que el nuevo Estado ya no sea un Estado en el verdadero sentido de la palabra, sino un Estado en extinción, necesario solamente mientras dure la tarea de aplastar a los enemigos de la revolución. En este Estado que «comienza a extinguirse» no habrá ni burocracia especializada ni fuerzas armadas que no sean otras que el pueblo armado. De hecho, será un autogobierno popular en el que todos, «por turnos», irán asumiendo la tarea de gobernar. Según Lenin, el capitalismo ha creado las bases materiales de este autogobierno, simplificando las tareas de gobierno a tal punto que, de hecho, cualquiera puede asumirlas:

La cultura capitalista ha creado la gran producción, fábricas, ferrocarriles, el correo y el teléfono, etc., y sobre esta base, una enorme mayoría de las funciones del antiguo «poder estatal» se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillísimas de registro, contabilidad y control, que estas funciones son totalmente asequibles a todos los que saben leer y escribir.^[180]

Así de sencilla es la solución de Lenin, nada de distinta ni más sofisticada que aquel mito del proletariado creado por Marx, que de la miseria y la degradación absolutas pasa de golpe a emancipar al género humano y dirigir la sociedad. Ahora bien, en el futuro seguirán haciendo falta ingenieros, técnicos, etc., pero este «pequeño problema» lo despacha Lenin en un par de renglones: «estos señores trabajan hoy subordinados a los capitalistas y trabajarán todavía mejor mañana, subordinados a los obreros armados».^[181]

Uno de los aspectos más sorprendentes de *El Estado y la revolución* es que el partido revolucionario, tan importante en todo el pensamiento de Lenin, está prácticamente ausente en esta exposición de la sociedad que surgirá de la revolución. Es como si el mismo se esfumase de un golpe ante el autogobierno de las masas revolucionarias. Solo en un pasaje se lo menciona, pero el mismo no deja dudas sobre quién será el verdadero gobierno detrás del tan mentado autogobierno:

Educando al partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, vanguardia capaz de tomar el poder y de *conducir a todo el pueblo* al socialismo, de dirigir y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente, el jefe de todos los trabajadores y explotados en la obra de construir su propia vida social sin burguesía y contra la burguesía.^[182]

Esa es la utopía de Lenin. Tan banal e infantil que cuesta tomársela en serio y más de alguien podría pensar que simplemente se trata de una hoja de parra a fin de cubrir

la desnudez de la dictadura del partido y las ansias de poder del propio Lenin. Pero, a mi juicio, quien piense así no comprende las características esenciales del pensamiento mesiánico, de esa fe militante en un acto místico de redención que prácticamente puede transformarlo todo y resolver todos los problemas sociales y políticos de un golpe. Justamente de un acto semejante hablaba Marx en el pasaje de *La ideología alemana* citado en la introducción de este libro, acerca de la «transformación masiva del hombre, que solo podrá conseguirse mediante (...) una revolución», por medio de la cual la clase revolucionaria podrá «salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases».

Es esta creencia la que da sentido a la vida del revolucionario, impregnándola de una voluntad inquebrantable de crear un mundo infinitamente mejor al existente. No hay que olvidar, usando las palabras ya citadas de Bakunin, que se trata de «creyentes sin Dios, héroes sin ambigüedad». Es justamente porque de verdad cree en esa redención de la cual él es mensajero y guía que Lenin llega a Rusia cargado con sus cuadernos de citas que sostienen la veracidad de su visión, y es por ello que en la víspera inmediata de la toma del poder se dedica tantas horas a escribir sobre el futuro luminoso, sobre sus sueños, sobre lo que motiva todo su accionar. De no creer en ello Lenin no sería nada o, peor aún, sería solo un hombre enceguecido por un ansia de poder que no tiene otro fin que el poder mismo. Pero entonces no sería Lenin y su vida revolucionaria no sería más que una pantomima o un malentendido. Lo que el revolucionario por excelencia hace, no lo hace por el puro poder y aún menos por el deseo de lograr privilegios. El «Incorruptible» de la Revolución francesa y el «Implacable» de la Revolución rusa son realmente peligrosos porque viven el delirio del redentor y están plenamente poseídos por esa bondad extrema, por esa pasión emancipadora que no solo los impulsa a sacrificarse sino que les permite sacrificar en masa a los seres humanos para liberar a la humanidad.

De la utopía al terror

El golpe de Estado de fines de octubre abre un período de lucha por la consolidación del nuevo poder caracterizado por confrontaciones de una violencia sin precedentes, que pronto se transformarán en guerra civil, terror de masas, hambrunas, epidemias y emigración masiva. Al final de este período, que se extiende desde el otoño de 1917 hasta comienzos de 1922, se puede constatar, según las cifras que ofrece el historiador Richard Pipes, una gran caída demográfica dentro de los límites territoriales que la Unión Soviética tenía en 1926: de 147,6 millones de habitantes a 134,9. Este descenso de casi trece millones de personas puede ser desglosado en dos millones debido a los combates directos y el terror político, cerca de dos por la emigración, dos por las epidemias y unos cinco millones por las hambrunas.^[183] Se trata de una tragedia de una magnitud asombrosa que, sin embargo, será superada por Stalin y otros dictadores totalitarios posteriores a él.

Los bolcheviques estaban política y mentalmente preparados para enfrentar el drama que sobrevendría. Su punto de partida era la necesidad de ejercer decididamente la violencia y la dictadura para consolidar el nuevo régimen y transformar en sus cimientos la sociedad rusa. Sobre estos temas, tanto Marx como Engels habían siempre sido categóricos, y los dirigentes bolcheviques no habían ocultado sus intenciones al respecto. Lenin lo había recalcado en *El Estado y la revolución* pero otros líderes revolucionarios también lo habían expresado tan o más claramente. En su biografía de Trotski, Robert Service cita las siguientes palabras pronunciadas en el verano de 1917 por quien llegaría a ser el gran organizador y primer jefe del Ejército Rojo:

Os digo que las cabezas tienen que rodar y la sangre tiene que correr (...) La fuerza de la Revolución francesa estaba en la máquina que rebajaba en una cabeza la altura de los enemigos del pueblo. Era una máquina estupenda. Debemos tener una en cada ciudad.^[184]

El primer paso importante de los bolcheviques para consolidar su poder —fuera de sus decretos dándole, al menos en el papel, «todo a todos»— fue la inmediata represión contra los medios de comunicación críticos al nuevo régimen, reinstaurando ya el 27 de octubre la censura contra la que tanto habían argumentado y luchado los mismos bolcheviques. Mucho más importante fue, sin embargo, la creación a través de una decisión secreta del 7 de diciembre de una policía política con atribuciones prácticamente ilimitadas. Esta fue la famosa Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje, más conocida por su acrónimo como Cheka.^[185] Su dirección sería confiada a Félix Dzerzhinski, uno de los revolucionarios más antiguos, confiables y admirados y, además, con una larga experiencia personal acerca de los métodos de la policía secreta imperial, la famosa Okhrana, que ahora él

mismo se encargaría no solo de recrear sino de superar con creces. La Cheka crecería de una manera extraordinaria durante los años venideros, creando además sus propios destacamentos de combate que luego se transformarían en el Ejército para la Seguridad Interior de la República que ya a mediados de 1920 contaba con unos 250 mil combatientes.^[186] De esta manera, la Cheka y sus sucesoras se transformarían en una de las instituciones más poderosas y, sin duda, en las más temidas de la Rusia soviética.

El siguiente paso decisivo hacia el régimen totalitario tendría su origen, como tantos otros pasos cruciales dados antes por los bolcheviques, en el análisis de Lenin sobre el momento político. Mientras gozaba de algunos días de reposo en la localidad finlandesa de Uusikirkko entre el 24 y el 29 de diciembre, el autor del *¿Qué hacer?* llega a la conclusión de que es necesario radicalizar aún más el proceso, endureciendo la revolución y pasando a una política de represión abierta no solo contra las viejas élites sino también contra los elementos populares que no aceptasen la política bolchevique y la disciplina que se requería para transformar al país en «una gran fábrica». Lo más urgente era terminar con todo centro independiente de poder, reestablecer la disciplina laboral y obligar a los campesinos a entregar trigo, es decir pan, a las ciudades. Esto último lo llevaría a decretar, el 14 de enero de 1918, el envío de destacamentos armados de requisita al campo ruso con la orden de «adoptar las medidas revolucionarias más extremas» y fusilar, sin juicio previo, a «especuladores y saboteadores».^[187] Se iniciaba así la larga guerra de los bolcheviques contra su propio pueblo.^[188]

Unos días antes los bolcheviques habían cerrado el capítulo democrático de la Revolución rusa al disolver por la fuerza la Asamblea Constituyente recién reunida. La razón era simple: las elecciones de noviembre, las únicas universales y democráticas de la historia de Rusia hasta 1993, habían puesto, con toda claridad, a los bolcheviques en minoría, con un poco menos de una cuarta parte de los votos. Frente a ellos se alzaba la aplastante mayoría absoluta del Partido Socialista Revolucionario, que había recibido un apoyo compacto de los campesinos.^[189] El resultado bolchevique, por su parte, era fuerte en los grandes centros urbanos y, sobre todo, entre los soldados y marineros. El país estaba, en otras palabras, profundamente escindido y los bolcheviques contaban con una base social y militar lo suficientemente fuerte como para poder mantener su dictadura pero no para gobernar democráticamente.

Era, sin duda, un dilema serio, puesto que los bolcheviques habían hecho de la convocatoria a la Asamblea Constituyente su principal reivindicación desde el comienzo mismo del proceso revolucionario. Además, habían asumido el poder en octubre bajo la forma de un gobierno revolucionario provisional a la espera de la constitución de la Asamblea. Así lo establecía la resolución de II Congreso de los Soviets, redactada por el mismo Lenin.^[190] Por esto, los bolcheviques se vieron obligados a llamar a elecciones en noviembre y dejar que la Asamblea se reuniese,

después de algunas postergaciones, el 5 de enero de 1918. Pero el simulacro bolchevique no pudo continuar, puesto que la Asamblea no se amilanó frente a la presencia de Lenin ni de sus guardias armados. Las dos primeras votaciones ratificaron la correlación de fuerzas ya conocida. Los bolcheviques y sus aliados abandonaron la reunión. Las órdenes de Lenin a sus soldados al abandonar el local de reunión fueron claras: una vez terminada aquella primera sesión no se les permitiría a los delegados volver a reunirse. Así, en la madrugada del 6 de enero, terminó la breve historia de la Asamblea Constituyente. Ahora solo quedaba la dictadura abierta.

A fines de marzo y comienzos de abril de 1918 Lenin desarrolla sus ideas sobre la necesidad de una amplia represión para mantener el poder bolchevique. De allí nace uno de sus escritos más reveladores y descarnados: «Las tareas inmediatas del Poder Soviético», publicado en *Pravda* a fines de abril. En ese largo escrito Lenin proclama abiertamente la dictadura y declara el inicio de la guerra contra amplias capas de la población en los territorios controlados por los bolcheviques.^[191] La oportunidad era propicia ya que, tal como Lenin lo dice, se había derrotado la resistencia inicial de las viejas élites y se había firmado un tratado de paz con los alemanes poniendo fin a la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial.^[192] Sus palabras respecto de la necesidad de iniciar esta «guerra interior» son contundentes. A su juicio: «Toda gran revolución, especialmente una revolución socialista, es inconcebible sin guerra interior, es decir, sin guerra civil, incluso si no existiese una guerra exterior». Esta guerra exige, continua diciendo Lenin, «una mano de hierro» con la cual golpear a «los elementos de descomposición de la sociedad vieja, fatalmente numerosísimos y ligados, sobre todo, a la pequeña burguesía».^[193]

Este desplazamiento del foco represivo desde la burguesía y las viejas élites dominantes hacia la «pequeña burguesía» es subrayado por Lenin: «Cuando más nos acercamos al total aplastamiento militar de la burguesía, más peligroso se hace para nosotros el elemento de la anarquía pequeño burguesa».^[194] Aquí Lenin está hablando, principalmente, de los campesinos, en particular de aquellos algo más acomodados —los así llamados *kulaks*— que son los que habitualmente disponían de los excedentes de trigo que el poder bolchevique tanto necesitaba. Pero la férrea disciplina que Lenin tiene en mente se refiere también a los obreros. Cualquiera que falte a la disciplina laboral se hará culpable de sabotear la revolución y deberá ser castigado sin piedad. A su parecer:

... *cuantos* infringen la disciplina del trabajo en cualquier fábrica, en cualquier empresa, en cualquier obra, son los *culpables* de los tormentos causados por el hambre y el paro; [por ello] es necesario saber descubrir a los culpables, entregarlos a los tribunales y castigarlos sin piedad.^[195]

Todo esto y mucho más era necesario según Lenin para salvar la revolución en medio de una situación que se tornaba cada vez más apremiante, pero, a su juicio, el gobierno bolchevique parecía no entenderlo, contentándose con una dictadura blandengue e inefectiva. Lenin, profundamente identificado con Robespierre y sus

jacobinos, quiere que el terror sea implacable y urgirá ahora a sus camaradas a adoptarlo sin demora tal como un día los había espoleado a tomarse el poder:

... la palabra dictadura es una gran palabra. Y las grandes palabras no pueden ser lanzadas livianamente al aire de cualquier manera. La dictadura es un poder férreo, de audacia y rapidez revolucionarias, implacable en la represión tanto de los explotadores como de los malhechores. Sin embargo, nuestro poder es excesivamente blando y, en infinidad de ocasiones, se parece más a la gelatina que al hierro.^[196]

En este contexto se da, desde comienzos de mayo, el viraje del partido hacia el así llamado Comunismo de Guerra, endureciendo incluso muchas de las propuestas hechas por Lenin en abril y yendo mucho más lejos de su propuesta de instaurar lo que denominó «capitalismo de Estado». El nuevo rumbo adoptado implicó la instauración de una amplia economía de comando, basada en un control estatal completo de la economía urbana y la criminalización de las actividades mercantiles así como el paso a una política de requisas masivas en el campo.^[197] Pero ello no era más que el aspecto económico de un desarrollo mucho más amplio: el desencadenamiento del terror rojo en gran escala.

Lenin mostrará, algunos meses después, hasta qué extremos estaba dispuesto a llegar al firmar, el 11 de agosto de 1918, la famosa orden de ahorcamiento masivo de *kulaks*. Este texto dice todo acerca del «Implacable» y el régimen de terror que estaba implantando. Por ello lo cito íntegramente —los énfasis son, como siempre, de Lenin—:

11 de agosto de 1918 Enviar a Penza

A los camaradas Kuraev, Bosh, Minkin y demás comunistas de Penza

¡Camaradas!

La rebelión de los cinco distritos de kulaks debe ser suprimida **sin misericordia**. El interés de la revolución **en su conjunto** lo exige, porque «la batalla final decisiva» con los kulaks se está desarrollando **por todas partes**. Necesitamos estatuir un ejemplo.

1. Ahorquen (ahorquen de una manera que **la gente lo vea**) **no menos de 100** kulaks conocidos, hombres ricos, chupasangres.
2. Publiquen sus nombres.
3. Quítenles **todo** su grano.
4. Designen rehenes —de acuerdo al telegrama de ayer.

Háganlo de manera tal que la gente, a centenares de verstas^[198] a la redonda, vea, tiemble, sepa, grite: **están estrangulando** y estrangularán hasta la muerte a los kulaks chupasangres.

Telegrafíen acuso, recibo y **ejecución**.

Suyo,

Lenin

Busquen gente verdaderamente dura.^[199]

Esta orden no constituye un hecho aislado. La habían antecedido medidas como la masacre de toda la familia del zar Nicolás II en julio^[200] y la seguirían muchas otras medidas que pueden ser resumidas con ayuda de algunos párrafos de la biografía de

Lenin escrita por H el ene Carr ere d'Encausse:

Seguirán a esta orden innumerables mensajes del mismo tipo: enfrentado a la resistencia social Lenin ya no sabe más que ordenar medidas terroristas (...) Pero hay que señalar desde ya que genera una fuerte resistencia campesina, a la vez contra una política de requisas que pretende quebrar al sector por el hambre y contra ese mismo terror. Violencia de la desesperación contra la violencia leninista: Rusia se convierte en un país en que se despliega un terrorismo estatal sin precedentes (...) El 5 de septiembre [de 1918], un decreto instauro oficialmente el «terror rojo», terror masivo, y libera a la Cheka de cualquier preocupación legal (...) Un poder de una violencia desenfrenada se impone a todo un país tratado como enemigo. La izquierda no bolchevique, los liberales, los campesinos, los «blancos», las nacionalidades: todos toleran el poder instaurado por Lenin solo porque el terror no les deja otra opción.^[201]

De esta manera, quien en la víspera de la toma del poder había escrito sobre el autogobierno del pueblo se había transformado en el jefe de una dictadura implacable sobre ese mismo pueblo. Este paso a la dictadura contra el pueblo —no contra los «enemigos del pueblo», lo que era una obviedad para todos los bolcheviques— suscitó fuertes polémicas dentro del partido. Los así llamados Comunistas de Izquierda, liderados por Nikolái Bujarin, denunciaron públicamente ya en abril de 1918 «la centralización burocrática, el gobierno de los comisarios, la pérdida de independencia de los soviets locales y la renuncia de hecho al tipo de Estado-Comuna administrado por el pueblo».^[202] La alusión era directa a aquello que Lenin reiteradamente había dicho antes del golpe de octubre, especialmente en *El Estado y la revolución*. Bujarin se permite incluso ironizar sobre los dichos de Lenin: «Estaba muy bien escribir como Lenin que cualquier cocinera debía aprender a dirigir el Estado. Pero,  qu  ocurre si cada cocinera tiene a un comisario que la vigila constantemente?»^[203]

Todo el poder contra los soviets

El punto más sensible para el nuevo régimen era, sin duda, su relación con aquel proletariado en nombre del cual estaba supuestamente haciendo la revolución y aquellos soviets a los cuales decía haber entregado todo el poder. Ahora bien, tanto a la clase obrera como a los soviets les esperaba un destino trágico: pronto serían devorados por las circunstancias que tanto ayudaron a crear así como por el nuevo poder, al que le prestaron un apoyo decisivo. Empezaremos por decir algo sobre las circunstancias y cómo estas afectarán al proletariado como realidad social. Luego analizaremos el destino del poder soviético y del así llamado control obrero, es decir, el poder directo de los obreros sobre sus lugares de trabajo.

Como clase, el proletariado ruso se desintegró bajo la presión conjunta de fuerzas diversas: el hambre, la represión, la guerra civil, el colapso de la producción industrial, la vuelta al campo de una parte significativa de la población urbana y, finalmente, la incorporación de una parte no menor en el Ejército Rojo, en la policía política y sus destacamentos de combate así como en el partido y el nuevo aparato del Estado. La situación llegó a tal punto que el mismo Lenin, al menos en tres oportunidades durante el invierno de 1921-1922, la trató explícitamente, llegando incluso a hablar de la desaparición del proletariado como clase en Rusia. Los obreros, en efecto, se habían reducido de poco más de tres millones en 1917 a no más de 1,2 millones en 1922.^[204] Esto no dejaba, evidentemente, en buen pie a la nueva «clase dirigente», particularmente teniendo en cuenta que frente a ella se alzaba ya por entonces un aparato partidario-estatal que sumaba más de cinco millones de personas.

Puede ser interesante reproducir las palabras de Lenin ya que ellas contienen una parte no menor de verdad. Es importante, eso sí, hacer notar que tanto en el tono como en las exageraciones de estos textos se refleja claramente el conflicto existente entre la nueva élite gobernante y los restos de la clase obrera. El minimizar y descalificar al proletariado era una forma de legitimar un accionar del partido gobernante al que este proletariado se oponía de manera creciente. El 17 de octubre de 1921, en una alocución ante el II Congreso para la Educación Política, Lenin describió de la siguiente manera al proletariado que existía por entonces:

Un proletariado industrial que en nuestro país, en razón de la guerra, de la ruina y de las destrucciones terribles, está desclasado, es decir, que ha sido desviado de su camino como clase y que ha dejado de existir en tanto que proletariado (...) A consecuencia de que la gran industria capitalista está arruinada y de que las fábricas y los talleres están parados, el proletariado ha desaparecido.^[205]

En diciembre de 1921, polemizando con la así llamada Oposición Obrera dentro del partido, retomó el tema: «Perdón, ¿pero cómo querrían Uds. describir este proletariado? La clase de los trabajadores empleados en la gran industria. ¿Pero

dónde está vuestra gran industria? ¿Un proletariado de qué tipo es este? ¿Dónde está vuestra industria?».^[206] Y, nuevamente, en un discurso pronunciado ante el XI Congreso del partido celebrado en marzo de 1922, sostuvo:

Después de la guerra no ha sido gente de la clase obrera sino aventureros que han buscado empleo en las fábricas. Pero, ¿es que nuestras circunstancias sociales y económicas son tales actualmente como para que verdaderos proletarios vayan a las fábricas? No. Deberían hacerlo según Marx. Pero Marx no escribió sobre Rusia; escribió sobre el capitalismo en general, el capitalismo como se ha desarrollado desde el siglo XV. Todo esto ha sido cierto durante seiscientos años, pero no coincide con la Rusia actual.^[207]

El líder de la Oposición Obrera, Alexándér Shliápnikov,^[208] le respondió entonces a Lenin con las siguientes palabras cargadas de trágica ironía y verdad: «Vladímir Ilich dijo ayer que el proletariado como clase, en sentido marxista, no existe. Permítame usted que le felicite por ser la vanguardia de una clase inexistente».^[209]

Isaac Deutscher, en *La revolución inconclusa*, ha resumido la evolución del proletariado durante estos primeros años de la siguiente manera: «Los pocos millones de obreros que habían erigido barricadas en 1917 se habían dispersado y, como fuerza social coherente, habían dejado de existir. Los más valerosos habían perecido en la guerra civil; muchos habían ocupado puestos en la nueva administración, el ejército y la policía; un gran número de ellos había huido de las ciudades castigadas por el hambre; y los pocos que se quedaron dedicaban más tiempo a negociar que a trabajar, se desclasaron y fueron devorados por el mercado negro».^[210] El mismo autor expresa, en el segundo tomo de su conocida biografía de Trotski, la evidente contradicción que se había creado: «La dictadura del proletariado había vencido pero el proletariado había prácticamente sucumbido».^[211]

La clase obrera que va a surgir después de 1923, primero en función de la recuperación de la industria y luego, desde 1929 en adelante, como resultado de los grandes planes de industrialización, no tiene de hecho prácticamente nada en común —ni en cuanto a su composición ni a su experiencia e ideología— con el proletariado revolucionario que combatió contra el zarismo y dio origen a los consejos obreros o soviets. Este nuevo proletariado nunca vivió una experiencia de lucha política autónoma: nació en una posición subordinada, de tremenda debilidad frente a las nuevas élites dirigentes y en un ambiente de represión terrorista, y así habría de permanecer.

Ahora bien, la verdad es que el proletariado nunca llegó al poder ni menos ejerció su mentada dictadura en Rusia. Desde los primeros días que siguieron al golpe de Estado de octubre el partido puso en claro quien tenía el poder. Ya en enero de 1918, el dirigente bolchevique Solomón Lozovski,^[212] hablando en el Primer Congreso de los Obreros Textiles, declaró: «si el “patrioterismo” local de algunas fábricas entra en conflicto con los intereses del proletariado en su conjunto, afirmamos rotundamente que no retrocederemos ante ninguna medida para suprimir las tendencias nocivas para

los trabajadores».^[213] Las huelgas y las protestas obreras fueron declaradas contrarrevolucionarias y ya hemos visto como Lenin, en su escrito de abril de 1918, llamaba a reprimir con mano de hierro cualquier forma de indisciplina laboral. Si bien no se llegaron a aceptar las propuestas extremas de Trotski de militarizar el trabajo, de hecho en las fábricas soviéticas regiría una disciplina militar bajo el control de la Cheka.^[214]

Se venía así a cumplir, casi al pie de la letra, la predicción realizada por Mijaíl Bakunin en 1869 acerca de las consecuencias para el proletariado de la aplicación de las ideas de Marx: «En realidad será un régimen de cuarteles para el proletariado, la mayor parte del cual quedará reducido a una masa uniforme y se despertará por la mañana, irá a trabajar y a dormir y vivirá al sonido del tambor (...) En el interior del país reinará la esclavitud, y los asuntos exteriores consistirán en la guerra sin descanso». O, usando sus palabras tomadas de una carta de 1872: «Después de unos breves momentos de libertad o euforia revolucionaria, los nuevos ciudadanos del nuevo Estado despertarán hallándose en la condición de peones y víctimas de una nueva élite de poder».^[215]

Esta realidad represiva no debe, sin embargo, ocultar los problemas intrínsecos del experimento consejista y del poder obrero en general. Esto es importante puesto que sería una ligereza atribuirle todos los problemas del poder obrero a las circunstancias como a la represión bolchevique y fomentar con ello una especie de romanticismo obrerista o consejista. Ya hemos hablado de las circunstancias y por ello es pertinente concentrarse, por una parte, en las propias limitaciones del poder obrero y, por la otra, en el papel del partido bolchevique como obstáculo para la formación y desarrollo de organizaciones autónomas populares, papel que culmina con el brutal aplastamiento del soviet revolucionario de Kronstadt el año 1921.

Los soviets fueron, sin duda, la principal organización de lucha de la clase obrera durante el año 1917. Originalmente representaban comités de huelga que coordinaban las acciones de diversas fábricas en pie de lucha incluyendo eso sí, desde un comienzo, no solo reivindicaciones económicas o gremiales sino también algunas de carácter netamente político. Eran organizaciones de lucha y solo con el correr de los meses se los fue viendo como núcleos de un poder alternativo. Pronto surgieron otros tipos de soviets, como los de soldados, marineros y campesinos. Los soviets, si bien siempre estuvieron formados por delegados o diputados, se aproximaban, particularmente durante los primeros meses, a estructuras regidas por formas cercanas a una «democracia directa», es decir, un asambleísmo directamente resolutivo. Esto no autoriza, empero, idealizarlos o creer que los soviets hubiesen podido transformarse en órganos eficientes de una verdadera democracia obrera.

A pocos meses de su creación, y antes de la toma del poder por parte de los bolcheviques, habían surgido claras tendencias en los principales soviets hacia la burocratización, es decir, hacia el desarrollo de una capa dirigente y administrativa que se autonomizaba cada vez más de las bases obreras. Esto se hizo más y más

evidente a medida que los soviets ampliaban sus funciones y abarcaban una mayor cantidad de trabajadores y soldados en su órbita de influencia. Oskar Anweiler, en su obra *Los soviets en Rusia*, ha puesto de manifiesto lo siguiente en referencia al más importante de todos los soviets, el de Petrogrado:

En el transcurso de unos meses, el Soviet de Petrogrado se había convertido de un órgano revolucionario provisional en un aparato de administración bien organizado (...) en la misma medida en que el trabajo del Soviet empezó a funcionar bien, perdió en gran parte el contacto directo con las masas. Las sesiones plenarias, que se habían celebrado casi a diario en las primeras semanas, fueron pocas y la asistencia de los diputados era cada vez menos asidua. El Comité Ejecutivo del Soviet se independizaba visiblemente.^[216]

Comentando este proceso —mediante el cual el poder pasa de los consejos o asambleas a los comités ejecutivos y a los aparatos administrativos permanentes— Charles Bettelheim, en el primer tomo de su estudio sobre las luchas de clase en la Unión Soviética, nos dice lo siguiente: «Es importante subrayar hasta qué punto este proceso se presentó con un carácter objetivo, conduciendo a transformaciones que no son “deseadas”, sino que se producen por sí mismas (...) Pasado Octubre este proceso continuó y transformó todos los niveles (locales y provinciales), las relaciones entre los aparatos administrativos y los delegados de los soviets, y con ello se limitaba el interés de las masas por la actividad de sus delegados».^[217] En 1921 este proceso estaba ya tan avanzado que, según el mismo autor, se podía observar «la indiferencia de las masas hacia los órganos soviéticos, cuyo papel es muy reducido, porque la administración efectiva se encuentra entre las manos de un aparato burocrático permanente sobre el que los soviets no ejercen, de hecho, ningún control efectivo».^[218] Los soviets habían pasado, en otras palabras, a ser una mera decoración de la dictadura del partido.

La historia y destino final del control obrero, es decir, de la democracia obrera en el seno de las fábricas, es muy semejante al de los soviets. En este terreno se desarrolló una constante lucha entre las necesidades del gobierno central —muy influenciadas por la guerra civil en marcha— y los intentos de los trabajadores de lograr un poder creciente sobre sus lugares de trabajo. El interés determinante del gobierno era el restablecimiento y aumento, lo más rápido posible, de la producción. El choque con los comités obreros, que buscaban imponer su ritmo y orientación a la producción, no podía tardar. Esto, debido a que la supervivencia misma del nuevo régimen dependía totalmente de una creciente centralización de las decisiones que permitiesen el uso planificado de las exiguas fuerzas económicas del naciente Estado revolucionario.

Como consecuencia del conflicto recién esbozado se limitó sistemáticamente la conducción colectiva de las fábricas, imponiendo directores nombrados desde arriba y que únicamente eran responsables ante los niveles superiores de la jerarquía estatal. En el texto de abril de 1918 citado anteriormente, Lenin expondrá esto de la manera más clara posible, pero sin dejar por ello de intentar la cuadratura del círculo, es

decir, desarrollar la dirección dictatorial y unipersonal de la producción conjuntamente con la expansión del poder «desde abajo»:

Cuanto mayor sea la decisión con que debemos defender hoy la necesidad de un poder firme e implacable, de la dictadura unipersonal *para determinados procesos de trabajo*, en determinados momentos del ejercicio de funciones *puramente ejecutivas*, tanto más variadas habrán de ser las formas y los métodos de control desde abajo, a fin de paralizar toda sombra de posible deformación del poder soviético, a fin de arrancar repetida e infatigablemente la mala hierba burocrática.^[219]

Charles Bettelheim ha resumido el destino del control obrero de la siguiente manera: «Los trabajadores, en efecto, no se convencen espontáneamente de la necesidad de limitar los poderes de los comités de fábrica mediante su subordinación a una instancia exterior. Ante muchos trabajadores, el establecimiento de un control más o menos centralizado aparece como una especie de “confiscación del poder” que acaban de arrancar a la burguesía y que desean conservar al nivel de la propia fábrica».^[220] Para lograr esta centralización o confiscación del poder «el partido bolchevique decide “duplicar” el sistema de control obrero instaurando otras formas de coordinación y dirección de la producción. La principal de ellas es el VSNJ (Consejo Superior de Economía Nacional) (...) estas nuevas formas de coordinación y dirección son las que prevalecen, de hecho, frente al control obrero. Este acaba, en cierta forma, por desintegrarse, al mismo tiempo que se descomponen los antiguos comités de fábrica».^[221] De allí en adelante, «el control obrero, tal como había sido concebido durante los primeros meses del régimen soviético, cae en un letargo del que jamás se ha despertado».^[222]

Pasemos ahora a analizar la conducta de los dirigentes bolcheviques frente al poder popular. Al respecto, no es difícil constatar, después de ciertas ambigüedades iniciales, una línea de conducta cuyo norte es simple y claro: ampliar sucesivamente el poder del partido sobre toda instancia de poder hasta monopolizarlo completamente. Todo aquello que fuese funcional a la expansión de ese poder será tolerado y estimulado, mientras que todo aquello que lo ponga en cuestión o sirva de base para partidos o fuerzas opositoras será combatido. Y cuando se habla de fuerzas opositoras no se tiene en mente a los generales «blancos» sino a los partidos democráticos e incluso socialistas que participaron en la lucha contra el zarismo. Socialistas revolucionarios, mencheviques, liberales y anarquistas serán pronto definidos como enemigos de la revolución y sometidos a una violenta represión.^[223]

El problema para los nuevos gobernantes no era simple. Por una parte, se resentían por el escaso entusiasmo y la poca participación popular que les restaba bases de apoyo; por otra parte, temían cualquier organización o expresión del sentimiento popular que pudiese escapar de su control. El que este temor era fundado se demostró infinidad de veces, pero nunca tan claramente como en el levantamiento armado del soviet de Kronstadt, último acto del movimiento soviético genuino e independiente.

La existencia misma de la nueva élite en el poder exigía la subordinación total o el aplastamiento de todas las organizaciones populares autónomas. La libertad de organizarse quedó así restringida a lo que fuese conveniente a los intereses del partido. Esta actitud de «utilitarismo revolucionario» no era privativa de Lenin sino característica de todo el grupo de dirigentes que lo rodeaba. Si alguien brilló más que Lenin en este sentido fue precisamente el hombre que luego se opondría con mayor celo a Stalin: Trotski. Es importante citarlo para dar una perspectiva correcta sobre el conflicto futuro entre éste y Stalin, que no será sino un conflicto entre dos alas de una élite que se había autoarrogado el derecho absoluto de conducir al pueblo ruso con independencia de la opinión de este pueblo al respecto. En marzo de 1921, ante el X Congreso del partido y atacando a la Oposición Obrera, Trotski se manifestó de esta manera insuperablemente leninista: «Ellos [la Oposición Obrera] han lanzado consignas peligrosas. Han convertido en fetiche los principios democráticos. Han colocado por encima del partido el derecho de los obreros a elegir sus representantes. Como si el partido no tuviese derecho a afirmar su dictadura, incluso si está en conflicto temporal con los humores cambiantes de la democracia obrera».^[224]

Con estas palabras en mente no es difícil imaginarse a Trotski proponiendo ya sea la aniquilación de todo sindicalismo independiente o la militarización del trabajo. Tampoco cuesta imaginárselo monitoreando a las tropas que asaltaron el soviet de Kronstadt, que pedía el restablecimiento de la democracia para las clases populares y los partidos revolucionarios, es decir, el fin de la dictadura exclusivamente bolchevique. Finalmente, se entiende que terminara plenamente identificado con Robespierre y criticando a Stalin por haber abandonado el espíritu jacobino.^[225] Así culminaba su identificación con Lenin a quien, como ya vimos, había en su momento acusado justamente de ser un nuevo Robespierre.

El aplastamiento de la gran base naval de Kronstadt, situada en la isla Kotlin a las afueras de Petrogrado, que en 1917 había sido el orgullo de la Revolución bolchevique, fue un ejemplo característico de la brutalidad del nuevo régimen. Una de las primeras medidas adoptadas después de la llegada el 5 de marzo de 1921 de Trotski —por entonces jefe supremo del Ejército Rojo— a Petrogrado fue tomar a las mujeres e hijos de los amotinados como rehenes.^[226] Dos días después, bajo el mando del futuro mariscal Mijaíl Tujachevski, se lanzaron al asalto las tropas del Ejército Rojo junto con batallones especiales para combatir la «contrarrevolución». Destacamentos de la Cheka fueron apostados con ametralladoras detrás de las tropas que avanzaban con la orden de liquidar en el acto a cualquier soldado que retrocediese. La resistencia fue encarnizada y duró hasta la noche del 18 de marzo. Después de la caída de la base naval cientos de prisioneros fueron masacrados y el resto, por orden explícita de Lenin, deportados a las cárceles de la Cheka y luego a campos de concentración de los cuales muy pocos volvieron.

El 8 de marzo, los sublevados publicaron en el número 6 del periódico de Kronstadt —el *Izvestia de Kronstadt*— un largo texto exponiendo sus motivos y sus

finés. Algunas de sus frases nos dan un fiel resumen de lo que había ocurrido en Rusia:

Al hacer la Revolución de Octubre, la clase obrera había esperado obtener su emancipación. Pero el resultado fue una esclavitud aún mayor de los seres humanos. El poder de la monarquía, basado en la policía y la gendarmería, pasó a manos de los usurpadores comunistas que en vez de darle libertad a los trabajadores les han dado el temor cotidiano de terminar en las cámaras de tortura de la Cheka, cuyos horrores exceden con mucho a los del régimen de la gendarmería zarista (...) Pero lo más bajo y criminal de todo es la esclavitud moral instaurada por los comunistas: ellos han incluso metido sus manos en el mundo espiritual de los trabajadores obligándolos a pensar a su manera (...) A las protestas de los campesinos, expresadas en levantamientos espontáneos, y a aquellas de los trabajadores, cuyas condiciones de vida los impelen a declararse en huelga, ellos han respondido con las ejecuciones en masa y un apetito por la sangre que de lejos excede al de los generales zaristas (...) Bajo el yugo de la dictadura comunista, la misma vida es peor que la muerte.^[227]

Así terminaba el «asalto al cielo» del año 1917. La utopía se había transformado en distopía y la liberación en esclavitud. Lo que empezó con la famosa consigna de «Todo el poder a los soviets» concluía bajo la consigna de hecho del nuevo poder dictatorial: «Todo el poder contra los soviets». La nueva élite había logrado de esta forma aplastar a las viejas clases dirigentes, diezmar a las clases medias urbanas y aterrorizar a los trabajadores. Pero a pesar de estos logros su camino hacia un ejercicio duradero y seguro del poder no estaba aún despejado. Faltaba el episodio más decisivo de todo el drama revolucionario: la confrontación entre el poder bolchevique y la gran masa del pueblo ruso, es decir, la abrumadora mayoría de campesinos que la conformaba.

EL GRAN TERROR Y LA MADURACIÓN DEL SISTEMA TOTALITARIO

La segunda guerra civil

La Rusia mayoritaria, el campesinado, no solo había sobrevivido a las transformaciones y al terror de la guerra civil (1918-1922) sino que incluso se había visto reforzada por los cambios acontecidos. Los más variados analistas están de acuerdo en considerar que el campesinado fue, hasta el año 1929, el sector social que, en términos materiales, había salido mejor parado de las conmociones revolucionarias. Tanto las tierras de los terratenientes como del zar fueron apropiadas por la masa campesina de forma totalmente espontánea ya antes del golpe de octubre. Esta apropiación espontánea, que por cierto no era igualitaria, fue legitimada por el nuevo régimen a través del famoso «Decreto sobre la tierra» del 26 de octubre de 1917. Este decreto representa uno de los virajes tácticos más geniales de Lenin quien, abandonando los principios de su propio partido, de una plumada se ganó, al menos momentáneamente, la aceptación de las masas campesinas legalizando la apropiación de las tierras tal como se había realizado y prometiendo dejar «que los campesinos resuelvan ellos mismos todos sus problemas y organicen su propia vida».^[228]

Los bolcheviques estaban, usando la expresión de Lenin, rodeados por un mar de pequeños propietarios-productores agrícolas. El campo ruso quedó organizado en unos 23 o 24 millones de pequeñas unidades productoras, que agrupaban a una población de más de cien millones de personas. Subordinar o someter a ese mar era el problema crucial para el nuevo régimen, tanto en términos económicos como de poder. Sin embargo, emprender esta tarea era algo temible y mucho más difícil que derrotar a los generales «blancos» o aplastar al restante poder de los soviets. Es por ello que el nuevo régimen retrocedería varias veces antes de enfrentarla de manera definitiva.

Durante los primeros años, bajo el Comunismo de Guerra, los bolcheviques trataron de limitar fuertemente toda actividad mercantil y organizar un sistema de requisas impuestas por ese tipo de terror que ya se ha ilustrado con la orden de Lenin del 11 de agosto de 1918. La respuesta de los campesinos a estos métodos no se dejó esperar y tomó la forma de un efectivo boicot que condenaba al hambre a los centros urbanos y que durante el invierno de 1920-1921 casi llevó al colapso del nuevo régimen. En 1921, los bolcheviques debieron reconocer que, en ese momento, les era imposible seguir adelante por ese camino y que no había otra salida que la de buscar un gran compromiso o mejor dicho una tregua con las masas campesinas. Lenin tomó una vez más la iniciativa y propuso un cambio radical de política. El compromiso fue conocido como NEP, sigla rusa de la así llamada Nueva Política Económica, y consistía en darle a los campesinos la libertad de comercializar sus excedentes después de haber pagado un impuesto en especies al Estado. La NEP fue completada con otras medidas tendientes a reactivar la economía de mercado y tuvo, al menos en

el corto plazo, un éxito notable.

Parece cierto que algunos dirigentes comunistas, por ejemplo el propio Lenin en sus últimos escritos^[229] pero también hombres como Nikolái Bujarin, entendieron la NEP no solo como una retirada táctica sino como una posible estrategia de largo plazo para construir el socialismo evitando una confrontación radical con la masa del campesinado.^[230] Sin embargo, la mayoría de los dirigentes del nuevo partido gobernante habían visto la NEP simplemente como una maniobra, un repliegue necesario para acumular fuerzas y lanzar luego un asalto definitivo a la «fortaleza campesina».^[231] En 1929, los dirigentes bolcheviques de entonces, ya bajo la dirección consolidada de Stalin, consideraron que las fuerzas propias habían sido ya reorganizadas y lanzaron el segundo asalto: la tregua había terminado.

En realidad, y más allá de las intenciones de algunos dirigentes bolcheviques, existía una contradicción flagrante entre la existencia de una masa tan importante de productores independientes y la viabilidad misma del ejercicio monopólico del poder por parte de la nueva élite gobernante que exigía, para poder realizarse, del control efectivo de todo el aparato productivo. Esta contradicción se vio dramáticamente agravada, como bien lo ha indicado Theda Skocpol en su célebre estudio comparativo de las revoluciones modernas, por la falta casi total de inserción política del partido bolchevique entre los campesinos.^[232] A diferencia de otras revoluciones comunistas, como la China, el poder bolchevique fue siempre ajeno a las masas campesinas y es por ello que, para reformar la estructura agraria, se requirió de una violencia sin precedentes.

Los pequeños productores, unidos por las tradiciones de la *obschina* y sus estructuras ancestrales de poder, eran enemigos naturales de cualquier medida tendiente a coartar su libertad de acción y volver a subordinarlos a un poder central del cual tan recientemente se habían liberado.^[233] Todo su horizonte político seguía siendo el de siempre: poseer su tierra y que los dejaran vivir en paz, es decir, ser libres. La receptividad frente a argumentos apelando a su altruismo fue muy limitada y su voluntad de sacrificarse en aras de la revolución o la población urbana era mínima. Las utopías de otros nunca los habían atraído y menos lo hacían ahora, cuando sentían que su utopía de todos los tiempos —tierra y libertad dentro de su pequeño mundo— ya se había realizado. A partir de ello, los campesinos exigían beneficios directos y tangibles a cambio de los resultados de sus esfuerzos. Querían productos a cambio de sus excedentes agrícolas y no frases altisonantes, promesas o un dinero inutilizable por la falta de artículos de consumo en el mercado.

Bajo la NEP, y como resultado de la rápida recuperación de la producción agrícola que no pudo ser acompañada por una recuperación similar de la producción industrial, se habían deteriorado sensiblemente los términos del intercambio entre los productos agrícolas y los industriales, en detrimento de los primeros. Los productos industriales no solo eran caros, sino además escasos y de calidad muy deficiente. Durante 1927 y 1928 se hizo notar la reticencia de los campesinos a aceptar una

situación semejante y reaparecieron los problemas de abastecimiento en las grandes ciudades. La situación se hizo crítica durante 1929 como consecuencia no solo de lo anterior sino también del brusco viraje hacia una política de industrialización acelerada que, tal como había acontecido en el pasado, pretendía basarse en una mayor exacción de excedentes del campo. En marzo de 1929, el partido decidió acrecentar el ritmo de la industrialización más allá de lo establecido por el primer plan quinquenal aprobado en 1928. La consecuencia directa fue la aplicación de un impuesto extraordinario sobre los campesinos y la respuesta de éstos fue inequívoca. Bajo la conducción de los sectores más acomodados, despreciativamente llamados *kulaks*, es decir, aquellos más favorecidos por la apropiación de las tierras de 1917 y los que más habían ganado durante la NEP, se inició un boicot masivo contra las nuevas exacciones.

La crisis había estallado y la medición de fuerzas entre campesinado y poder bolchevique sería definitiva. El partido decidió lanzar una ofensiva general, usando todos los medios a su disposición, contra la existencia misma del campesinado propietario y todas sus formas tradicionales de organización. Había llegado la hora final de la *obschina* y con ella de la vieja Rusia. A fines de 1929 se tomó la decisión de «abandonar la política de contención de los *kulaks* y pasar a una nueva política, la de liquidar a los *kulaks* como clase por medio de la colectivización total de la agricultura», para usar la fórmula estalinista para encubrir lo que desde el comienzo fue una guerra sin cuartel contra todo el campesinado. Se iniciaba así lo que en el lenguaje estalinista se definía, no sin cierta razón, como «una profundísima transformación revolucionaria, un salto del viejo estado cualitativo de la sociedad a un nuevo estado cualitativo, equivalente por sus consecuencias a la transformación revolucionaria operada en octubre de 1917».^[234]

La enormidad del cambio emprendido es casi tan inimaginable como los grados de violencia y sufrimiento que demandó. En su biografía sobre Stalin, Isaac Deutscher, historiador de tendencia trotskista, ha comentado de la siguiente manera esta gran transformación y el papel de Stalin en la misma: «Uno debe esforzar mucho la fantasía para hacerse una imagen de una transformación tan gigantesca y complicada que difícilmente encuentra algún paralelo en la historia. Incluso si uno adecua la medida de acuerdo a las diferentes condiciones imperantes en diferentes períodos parece como si los grandes transformadores sociales de la historia de Rusia, Iván el Terrible y Pedro el Grande, e incluso los grandes reformadores de otras naciones, se redujesen a pigmeos al lado de la figura gigantesca del Secretario General».^[235]

El precio de semejante transformación no fue menos asombroso que la transformación misma: «Dentro de poco tiempo, reinaba el caos en el campo ruso. La enorme mayoría de los campesinos opuso una resistencia desesperada contra el gobierno. La colectivización degeneró en una operación militar, en una sangrienta guerra civil».^[236] Los campesinos optaron a menudo por destruir todo lo que tenían

antes de entregarlo al nuevo Estado, estallando en 1931 la primera de una serie de terribles hambrunas que costarían, según los cálculos de Robert Conquest, por lo menos seis o siete millones de vidas.^[237] Como parte integrante de la colectivización comienzan las deportaciones en masa y el sistema de campos de concentración y trabajo forzado, el famoso Gulag, empieza a expandirse de manera extraordinaria. Anne Applebaum, en su detallada historia del Gulag, considera justamente el año 1929 como el momento en que el sistema de los campos cambia de carácter y se masifica. La raíz de este cambio es la industrialización forzada, con su notable demanda de fuerza de trabajo para grandes proyectos infraestructurales, y la colectivización del campo, que genera enormes masas de campesinos deportados y esclavizados.^[238]

Simon Sebag Montefiore, en su libro sobre el régimen de Stalin, nos da la siguiente visión de esos tiempos luctuosos: «En el verano de 1931, la escasez pasa a transformarse en hambruna en el campo (...) La GPU y los 180.000 militantes del partido enviados desde las ciudades empezaron a usar los fusiles, el linchamiento y el complejo de campos del Gulag para quebrar la resistencia de las aldeas. Más de dos millones fueron deportados a Siberia y Kazajstán; en 1930 había 179.000 personas esclavizadas en los Gulags; en 1935 llegaban casi a un millón. El terror y el trabajo forzado se transformaron en el quehacer fundamental del trabajo del Politburó».^[239] Y luego nos muestra a Stalin en plena acción: «Sobre una hoja llena de garabatos, Stalin escribe con un lápiz azul grueso: (...) deportaciones: Ucrania 145.000. Cáucaso N. 71.000. Bajo Volga 50.000 (¡un montón!). Rusia Blanca 42.000 (...) Y así sigue hasta totalizar 418.000 deportados».^[240]

Un testimonio de primera mano sobre aquellos tiempos es el del célebre escritor Arthur Koestler, quien como «amigo comunista de confianza» había sido invitado en 1932 a visitar el país y escribir, para los lectores occidentales, sobre las maravillas del socialismo. Es por ello que su sorpresa fue apabullante cuando descubrió una realidad absolutamente distante de la utopía socialista:

El tren continuó su lento viaje resoplando a través de las estepas ucranianas. Se detenía con mucha frecuencia. En cada estación encontrábamos una multitud de campesinos cubiertos de harapos que ofrecían iconos y lienzos a cambio de un pedazo de pan. Las mujeres levantaban a sus niños hasta las ventanas de los vagones y entonces uno veía aquellos miembros infantiles, delgados como palitos, y aquellos terribles vientres hinchados y las cadavéricas y gigantescas cabezas que se balanceaban sobre endeble cuellitos. Sin saberlo, había llegado a Rusia en el momento culminante de la carestía y el hambre que en 1932 y 1933 despobló distritos enteros y ocasionó varios millones de víctimas.^[241]

Es siniestro constatar cómo el terror estalinista preanuncia al del nazismo, incluso con los «trenes de la muerte» llevando víctimas a su triste destino. Así lo relata Charles Bettelheim en el segundo tomo de su obra sobre la historia de la Unión Soviética: «Trenes enteros, llamados por los campesinos “trenes de la muerte”, llevan a los deportados hacia el norte, las estepas y los bosques. Muchos mueren en el trayecto de frío, hambre o epidemias (...) A veces, solo son deportadas las mujeres y

los niños, quedando detenido el cabeza de familia; otras veces, lo son las familias enteras; en otras, se deja allí a los niños, que se convierten en mendigos y vagabundos».^[242] Así, el sistema totalitario nacía, tal como alguna vez Marx lo dijo del capitalismo, «chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza a los pies».^[243]

El Gran Terror y el misterio de la confesión

Con el aplastamiento del campesinado se cerraba el ciclo de las grandes «luchas de clase» que llevan a la formación de la primera sociedad totalitaria que se haya conocido. Ya nada quedaba fuera de la órbita de poder del partido-Estado. El terror se había desencadenado de manera tan amplia y efectiva que la sociedad soviética se había transformado en una sociedad donde el temor siempre estaba presente. Quedaba, sin embargo, un episodio más para que el sistema llegase a su culminación. El partido-Estado mismo debía ser aterrorizado hasta un punto tal que se hiciese evidente que nadie estaba a salvo del terror. Con ello, la élite gobernante sería disciplinada con la ayuda del mismo látigo que le había aplicado al resto de la sociedad. Se llegaría de esta manera al reino absoluto de la desconfianza, la inseguridad y el miedo, del cual ni siquiera el mismo Stalin decía sentirse a salvo, a tal punto que un día le confesaría al mariscal Zhúkov «Tengo miedo de mi propia sombra».^[244]

La creación de un sistema aterrorizante y aterrorizado donde nadie está fuera o por sobre el mismo es, más allá de los delirios paranoicos de Stalin, el sentido del Gran Terror, ese gran final del camino hacia el totalitarismo que en lo aberrante de su brutalidad superaría, aunque cueste crearlo, todo lo que hasta allí había ocurrido. Es por ello mismo que las confesiones de las víctimas y el carácter público de los procesos que caracterizaron al Gran Terror serían tan importantes, explicando aquello que Montefiore describe como «uno de los misterios del Terror», es decir, «la obsesión de Stalin por forzar a sus víctimas, antes de morir, a firmar sofisticadas confesiones acerca de crímenes insólitos».^[245] Se las podría haber eliminado sin dificultad ni demora en secreto, pero eso no era lo que se buscaba. Una de las finalidades de los grandes procesos era mostrar que incluso las víctimas estaban sometidas al sistema. Su muerte en rebeldía, con la altivez de quien desafía todo y a todos, hubiese sido una derrota inadmisibile para un sistema que no renunciaba a dominar incluso a quienes estaba a punto de destruir. Esto puede resultar difícil de entender para quien nunca ha debido razonar sobre o ha estado cerca de experiencias como las que aquí se están comentando, pero es algo absolutamente lógico para todo inquisidor, ya sea religioso o ateo. Hay que vencer a la víctima haciéndola confesar y probar así, en público, la imposibilidad absoluta de escapar al sistema imperante. Pero no nos adelantemos al relato de los hechos y recapitulemos la historia de ese partido que ahora sería brutalmente depurado.

Como hemos visto, el partido bolchevique fue numéricamente muy limitado hasta comienzos de 1917. Su núcleo de alrededor de unos cinco mil cuadros revolucionarios será la base de un crecimiento espectacular incluso antes de octubre de 1917, que se incrementará aún más una vez tomado el poder. Este desarrollo desde

una pequeña red de agentes estrictamente conspirativa, fogueada por la lucha contra el zarismo y galvanizada por años de persistente educación política leninista, a un gran partido gobernante no podía dejar de tener consecuencias dramáticas respecto tanto de los motivos como de la composición de los afiliados al partido bolchevique o Partido Comunista Ruso, como pasó a denominarse en 1918.^[246] La expansión del partido redujo su núcleo original a una pequeña minoría, una especie de nobleza revolucionaria que durante largo tiempo mantuvo un derecho de primogenitura respecto de las tareas y los puestos más importantes del nuevo Estado. Frente a ellos había ya en enero de 1923 medio millón de «recién llegados». Diez años más tarde, en enero de 1933, el total de militantes y aspirantes del partido ascendía a más de tres millones. Esto significó la transformación de lo que originalmente fue una organización muy selectiva de revolucionarios en el principal canal de movilidad social y acceso al poder y a los privilegios del Estado totalitario en ciernes. Esto hacía del partido el lugar natural de afluencia de elementos con motivaciones muy variadas, desde un ferviente idealismo hasta un carrerismo abierto, lo que, a su vez, era una amenaza para el nuevo régimen al debilitar aquel núcleo de fanatismo militante sin el cual el totalitarismo no puede existir. Entender esto es muy importante ya que nos permite comprender los límites mismos de un sistema de este tipo, que en el fondo solo puede perdurar mientras perduren sus elementos de cohesión ideológica. Es por ello que el núcleo del sistema totalitario es siempre el partido y no el Estado, y su supervivencia como sistema depende, en última instancia, de que dentro del partido se mantenga vivo el convencimiento de su misión mesiánica sin precedentes. La transformación del partido en una pura jerarquía burocrática cuyo único sentido es administrar el poder, repartir el privilegio y ejercer la represión equivale a su muerte segura aunque no por ello instantánea, tal como lo mostraría la misma historia de la Unión Soviética.

La irrupción del carrerismo y de la búsqueda cada vez más abierta del privilegio era evidente en tiempos de Lenin y este lo vio como un importante peligro, tanto para el partido como para el nuevo aparato del Estado. Por ello es que sus últimas intervenciones públicas tratan de la necesidad imperiosa de depurar al partido y al Estado de oportunistas y carreristas. Su visión se hace cada vez más pesimista con el paso del tiempo y sus últimos escritos son dramáticos al respecto. El revolucionario convencido, el utopista comunista, ve cómo de su obra mesiánica surge un Estado que nada tiene que ver con aquel con el que soñó y sobre el que largamente escribió en *El Estado y la revolución*. Antes sus ojos veía, como en una pesadilla, resurgir lo que creía haber destruido para siempre: el viejo Estado zarista. Clama ante este escenario por «la tarea de rehacer nuestro aparato, que ahora no sirve para nada en absoluto y que tomamos íntegramente de la época anterior».^[247] En su último escrito, con fecha 2 de marzo de 1923 y que lleva el título muy significativo de «Más vale bueno y poco», declara:

Nuestro aparato estatal se encuentra en un estado tan lamentable, para no decir detestable (...) solo depurando al máximo nuestro aparato, reduciendo al máximo todo lo que no sea absolutamente indispensable en él, nos mantendremos con seguridad.^[248]

Michael Voslensky, en *La nomenklatura*, ha sintetizado la evolución de lo que él llama «la nueva clase dominante soviética» de la siguiente manera: «El proceso de nacimiento de la nueva clase dominante soviética se ha realizado en tres etapas. La primera ha sido la creación de la organización de revolucionarios profesionales, embrión de la nueva clase. La segunda ha comenzado con la toma del poder por esta organización en noviembre de 1917: allí se ha formado una dirección con dos niveles, el nivel superior de la vieja guardia leninista y el nivel inferior de la *nomenklatura* estalinista. La tercera etapa ha sido la liquidación de la vieja guardia por la *nomenklatura*».^[249]

Ahora bien, sería un error creer que este paso de la vieja a la nueva guardia bolchevique es un paso del idealismo revolucionario al carrerismo funcionario o del altruismo mesiánico a la mera búsqueda del privilegio. Las nuevas generaciones que van a formar la élite dirigente estarán también inspiradas por un espíritu bolchevique o leninista en el sentido de sentirse portadoras y realizadoras de un proyecto emancipador de relevancia universal. La idea de estar participando en la construcción de la sociedad socialista y del hombre del futuro, el «hombre nuevo» que anunciaba Trotski o, como más habitualmente se decía, el «hombre soviético», sigue siendo una motivación para la nueva élite gobernante y será celosamente defendida por el partido, consciente de que se trata de aquel núcleo que le da sentido e identidad a toda su existencia. El partido de Stalin será, tal como el de Lenin, un partido de creyentes selectos, de hombres que se sienten parte de un grupo exclusivo o de aquello que el mismo Stalin llamó «una especie de orden militar-religiosa».^[250] Por ello se realizarán constantes depuraciones dentro del partido que tienen como objetivo mantener vivo el elemento ideológico revolucionario dentro del mismo así como la selectividad de sus miembros, tarea cada vez más imperiosa y difícil en la medida en que crecían los privilegios de la nueva élite de poder.^[251] El fanatismo ideológico se transformaba así en un requisito absoluto para tener derecho a gozar de una vida que, de hecho, estaba tan alejada de los ideales comunistas como el nuevo Estado lo estaba del autogobierno de las masas con que Marx o Lenin soñaron.^[252]

En el proceso formativo de la nueva élite dirigente, la guerra civil de 1918 a 1922 y el terror de masas de esos años jugaron un rol decisivo, dándole un profundo sentido de cuerpo. Como dice el célebre historiador del Gran Terror, Robert Conquest: «La fuerza vital que forjó en los implicados una solidaridad de partido puesta por sobre todo lo demás fue la guerra civil, la lucha por el poder. Eso fue lo que transformó al nuevo partido de masas en una maquinaria endurecida y experimentada en la cual la solidaridad con la organización estaba por sobre cualquier otra consideración».^[253] Además, la guerra civil y el terror convirtieron al conjunto

de la nueva élite en cómplice de los espantosos atropellos cometidos. Así, su destino no podía ya dissociarse del destino del nuevo régimen cuya caída hubiese significado, para cada uno de los miembros de la naciente *nomenklatura*, tener que hacerse cargo de su cuota de responsabilidad por los crímenes cometidos. Se formó de esta manera «la perspectiva cierta de ser aniquilados si fallaban».^[254] En la tragedia del Gran Terror venidero este no sería un aspecto irrelevante ya que en los grandes procesos pocos eran realmente inocentes, si bien los que fueron torturados y ejecutados lo fueron por crímenes fantasiosos y no por los realmente cometidos. Tal como Arthur Koestler lo dice en su famosa novela basada en los grandes procesos de Moscú, *El cero y el infinito*: «Los mejores de ellos guardaron silencio a fin de hacerle un último servicio al partido dejando que se los condenase como chivos expiatorios; y, además, también cada uno de los mejores tenía una Arlova en su conciencia».^[255]

Las luchas internas del partido han sido descritas innumerables veces con lujo de detalles y por ello aquí solo se dirá lo más esencial.^[256] El funcionamiento del partido gozó de cierta democracia interna —elitista pero bastante tolerante— durante los primeros años de la Revolución rusa. Sin embargo, ya en 1921, y por obra del mismo Lenin con apoyo pleno de Trotski y otros bolcheviques influyentes, se da un paso decisivo hacia la liquidación incluso de esa democracia restringida. En marzo de ese año, en el x Congreso del partido, son prohibidas las tendencias organizadas en su seno y, lo que aún es más importante, se le da al Comité Central la facultad de autodepurarse. Simultáneamente, la policía política recibe atribuciones para controlar la vida interna del partido a fin de hacer respetar la prohibición contra las fracciones. De ese modo, con el aval de Lenin y Trotski, se crearon las armas preferidas de las grandes purgas venideras. Esas severas medidas reflejaban las tensiones que se estaban produciendo al interior del partido como resultado de la situación crítica que atravesaba el país, caracterizada por el desabastecimiento y puesta de manifiesto, justo en esos días, por el levantamiento de Kronstadt.

Isaac Deutscher ha resumido de la siguiente manera la evolución del partido en cuanto a su democracia interna: «Al principio, el partido único todavía permitió libertad de expresión e iniciativa política al menos para sus propios miembros. A continuación, la oligarquía gobernante los privó de esa libertad; y el monopolio del partido único se convirtió en realidad en el monopolio de una sola fracción, la fracción estalinista. En la segunda década de la revolución, el monolito totalitario adquirió forma. Por último, el régimen de la fracción única se convirtió en el régimen personal de su jefe».^[257] Se cumple entonces la profecía hecha por Trotski en 1904, y el leninismo terminará alcanzando su madurez bajo el liderato de Stalin. Nace así lo que Plejánov premonitoriamente había descrito en 1885 como «un despotismo zarista repintado con colores comunistas».^[258]

Paralelamente, y como parte del mismo proceso, van surgiendo una serie de comités administrativos en el seno del partido que toman el control efectivo del aparato partidario al margen, en gran medida, del Comité Central. Estos comités

administrativos, encargados de la designación de los cuadros en puestos claves del partido y el Estado, quedan bajo el mando directo del secretario general que no era otro que Stalin. En estos comités, y bajo la mirada atenta del «camarada Kartotekov» —como también se le llamó a Stalin en los años veinte por su hábil manejo de los ficheros con información sobre los miembros del nuevo aparato partidario-estatal— se organiza la *nomenklatura*, la naciente clase dominante de la sociedad soviética.^[259]

Al mismo tiempo —como ya se indicó— el partido va transformándose internamente y frente a la vieja guardia surge una nueva guardia, que no es ni menos fanática ni está menos convencida de estar realizando una misión mesiánica, pero que se diferencia de la anterior en sus hábitos, extracción social y ambiciones. Son elementos promovidos recientemente al poder, a menudo de una extracción social más baja y por ello culturalmente más rudos que los viejos bolcheviques que mayoritariamente provenían de la *intelligentsia*. En ese sentido Stalin, con su personalidad más tosca y su origen social modesto, sería el arquetipo y no alguien como Trotski, que con su brillantez deslumbrante era el prototipo de la *intelligentsia* rusa. La lucha por el poder entre estas dos camadas de bolcheviques empieza tempranamente y el comienzo de la eliminación sucesiva de la vieja guardia de los puestos dirigentes se puede detectar durante la segunda mitad de los años veinte, si bien su preeminencia en la cumbre del poder es todavía muy marcada hasta las grandes purgas y su exterminio físico durante la segunda mitad de los años treinta.

Lo drástico del cambio de guardia entonces acontecido y, especialmente, la forma extrema que asumió es un hecho que, como otros comparables, desafía la posibilidad de comprenderlo cabalmente. Las personalidades de los principales responsables por hechos semejantes no son, por cierto, indiferentes. Sin un Hitler o un Stalin es difícil poder imaginarse el genocidio contra los judíos o los procesos de Moscú. En el caso de Stalin conocemos sus rasgos paranoicos y sabemos, entre otras cosas, de su manifiesta admiración por la forma en que Hitler, en la así llamada «noche de los cuchillos largos», eliminó físicamente a muchos de sus oponentes reales o imaginarios.^[260] También sabemos que estaba formado en la escuela del «autismo moral» de Lenin, donde el fin justifica cualquier medio, y no cabe ninguna duda acerca de su mesianismo fanático.^[261] Pocos se sentían tan bolcheviques como él y por ello tan autorizados a ejercer la «bondad extrema» de esa manera aterradora que sería la suya.

Fuera de ello cabe destacar un importante aspecto complementario que nos ayuda a entender los procesos-espectáculo: la necesidad de encontrar culpables a los que se pudiese responsabilizar por los innumerables padecimientos sufridos por el pueblo ruso durante los años anteriores. De esta manera se podían canalizar las tensiones y la rabia acumuladas en el seno de la sociedad soviética contra unos chivos expiatorios que serían públicamente sacrificados. Por ello es que los procesos van acompañados de amplias campañas de difamación y movilización popular contra aquellos célebres ex bolcheviques que pronto serían ejecutados. Se trataba de provocar lo que el fiscal

acusador, Andréi Vyshinski, describió en agosto de 1936 como «las más poderosas olas de indignación popular contra los miserables asesinos».^[262] Era «el comienzo de una deshumanización radical de los expulsados (...) cientos de miles de personas se reunían en las fábricas y marchaban hacia los lugares públicos para exigir la muerte de los acusados».^[263]

Todo esto forma parte del puzle del Gran Terror y su lógica infernal, tal como lo hacen en general la lógica misma del totalitarismo y sus aparatos represivos, pero no por ello contesta todas las preguntas que este tipo de hechos nos obliga a plantear sobre la misma naturaleza humana y nuestra capacidad, bajo ciertas condiciones y el influjo de ciertas ideas, de realizar un mal infinito. La brutalidad desatada tiende a desencadenar una siniestra tendencia a retroalimentarse y magnificarse, hasta llegar a extremos que luego resultan difícilmente comprensibles. Como escribe Karl Schlögel en su notable obra sobre el Moscú de aquellos tiempos aludiendo al primero de estos célebres procesos: «Por más detalles que hoy conozcamos sobre los interrogatorios antes del proceso, sobre la tortura y los medios de presión que se usaron, sobre el uso de amenazas contra los familiares, sobre las falsas promesas de perdonar la vida de los acusados y la forma en que se manipuló a los observadores y corresponsales extranjeros, igualmente subsiste el asombro ante algo tan fantasmagórico e incomprensible».^[264]

El primero de los grandes procesos se inició el 19 agosto de 1936 en la gran Sala Octubre de la Casa de los Sindicatos de Moscú. Su punto de arranque fue la reapertura del proceso por el asesinato de Serguéi Kírov, jefe del partido en Leningrado e íntimo amigo de Stalin, el 1 de diciembre de 1934. Las figuras centrales del mismo fueron dos de los más afamados bolcheviques de la vieja guardia, Lev Kámenev y Grigori Zinóviev, junto a otros catorce destacados líderes comunistas. La planificación de este primer juicio-espectáculo fue cuidadosa y su elemento central fue la confesión de los imputados. Como Montefiore escribe en su libro *La corte del zar rojo*: «Stalin seguía cada detalle de los interrogatorios. Los interrogadores de la NKVD debían entregarse exclusivamente, en cuerpo y alma, a arrancar las confesiones. Las instrucciones de Stalin a la NKVD fueron características de este terrible proceso: “Móntense en vuestros prisioneros y no se desmonten hasta que hayan confesado”».^[265] Meses de encarcelamiento y presiones sin límite condujeron al fin deseado: quince de los dieciséis imputados confesaron públicamente sus «actividades terroristas» y se declararon culpables como cabecillas del «Centro contrarrevolucionario trotskista-zinovievista» que habría planeado los asesinatos de, entre otros, Stalin, Voroshílov, Zhdánov y Kaganóvich. La condena a muerte de todos los acusados se basó, tal como en los juicios venideros, casi exclusivamente en sus propias confesiones.

Pierre Broué, en su desgarradora obra sobre la masacre de la vieja guardia, nos relata la ejecución de las víctimas de este primer proceso dejando que las palabras de Iván Nikítich Smirnov, miembro de la socialdemocracia rusa desde 1899, pongan el

punto final: «Fueron abatidos de un balazo en la nuca, por detrás, uno tras otro, en un pasillo subterráneo de su prisión. Mientras Zinóviev gritaba con su terrible voz de falsete de las grandes ocasiones, Iván Nikítich, tranquilo y sereno, dijo simplemente: “Merecimos esto por nuestra conducta vergonzosa en el proceso”».^[266]

Luego siguieron dos procesos igualmente espectaculares contra otros bolcheviques destacados. El primero de ellos, en enero de 1937, contra el «Centro paralelo antisoviético trotskista», supuestamente encabezado por Karl Radek, Yuri Piatakov y Grigori Sokólnikov, y el segundo, en marzo de 1938, contra el «Bloque antisoviético trotskista-derechista», dirigido según sus acusadores por el célebre Nikolái Bujarin, a quien Lenin en su momento había llamado «el delfín del partido», y el ex primer ministro Alexéi Rykov. En este proceso, el más brutal de todos, se inculpó también a quien había sido el primer responsable directo del Gran Terror, Guénrij Yagoda, el cual a comienzos de 1937 había sido substituido por Nikolái Yezhov como jefe de la policía secreta soviética (NKVD, sucesora de la Cheka), quien a su vez sería liquidado en febrero de 1940.

Estos grandes procesos fueron, a su turno, seguidos por un sinnúmero de microprocesos por todos los rincones de Rusia que diezmaron sin piedad las huestes del partido afectando a unos 850.000 militantes según los cálculos de Schapiro.^[267] De los 139 miembros titulares o suplentes del Comité Central elegido en el congreso de 1934 un total de 98 fueron ejecutados y de los 1.966 delegados que asistieron a ese congreso 1.108 fueron arrestados y casi todos ellos murieron ejecutados o en los campos de trabajo forzado. Desde 1937 Stalin comenzó a administrar el terror de la misma manera que administraba la economía planificada, es decir, asignando cuotas de «enemigos del pueblo» que cada región o provincia de la Unión Soviética debía arrestar, especificando además, con números precisos, cuántos de ellos debían ser condenados a muerte y cuántos debían pasar a engrosar el contingente del Gulag. Este último fue transformado radicalmente en 1937 en un verdadero campo de exterminio, donde se obligaba a muchos prisioneros a trabajar hasta morir exhaustos o eran simplemente ejecutados. Al mismo tiempo, muchos de los comandantes de los campos de concentración fueron también víctimas del terror, particularmente en relación con el proceso contra Bujarin en 1938. Pero no se los ejecutó por los crímenes cometidos en los campos que administraban sino por lo contrario, por no haber sido lo suficientemente efectivos en la explotación de aquellos alrededor de siete millones de esclavos que por entonces poblaban el Gulag.^[268]

El momento culminante del proceso masivo de represión y exterminio fue alcanzado entre julio de 1937 y noviembre de 1938. El punto de partida fue la resolución del 2 de julio del Politburó del partido «Sobre los elementos antisoviéticos». A partir de ella se emitirán un grupo considerable de órdenes de exterminio, de las cuales la más conocida es la 00447 de fines de julio, fijando detalladamente las cuotas de personas por ejecutar y deportar.^[269] El total de víctimas de las operaciones de represión masiva que desencadenó esta orden es de 767.397

condenados, de los cuales 386.798 fueron sentenciados a ser ejecutados. Otras órdenes, como la 00485 contra polacos residentes —conocida como «Operación polaca»— y la 00439 dirigida contra residentes alemanes —«Operación alemana»— arrojaron 139.835 y 55.005 condenas, respectivamente, de las cuales 111.091 y 41.989 fueron a muerte. Fuera de esas operaciones se desarrollarían acciones masivas contra otras minorías, como los letones, rumanos, finlandeses, iraníes, afganos, griegos, estonios, búlgaros, etc. El total de ejecutados se calcula hoy en poco más de 680.000 personas y el total de víctimas fatales, incluyendo los muertos en las cárceles y los campos de concentración, en unos dos millones.^[270]

Algún tiempo después tuvo lugar el último acto de la tragedia de los grandes gestores del golpe bolchevique de octubre de 1917. El sonido seco del piolet del agente de Stalin, Ramón Mercader, cayendo sobre la cabeza de Lev Trotski puso fin, en agosto de 1940, a lo que fue —a su manera— una brillante generación de revolucionarios. Con la muerte de Trotski solo quedaba en vida un miembro del Comité Central que había dirigido al partido bolchevique en octubre de 1917: Stalin. Del resto, solamente uno no había sido asesinado: Lenin.

Pero no solo el partido fue severamente purgado. Todas las instancias de poder fueron sometidas a un proceso semejante. Así, por ejemplo, tal como escribe el historiador comunista francés Jean Elleinstein: «Stalin ataca igualmente al Ejército Rojo. El Ejército Rojo fue literalmente diezmado por la represión (...) en total tres mariscales sobre cinco, trece comandantes de división sobre quince, 57 comandantes de batallón sobre 85, 110 generales de división sobre 195 perecieron víctimas de la represión estalinista».^[271] De esta manera preparaba Stalin, como lo intuyó Trotski y lo confirmó posteriormente Nikita Jruschov, la catástrofe de los ejércitos soviéticos ante la ofensiva alemana iniciada el verano de 1941.

Lo mismo ocurrió con la Iglesia ortodoxa, con miles de templos destruidos o clausurados y de sacerdotes sacrificados.^[272] En el ámbito de la vida cultural la situación no fue mejor. Tal como afirma Elleinstein: «En cuanto a la vida intelectual, la represión no fue menor (...) Historiadores y filósofos, biólogos y matemáticos, escritores y artistas perecieron por millares o permanecieron deportados durante largos años».^[273] La represión no solo diezmó a los antiguos militantes e intelectuales rusos sino que también se extendió, con particular saña, a los miles de comunistas extranjeros residentes en la Unión Soviética: «La represión en masa alcanzó igualmente a los comunistas extranjeros presentes en Moscú. Los viejos compañeros de Lenin, el suizo Platten y el polaco Ganetski fueron ejecutados. El partido comunista polaco fue disuelto en 1938. Lo mismo ocurrió con el partido comunista de Ucrania Occidental y con el de Bielorrusia Occidental. La represión también se abatió sobre los dirigentes de los partidos comunistas de Letonia, Estonia y Lituania. Los dirigentes de los partidos comunistas yugoslavo, búlgaro, chino, coreano, iraní e hindú desaparecieron igualmente».^[274] Y esta enumeración no es de ninguna manera exhaustiva. Los comunistas alemanes refugiados del nazismo sufrieron el mismo

destino y el brazo de la purga se extendió incluso por el exterior, llegando, por ejemplo, a la España republicana en guerra contra las tropas de Franco, donde los «chekistas» actuaban abiertamente secuestrando, torturando y matando anarquistas, trotskistas, republicanos molestos y, por cierto, comunistas caídos en desgracia.

Robert Conquest hizo un balance del total de víctimas del Gran Terror en su obra pionera de 1968 que luego fue revisada en la edición de 1990.^[275] Sus estimaciones en esta última obra son las siguientes para los años 1937-1938:

- Arrestos: cerca de 8 millones.
- Ejecuciones: cerca de 1,5 millones.
- Muertos en el Gulag: cerca de 2 millones.
- En cárceles a fines de 1938: cerca de 1 millón.
- Aumento de los prisioneros del Gulag a fines de 1938: casi 2 millones.

Esa fue la cosecha de horror de las grandes purgas, pero hay que hacer notar que a pesar de su inmensidad no superó, en cuanto al número de víctimas, lo que había ocurrido a comienzos de los años treinta durante la gran guerra contra los campesinos. Ahora bien, hay un par de aspectos del Gran Terror que revelan tan profundamente la naturaleza misma del totalitarismo que merecen una atención particular.

El primero puede incluso pasar desapercibido a primera vista. El proceso contra Bujarin y Rykov fue el último de los grandes procesos-espectáculo pero de manera alguna la última de las grandes purgas sangrientas que afectarían al partido. La última gran purga, discreta pero devastadora, fue llevada a cabo a mediados de 1938 y afectó a elementos «estalinistas», es decir, a nuevos comunistas promovidos en la mayoría de los casos a altos cargos, incluyendo tres miembros del Politburó, por el mismo Stalin a partir de 1926. Esto es lo particular y enigmático de esta purga. El que se trata ahora de «su gente» se nota incluso en la manera, caracterizada por su falta de formalidades, con que Stalin los elimina y que contrasta notoriamente con los procesos anteriores. Ya ni siquiera informa al Politburó y da órdenes de ejecución en masa sin precedentes, como la de ejecutar a 138 altos dirigentes dictada el 28 de julio de 1938.

La pregunta que aquí surge es acerca de la necesidad de Stalin de lanzarse de esta manera sobre su propia gente. Se puede, hasta cierto punto, entender la virulencia de la acción contra la vieja guardia para no dejar vivo ningún rival que pudiese, en méritos revolucionarios, medirse con él. También se puede llegar a entender el ataque a los militares con la finalidad de debilitar a aquella institución que de alguna manera podría rivalizar con las ambiciones de poder del partido. Incluso se puede encontrar una explicación para la represión de la intelectualidad a partir de los complejos de un Stalin relativamente limitado en su bagaje cultural.^[276] Pero lo que no encuentra una explicación simple es este ataque a los propios estalinistas, gente sin mayor prestigio

ni posibilidad alguna de rivalizar con Stalin. Siempre se le puede cargar este tipo de hechos «inexplicables» a los rasgos paranoicos que caracterizan la figura de Stalin, pero esto no es sino confesar que se está ante algo que de verdad no se entiende. Mi respuesta es que se trata de una forma inusualmente pedagógica de demostrar ante todos, y especialmente ante la nueva élite que ahora llegaba al poder, que nadie está por sobre el sistema totalitario, que todos están amenazados y que «cualquiera puede desaparecer en cualquier momento».^[277] Se trata de aterrorizar incluso a quienes ejercen el terror. Este es el *non plus ultra* del totalitarismo.

El segundo rasgo extraordinariamente esclarecedor sobre la naturaleza del totalitarismo y de sus raíces marxistas-leninistas está en las confesiones de los viejos líderes bolcheviques. La necesidad de las mismas desde el punto de vista del sistema no es tan difícil de entender como manifestación última de su poder. Ahora bien, el hecho de que tantos revolucionarios, endurecidos por una larga lucha y orgullosos de su historia, llegasen no solo a humillarse como lo hicieron sino a autodestruirse moralmente de manera pública es algo que resiste cualquier explicación sencilla. Sin embargo, entender este misterio es la clave para entender cabalmente en qué consiste la esencia del pensamiento totalitario.

A comprender estas confesiones está dedicada la novela ya mencionada de Arthur Koestler, *El cero y el infinito*, cuyo título en inglés, *Darkness at Noon*, es mucho más expresivo y está inspirado en las poéticas palabras de Milton: «*Oh dark, dark, dark, amid the blaze of noon!*». Lo que Koestler trata de entender es esa oscuridad profunda que surge justamente del resplandor del mediodía mesiánico, ese mal aterrador hijo de la bondad extrema. En el personaje central de la novela, Rubashov, se mezclan las características de varios líderes bolcheviques que fueron víctimas de la violencia estalinista, especialmente Bujarin, Trotski y Radek. Su tesis central —también conocida como «teoría de la confesión»— es que las confesiones encuentran su explicación última en aquel complejo de ideas que forma la esencia del marxismo revolucionario, particularmente su deslumbrante idea de la revolución redentora encarnada por el partido, frente a la cual el revolucionario debe entender su insignificancia y preguntarse siempre, ante cada paso que deba dar, no por lo bueno en el sentido moral normal sino por lo que en ese momento específico favorece a aquella gran causa que le da sentido a su vida. Es por ello que mentir o decir la verdad, usar los métodos parlamentarios o el terror, salvar o sacrificar una o muchas vidas, confesar los crímenes más inverosímiles o no, todo ello debe juzgarse no con el rasero de la moral común sino en función de su utilidad revolucionaria. Y es a partir de este razonamiento que los interrogadores pueden convencer a sus víctimas de que, para ser fieles a sus vidas revolucionarias, deben mentir y humillarse a sí mismos ya que es justamente eso lo que la revolución y el partido exigen de ellos en ese minuto. Y ellos mismos lo entenderán así a partir de aquella lógica con ayuda de la cual siempre habían vivido y actuado. Lo que ahora harían consigo mismos no es sino lo que siempre habían hecho; es su vida de revolucionarios puesta en una

encrucijada especialmente peculiar que exige de ellos, para no autodestruirse como revolucionarios ante sí mismos, que se destruyan moralmente ante el mundo. Por ello harán lo que harán, y además convencidos de que algún día la historia los justificará.

Pocos han resumido tan certeramente como Koestler la esencia del pensamiento totalitario que hace desaparecer al individuo ante sí mismo, que lo subsume mentalmente en algo superior, en un destino colectivo que le da sentido a su vida y, por ello mismo, tiene derecho a exigirle que la sacrifique en aras de la causa, como un último servicio a la misma. Esto mismo lo planteó, paralelamente con Koestler, quien fuese jefe del Servicio de Espionaje Militar Soviético para Europa Occidental, el general Walter Krivitski, que había roto con el régimen soviético en 1937. Así escribe en su libro titulado *Fui un agente de Stalin*: «¿Cómo se obtenían las confesiones? (...) Un mundo perplejo observaba, pasmado, como los constructores del gobierno soviético se culpaban a sí mismos por crímenes que nunca cometieron (...) Desde entonces el mundo occidental mira las confesiones como un enigma.»^[278] Y luego da la siguiente explicación a este enigma: «Si bien muchos factores contribuyeron a quebrar a esos hombres hasta el punto de hacer tales confesiones, ellos las hicieron, a la postre, con la sincera convicción de que ése era el último servicio que podían prestar al partido y a la revolución. Sacrificaban el honor y la vida para defender al odiado régimen de Stalin porque éste seguía representando aún el único y débil destello de esperanza de un mundo mejor, a cuyo logro habían consagrado la juventud de sus vidas».^[279]

Sobre este tema Robert Conquest ha razonado con profundidad, dedicándole todo un capítulo de *El Gran Terror* al «problema de la confesión» en el que trata de encontrar una explicación a partir de lo que él llama «la mente de partido» (*the party mind*).^[280] Ahora bien, lo que Koestler, Krivitski y Conquest han dicho no es, en el fondo, sino un desarrollo de lo que uno de los principales acusados de los procesos-espectáculo dijo en una célebre carta enviada al mismo Stalin desde la cárcel, la tristemente célebre Lubyanka, en que esperaba su fin. Se trata de la carta del 10 de diciembre de 1937 de Nikolái Bujarin a Iósif Vissariónovich (Stalin): «Por dios, no creas que te estoy reprochando nada, ni siquiera en lo más profundo de mi conciencia. No nací ayer. Soy perfectamente consciente de que los grandes planes, las grandes ideas y los grandes intereses deben anteponerse a todo lo demás y sé que sería mezquino por mi parte situar la cuestión de mi propia persona a la par de las tareas universales e históricas que reposan, ante todo, sobre tus hombros».^[281]

Bujarin desarrollará ampliamente este razonamiento en su última declaración ante el tribunal que pronto lo sentenciaría a muerte:

Ahora quiero hablar de mí mismo, de los motivos que me llevaron a arrepentirme. Ciertamente, hay que decir que las pruebas de mi culpabilidad juegan también un importante papel. Durante tres meses permanecí encerrado en mis negativas. Después inicié el camino de la confesión. ¿Por qué? El motivo estriba en que, durante mi encarcelamiento, pasé revista a todo mi pasado. En el momento en que uno se pregunta: «Si mueres, ¿en nombre de qué morirás?», aparece de repente y con sorprendente claridad un abismo

profundamente oscuro. No había nada por lo que mereciese la pena morir, si pretendía hacerlo sin confesar mis errores. Por el contrario, todos los hechos positivos que resplandecían en la Unión Soviética tomaban proporciones diferentes en mi conciencia. Esto fue lo que en definitiva me desarmó, lo que me obligó a doblar mis rodillas ante el partido y ante el país.^[282]

Junto a estas reflexiones Bujarin desarrolla un análisis de una profundidad extraordinaria acerca del logro más siniestro del sistema totalitario: su capacidad de contaminar el medio ambiente mental de un pueblo hasta crear *un desdoblamiento psíquico* que debilita interiormente toda voluntad de resistencia. Se trata de la esencia misma del *Weltanschauungsstaat*, ese Estado cuya lucha fundamental es por el dominio absoluto de las mentes imponiendo una *Weltanschauung* (visión del mundo) que adquiere tal realidad que termina haciendo que todo aquel que no la comparta o que simplemente la ponga en duda se convierta en un perturbado mental no solo ante el mundo circundante sino, muchas veces, ante sí mismo. Estas son las notables palabras de Bujarin:

Me parece verosímil pensar que cada uno de los que estamos ahora sentados en este banquillo de los acusados tenía un extraño desdoblamiento de conciencia (...) Lo que constituye el poder del Estado proletario no es solamente el haber aplastado a las bandas contrarrevolucionarias, sino también el haber descompuesto interiormente a sus enemigos, el haber desorganizado su voluntad. Esto no ocurre en ningún otro sitio (...) en nuestro país, el adversario, el enemigo, posee al mismo tiempo esa doble conciencia, esa conciencia desdoblada. Y me parece que esto es lo que hay que comprender ante todo.^[283]

Con ello Bujarin tocaba la esencia misma del dominio totalitario que ha logrado sus fines últimos, aquella esencia que, como ya vimos, los marineros sublevados del Soviet de Kronstadt tan certeramente habían captado en 1921: «Pero lo más bajo y criminal de todo es la esclavitud moral instaurada por los comunistas: ellos han incluso metido sus manos en el mundo espiritual de los trabajadores obligándolos a pensar a su manera».^[284]

Los hombres nuevos del totalitarismo

El Gran Terror fue, sin duda, un hecho central en el cambio de guardia bolchevique. Tan drástica había sido la purga, que entre los delegados al Congreso del partido reunido en marzo de 1939 casi no había sobrevivientes de la vieja guardia ni, en general, personas de más de cincuenta años.^[285] De esta manera se había creado un nuevo aparato gobernante cuya regla básica de conducta era la desconfianza, su valor más alto la obediencia ciega y su arma preferida el terror. Sin embargo, sería incorrecto pensar que se trataba solo de represión y terror. Estos fueron elementos vitales de la argamasa que unía los materiales del nuevo edificio pero junto a él había un elemento creativo, un nuevo bolchevismo, tan imbuido de su misión histórica como el antiguo y de un fanatismo aún mayor ya que la libertad de dudar y cuestionar había sido radicalmente eliminada. Tal como dice Koestler en sus memorias: «habría sido imposible mantener unido un Imperio tan inmenso por la sola fuerza del terror».^[286]

El nuevo régimen fue capaz, efectivamente, de crearse entusiastas puntos de apoyo dentro y fuera del aparato de poder. Esto es fundamental, ya que de la pura obra represiva y destructiva difícilmente podría haber brotado algo nuevo. En el proceso de cambios abierto por la construcción del Estado soviético, particularmente a partir de la industrialización acelerada, los grandes proyectos infraestructurales y la expansión de la educación, se crearon importantes caminos de movilidad social ascendente. Cientos de miles de jóvenes, provenientes de las más variadas capas sociales, pudieron ascender a posiciones que implicaban un claro progreso respecto de la generación de sus padres. Ellos formaron el núcleo humano que, con entusiasmo y vigor, se movilizó en torno a las grandes tareas fijadas por Stalin.

Esta consideración nos indica que el proceso de formación de la nueva élite o clase dirigente era mucho más amplio y complejo de lo que dan a entender las luchas y depuraciones en el seno del partido, de las fuerzas armadas o de la intelectualidad existente. Se trataba, por cierto, de destruir a los elementos poco confiables o incómodos para la nueva cúpula gobernante, pero también de crear una nueva camada de técnicos, administradores, oficiales e intelectuales que fuese no solo fiel al nuevo régimen sino también capaz de llevar adelante la enorme tarea industrializadora y modernizadora que éste se había propuesto. Este proceso de creación social, por medio del cual se formaba un material humano nuevo, ha sido, en general, mucho menos estudiado que aquel por medio del cual se aniquiló al pasado y a la vieja guardia bolchevique. El mismo es, sin embargo, igualmente significativo y nos muestra otra faceta importante tanto de Stalin como del estalinismo.

El proceso de creación de una nueva élite técnico-profesional y administrativa tuvo, tal como los demás procesos que hemos descrito, dos vertientes: por un lado, la

destrucción del antiguo aparato técnico-administrativo y, por otro lado, la creación de un nuevo aparato tanto técnica como moralmente adecuado a las exigencias de la nueva sociedad. El viejo aparato era una abigarrada mezcla de elementos provenientes de muy diversas tradiciones y ambientes sociales, comprendiendo desde antiguos militantes comunistas hasta ex funcionarios del régimen zarista. Esta mezcla facilitó mucho la acusación generalizada de ser «técnicos burgueses y contrarrevolucionarios», lo que ciertamente era el caso de algunos pero de ninguna manera de la mayoría.

El proceso de depuración del aparato técnico-administrativo comenzó de manera sistemática ya en 1928, con el así llamado Proceso de Shakhty,^[287] que es el primero de una larga serie de procesos-espectáculo contra «expertos burgueses» que llegaría a su culminación bajo el Gran Terror con el segundo de los grandes procesos de Moscú, aquel celebrado en enero de 1937 y que tuvo a Piatakov, Radek y Sokólnikov como acusados principales. La connotada estudiosa de la historia soviética Sheila Fitzpatrick es autora de un importante ensayo sobre el tema y ha escrito lo siguiente sobre este último acto de la lucha contra «los técnicos burgueses»: «Fue el Proceso de Piatakov, junto con los comentarios de Stalin y Mólotov sobre el mismo en el pleno del Comité Central de febrero-marzo de 1937, lo que dio la señal para la destitución y arresto masivo de la élite política y administrativa soviética. La cronología sugiere que éste no fue simplemente uno más de los procesos de la Gran Purga, sino el proceso crucial».^[288]

Simultáneamente, desde 1929 en adelante, se lanza un gran movimiento, llamado *vydvizhenetsvo*, basado en la promoción de nuevas generaciones de técnicos y administradores provenientes del partido o de la clase obrera de nuevo cuño que el régimen estaba creando. El resultado fue significativo: cientos de miles de cuadros pasaron por diversas escuelas superiores y universidades durante el primer y segundo plan quinquenal. Según Fitzpatrick, estos nuevos cuadros recibirán, a consecuencia de los efectos de las grandes purgas, «una dramática promoción a puestos directivos en la industria, el gobierno y el partido. Ellos han sido hasta nuestros días el grupo central de la dirección política soviética».^[289] «Nuestros días» quiere aquí decir los años setenta y la autora está pensando en hombres como Brézhnev, Kosygin, Kirílenko, Ustinov, Gromyko y muchos otros que formaban la gerontocracia soviética de aquella década.

Stalin intervino directamente en la conducción del proceso de renovación de la élite técnico-administrativa. Sus palabras merecen ser citadas ya que dan cuenta de la claridad de propósito con que el secretario general enfrentaba la tarea de la creación de las nuevas capas dirigentes de la sociedad soviética. En 1931, es decir, en los comienzos del proceso de renovación, planteaba así el problema:

Nuestro país ha entrado en una fase de su desarrollo en que *la clase trabajadora debe crear su propia intelectualidad técnico-productiva*

(...) Ninguna clase dominante se las ha arreglado sin sus propios intelectuales. No existe ninguna razón para suponer que la clase trabajadora de la Unión Soviética pueda arreglárselas sin sus propios intelectuales técnico-productivos.^[290]

Para enfrentar este desafío, continúa Stalin:

el poder soviético (...) ha abierto las puertas de las escuelas superiores en todas las disciplinas a las personas pertenecientes a la clase obrera y a los campesinos trabajadores (...) No existe ninguna duda de que nuestras escuelas superiores pronto nos darán miles de nuevos técnicos e ingenieros, nuevos dirigentes para nuestra industria.^[291]

Más allá de los aspectos demagógicos de estas palabras, tenemos aquí todo un programa de formación masiva de una nueva élite técnico-administrativa que, con el tiempo, debía transformarse en una amplia base para la constitución de una nueva clase dominante estable y bien asentada. El «origen de clase», es decir, el reclutamiento prioritario desde sectores sociales generados por el nuevo sistema, aseguraba una clara ruptura con todo remanente de la vieja intelectualidad, la cual, a partir de sus tradiciones e historia política, era mucho más difícil de controlar y subordinar que esta nueva intelectualidad nacida del seno mismo del nuevo régimen y totalmente formada de acuerdo a sus pautas y necesidades. Era, usando las conocidas categorías de Gramsci, la «intelectualidad orgánica» del nuevo sistema que reemplazaría a la «intelectualidad tradicional», heredada del pasado, con la cual había tenido que contar hasta ese momento.

Así, a finales de los años treinta había surgido ya una nueva élite dirigente en todos los planos de la sociedad. El XVIII Congreso del partido, celebrado en marzo de 1939, permite constatar el enorme recambio ocurrido mediante una comparación de sus delegados con aquellos que habían asistido al congreso precedente, de 1934: «De los 1.966 delegados que asistieron al congreso anterior 1.108 habían sido arrestados por crímenes contrarrevolucionarios. Pero de los afortunados que sobrevivieron solo 59 eran ahora delegados. De ellos, 24 eran viejos miembros del Comité Central quedando solo 35 de los 1.827 que habían sido delegados comunes cinco años antes: ¡menos del dos por ciento! Esta es una indicación de cuan literalmente hay que tomar la tesis de que Stalin creó un partido enteramente nuevo durante este período».^[292]

El «nuevo partido» era un partido joven, forjado durante la «segunda guerra civil», es decir, la gigantesca batalla por la industrialización y la colectivización de la tierra de comienzos de los años treinta. Sus miembros tenían tanta o más sangre en sus manos que los antiguos militantes y su devoción por la revolución bolchevique, definida ahora en torno a la tarea de la construcción del socialismo en la atrasada Rusia, no era menor. En el Congreso de 1939 más de la mitad de los delegados tenía menos de 40 años, a la vez que el 70 por ciento de los miembros del partido había ingresado al mismo después de 1929. Así, según sostiene Leonard Schapiro, «en 1939 el papel dirigente en el partido era crecientemente desempeñado por hombres

jóvenes, reclutados después de 1929, que le debían su educación y progreso a la aceptación absoluta del liderato de Stalin y para los cuales la revolución y la [primera] guerra civil eran poco más que una leyenda». [293]

Este cambio en el partido reflejaba y sintetizaba un cambio mayor ocurrido en todos los niveles dirigentes de la Unión Soviética. Esto es lo que Stalin mismo, de manera triunfalista, constatará en su informe al Congreso de 1939:

Cientos de miles de jóvenes, salidos de las filas de la clase obrera, de los campesinos y de los trabajadores intelectuales, fueron a las escuelas superiores y a las escuelas técnicas y, al volver de las escuelas, llenaron las filas raleadas de la intelectualidad. Ellos le dieron nueva sangre a la capa intelectual y le dieron nueva vida, una vida soviética. Ellos cambiaron de raíz toda la fisonomía de la capa intelectual. [294]

La mística creada en aquellos tiempos y fortalecida por los enormes sacrificios y combates de la Segunda Guerra Mundial marcaría también a las generaciones venideras. Svetlana Alexiévich, quien nació en 1948, nos otorga, en su notable libro *El fin del «Homo sovieticus»*, un ejemplo de ello a partir de su propia experiencia. Bajo la rúbrica de «Apuntes de una cómplice» nos dice:

Nunca fuimos conscientes de la esclavitud en que vivíamos; aquella esclavitud nos complacía. Recuerdo cómo, a punto de terminar el año escolar, toda la clase se preparaba para marchar a cultivar tierras vírgenes y cuánto despreciábamos a los que se escaqueaban.

Habernos perdido los años de la Revolución y la guerra civil nos producía un dolor tan intenso que casi nos arrancaba las lágrimas.

¡No habíamos estado allí! (...) Yo fui octubrista, llevé la insignia con la cabeza del niño con el cabello revuelto, fui pionera y miembro del Komsomol. La desilusión me llegaría más tarde. [295]

De esta manera se completaba el proceso de formación de la primera sociedad totalitaria que se haya conocido y la más acabada en todos sus aspectos. El bolchevismo había triunfado plenamente, incluso sobre los mismos bolcheviques originarios, y pronto surgirían en diversos países réplicas del modelo bolchevique. [296] El prestigio de la Unión Soviética alcanzaría su cumbre en los años de la posguerra y el culto a Stalin no conocería límites. Así, muchos fueron los que a la muerte de Stalin pudieron decir, con las palabras del «Redoble lento por la muerte de Stalin» de Rafael Alberti: «Padre y maestro y camarada: quiero llorar, quiero cantar. Que el agua clara me ilumine, que tu alma clara me ilumine en esta noche en que te vas» o los que con profunda emoción compartieron las siguientes estrofas de Pablo Neruda:

*Stalin es el mediodía
la madurez del hombre y de los pueblos (...)
Stalinianos. Llevamos este nombre con orgullo.
Stalinianos. Es ésta la jerarquía de nuestro tiempo! (...)
En sus últimos años la paloma,
la Paz, la errante rosa perseguida, se detuvo en sus hombros
y Stalin, el gigante, la levantó a la altura de su frente.
Así vieron la paz pueblos distantes.* ^[297]

Los que así cantaban a Stalin lo hacían a sabiendas del precio terrible que se había pagado. La información al respecto abundaba ya entonces. Tal vez no conocían todos los detalles o la extensión exacta de la barbarie pero eso no era lo importante. Imbuidos de la misma filosofía mesiánica de la historia que inspiraba a Stalin y a sus bolcheviques, consideraban la violencia ejercida como un costo necesario de la obra de liberación de la humanidad que, según ellos, la Unión Soviética había iniciado. Después de todo habían aprendido de sus clásicos que «la violencia es la partera de la historia» y por ello pudieron decir con el *Canto General* de Neruda:

*Stalin alza, limpia, construye, fortifica
preserva, mira, protege, alimenta,
pero también castiga.
Y esto es cuanto quería decirlos, camaradas:
hace falta el castigo.*

REFLEXIONES FINALES SOBRE LA IDEOLOGÍA MARXISTA Y EL TOTALITARISMO

Llegamos así al final de este recuento histórico y es el momento de plantearnos, a modo de conclusión, algunas preguntas fundamentales acerca de la relación existente entre el proceso aquí descrito y el pensamiento marxista. La tesis expuesta al comienzo de este ensayo es que el pensamiento mesiánico-revolucionario de Marx — condensado en su visión de una futura sociedad total que alcanza la armonía aboliendo toda distancia y diferencia entre individuo y colectivo— fue tanto una *conditio sine qua non* como un componente esencial del sistema social totalitario que sus seguidores implantaron en Rusia. Para profundizar en la tesis expuesta y desarrollada a lo largo del libro, se analizará ahora la relación entre la herencia histórica específicamente rusa y el proyecto ideológico marxista, para posteriormente discutir la relación existente entre el pensamiento mesiánico de Marx, el aporte de Lenin mediante la creación del partido revolucionario y el establecimiento, bajo Stalin, de un sistema totalitario plenamente desarrollado.

Una objeción que repetidamente se le ha hecho a la tesis que liga causalmente el pensamiento de Marx con el totalitarismo soviético consiste en plantear que las ideas de éste solo fueron una especie de decorado o simple *coreografía ideológica* de un sistema que en todo lo esencial, ya sea respecto de su creación como de su estructura y funcionamiento, constituye un desarrollo de la herencia histórica rusa, con su «despotismo oriental» característico y su tradición de intentos autoritarios de modernización, que ahora, por medio de la dictadura comunista, sería llevada a niveles nunca antes alcanzados de brutalidad y opresión.

La conclusión de este razonamiento es que poner en la cuenta de Marx o del marxismo lo ocurrido en Rusia sería confundir la cubierta o justificación ideológica del sistema con su contenido. Con ello no se dice que esa coreografía ideológica hubiese sido del todo intrascendente pero sí se postula que la misma no explica nada esencial acerca del nacimiento o el contenido del sistema totalitario soviético. Muchos autores han planteado este tipo de ideas, entre ellos aquellos que explícitamente quieren salvar a Marx y a las ideas comunistas de toda responsabilidad por los desmanes de sus seguidores soviéticos. Para ellos, lo asiático de Rusia y el peso de la historia son los culpables de la tragedia totalitaria y no aquellas ideas comunistas que, de hecho, seguirían siendo tan válidas como siempre. Autores «eurocomunistas» como Jean Elleinstein tienden por esa razón, al tratar de explicar el estalinismo, a resaltar fuertemente «la herencia del pasado», la que se «puede abolir brutalmente a través de las leyes, pero no se la puede extirpar de la conciencia de los hombres. Se la puede destruir por la fuerza, pero no se la puede arrancar inmediatamente del alma humana y de la práctica cotidiana».^[298]

Un gran autor que le da expresión a esta tesis de la coreografía ideológica sin compartir aquel tipo de simpatías por el marxismo o el comunismo que la hacen fácilmente entendible es Richard Pipes.^[299] En la parte final del tomo conclusivo de su notable trilogía sobre la marcha de Rusia hacia el régimen bolchevique escribe lo siguiente:

A pesar de toda la importancia de la ideología, su papel en la formación de la Rusia comunista no debe ser exagerado. Si un individuo o un grupo profesan ciertas creencias y se refieren a ellas para guiar su conducta, se puede decir que actúan bajo la influencia de las ideas. Sin embargo, cuando las ideas son utilizadas no tanto para guiar la conducta personal sino para justificar el dominio sobre otros, ya sea por la persuasión o la fuerza, la cuestión se complica ya que no es posible determinar si esta persuasión o fuerza está al servicio de las ideas o si, por el contrario, las ideas sirven para asegurar o legitimar ese dominio. En el caso de los bolcheviques existen sólidos fundamentos para sostener que se trata de lo último ya que desfiguraron el marxismo en todos los sentidos posibles, primero para hacerse con el poder y luego para mantenerse en el mismo (...) En vista de estos hechos, la ideología debe ser tratada como un factor subsidiario: quizá como una forma de explicar la inspiración o la manera de pensar de la nueva clase gobernante, pero no como un conjunto de principios que determinaron su accionar o que lo explican ante la posteridad.^[300]

La esencia de esta argumentación fue resumida, hace ya mucho tiempo, por el filósofo y contemporáneo de Lenin Nikolái Berdiáyev al comentar de la siguiente manera la revolución bolchevique: «Todo el pasado se está repitiendo y solo actúa bajo nuevas máscaras».^[301] En todo esto hay, por cierto, muchísimo de razonable pero también hay un reduccionismo al pasado, a lo dado o a las condiciones, que elimina el elemento esencial del movimiento histórico, es decir, el elemento activo y transformador de la praxis humana y, sobre todo, no permite entender cómo es que de ese pasado pudo surgir algo *cualitativamente diferente*: el totalitarismo. Esto es como querer explicar a Hitler y al nazismo reduciéndolos a «lo alemán», ya sea como cultura o como historia, o a las circunstancias imperantes en aquel momento crítico en que el nazismo nace y se impone. Sin duda que en cada elemento constitutivo del nazismo se encuentra algo de lo alemán y del impacto de las circunstancias, pero nada de esto explica de por sí esa realidad absolutamente insólita e impredecible que fue el régimen nacional socialista y su líder. Esto mismo vale para Lenin, la revolución bolchevique y el totalitarismo soviético.

La verdad es que en esto hay que ser capaces de darle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios: a la historia y a las circunstancias lo suyo pero a los protagonistas, con sus ideas y proyectos, también lo suyo. Ahora bien, si de esta ecuánime repartición se pasa a tratar de entender dónde reside el hecho crucial que hace a la Unión Soviética algo cualitativamente nuevo en la historia tanto rusa como universal, me parece que no es posible escabullir la centralidad del ideal mesiánico que postula, a través del uso de la violencia emancipadora, el surgimiento de una sociedad-comunidad total y totalizante, superadora de los desgarramientos, divisiones y conflictos de las sociedades hasta ahora conocidas.

Los elementos de la historia rusa que serán potenciados por la acción del nuevo régimen lo serán a partir de ese sueño redentor y de su única forma de realización que

no es otra que la aplicación de la coacción para dar ese empujón decisivo que se supone que elevará a la humanidad desde las sociedades de clase a aquellas donde las clases, junto con la explotación, han desaparecido. La historia pesa, pero lo hace a partir de opciones ideológicas y proyectos sociales determinados. Una vez más, son los hombres los que hacen la historia, si bien la hacen a partir de condiciones dadas. Todo en la Revolución rusa es específicamente ruso y no podía ser de otra manera, pero, a su vez, todo lo ruso que formó su materia prima fue seleccionado, trabajado y reconfigurado a partir de un proyecto ideológico de una fuerza excepcional.

Esto mismo es, además, lo que permite que este régimen fuese luego reproducido en otras sociedades. De haber sido algo esencial o absolutamente ruso, su historia jamás hubiese pasado más allá de las fronteras rusas. Pero, como bien sabemos, esto no fue así: por doquier surgieron nuevos bolcheviques —que se denominaron marxistas-leninistas— que encontraron un material histórico específico al que le dieron una nueva forma a través del proyecto mesiánico común que los inspiraba. Surgió así un comunismo chino, vietnamita o cubano pero que no por ello dejaba de ser comunismo, es decir, el producto de un intento de realizar los ideales de Marx.

Este paso de la idea de la sociedad total de Marx a su realidad bajo Lenin, Stalin y otros líderes comunistas requirió siempre de un paso intermedio de importancia vital: la creación del partido totalitario, esa encarnación anticipada de la utopía de la sociedad total con su hombre-comunidad u hombre-partido ya realizado. Este fue el aporte decisivo de Lenin tanto al marxismo revolucionario como a la génesis del totalitarismo.^[302] Con ello se pudo materializar el «programa de Marx», es decir, aquella «realización de la filosofía» de que hablaba en sus obras juveniles o el intento de construir un mundo de acuerdo a la utopía de una sociedad donde el individuo se funde con el colectivo, donde nada lo separa del resto de la humanidad, donde, para decirlo con las palabras de *La cuestión judía*, desaparece «el dualismo entre vida individual y de la especie», así como «la separación y el extrañamiento del hombre frente al hombre» pasando éste a ser, finalmente, «un ser a nivel de la especie».^[303]

Para realizar este «hombre-especie» hubo que destruir, por la fuerza, toda sociedad civil y toda individualidad independiente, todo vínculo o ámbito que separase al hombre del colectivo. Este sacrificio del individuo en aras de la colectividad fue un sacrificio realizado voluntariamente por el militante revolucionario del partido leninista, que pasaba así a convertirse en un hombre-partido, aquel que vive por y para el partido. Esa fue la célula básica y el prototipo de la futura sociedad total: un ser humano que se autosegrega mentalmente del mundo circundante para existir en y mediante el partido. Se crea así, con las palabras certeras de Hannah Arendt, «un ser humano absolutamente aislado, aquel que, sin ningún otro vínculo social con la familia, los amigos, los compañeros e incluso conocidos, deriva su sentido de tener un lugar en el mundo solamente del hecho de pertenecer al movimiento, de su militancia en el partido».^[304] Esto es lo mismo que uno de los leninistas más brillantes, el filósofo húngaro Georg Lukács, afirmó a su manera ya en

1922 al decir que «la absorción incondicional de la personalidad total de cada miembro en la práctica del movimiento, es el único camino viable hacia la realización de la libertad auténtica».^[305] Estas son palabras dignas de ser pensadas un par de veces: la «libertad auténtica» es lisa y llanamente, tal como Marx lo había dicho en sus escritos de juventud, la negación del individuo como tal.

Ahora bien, para extender este ideal a toda la sociedad se requiere, independientemente del país de que se trate y de las condiciones imperantes, de una coacción nunca antes vista. Esto es lo que hace de la utopía misma de Marx la fuerza motriz y la esencia de los totalitarismos que se construirán invocando su nombre. En Rusia, tal como en cada lugar donde ello se ha intentado, los hombres fueron «totalizados» contra su voluntad, arrasando a sangre y fuego toda existencia más allá del colectivo definido y controlado por el partido-Estado. Se creó así aquello que Hannah Arendt define como la base misma del totalitarismo, una sociedad de individuos aislados y sin relaciones sociales normales, que se ven enfrentados a un poder que los envuelve y que les da la única vida social e identidad que se les permite tener.^[306]

La creación de una sociedad así fue iniciada por Lenin y consolidada por Stalin a través del terror generalizado y la destrucción final de toda vida económica, social y cultural independiente del partido-Estado. Su arma más eficaz y su efecto más profundo fue la creación de una desconfianza generalizada, un miedo universal que hace que cada individuo vea en toda relación social fuera de la esfera del partido-Estado un peligro para la propia supervivencia. Las purgas convirtieron en regla aquello que en inglés se llama *guilty by association*, la culpabilidad por el mero hecho de tener alguna relación con una persona a la que se le imputa un crimen. Llega así, como dice Arendt, a hacerse «obvio que la prudencia más elemental exige que dentro de lo posible se eviten todos los contactos íntimos».^[307] A partir de esto y «llevando este principio hasta sus extremos más asombrosos los gobernantes bolcheviques han logrado crear una sociedad atomizada e individualizada como nunca antes se había visto».^[308]

Este fue el resultado final de aquella cadena de desarrollo que lleva de las descripciones idílicas del comunismo hechas por Marx a la realidad terrible del estalinismo. La línea de esta evolución es fácilmente trazable y descansa sobre una lógica que, más allá de las circunstancias y los matices, está inscrita en la más central y poderosa de todas las ideas de Marx: la idea misma de la renovación radical del mundo y la creación de un hombre nuevo. Es por ello que me inclino a contestar afirmativamente a aquella pregunta que el gran filósofo polaco y estudioso del marxismo Leszek Kolakowski formulase hace ya unos cuarenta años en un célebre artículo titulado «Las raíces marxistas del estalinismo»: «¿Debe todo intento de realizar los valores básicos del socialismo marxista generar necesariamente un organismo político con características manifiestamente análogas al estalinista?».^[309] Así lo creo y, en todo caso, las experiencias realizadas hasta ahora han sido

aterradoramente concluyentes al respecto.

No debemos, sin embargo, olvidar que el ansia de superar las limitaciones y desgarramientos de nuestras vidas seguirá siempre presente. Es parte de nuestra condición humana, el complemento necesario de nuestra fragilidad y carencias. Necesitamos soñar con otro mundo y otro ser humano para poder ser y soportar lo que somos. Pero cuando el sueño nos desborda y creemos que el reino celestial puede ser realizado en este mundo, terminamos construyendo infiernos terrenales. Esa es, finalmente, la gran lección que nos dejó la Revolución rusa.

CRONOLOGÍA

Esta cronología se divide en tres partes. La primera resume algunos hitos importantes de la historia rusa antes del nacimiento de Lenin en 1870. La segunda parte es la más detallada y se refiere al período de vida de Lenin (1870-1924). En ella se dan las fechas usando el antiguo calendario ruso o juliano hasta el 1 de febrero de 1918, cuando dejó de usarse. Entre paréntesis se dan las fechas correspondientes al calendario occidental o gregoriano. La tercera parte resume los hechos posteriores a la muerte de Lenin en enero de 1924 llegando hasta el asesinato de Trotski en agosto de 1940.

1. Hitos de la historia rusa hasta el nacimiento de Lenin (1870)

1223-1240	Conquista de Rusia por los mongoles.
1325-1340	Reinado de Iván I en el Principado de Moscú. Reconocido como Gran Príncipe de Vladímir por los mongoles y como su agente frente a los demás príncipes rusos.
1462-1505	Reinado de Iván III (el Grande) que pone fin en 1480 a la dominación mongola y triplica el territorio de Moscovia.
1547-1584	Reinado de Iván IV (el Terrible), primer zar de Rusia. Gran expansión territorial.
1649	Se dictan las Nuevas Leyes que consolidan la servidumbre del campesinado y la estratificación social rusa.
1682-1725	Reinado de Pedro I (el Grande). Intento de modernizar Rusia. Funda San Petersburgo en 1703 y traslada allí la capital desde Moscú.
1853-1856	Rusia es derrotada en la guerra de Crimea por las fuerzas franco-británicas.
1861	Emancipación de los siervos. Parte central del intento de modernizar Rusia del zar Alejandro II que siguió a la derrota en Crimea.
1863	Nikolái Chernyshevski publica su novela <i>¿Qué hacer?</i> , inspiración vital del futuro Lenin.
1869	Iliá Nikoláyevich Uliánov, padre de Lenin, es nombrado inspector de las escuelas públicas de la Provincia de Simbirsk, a orillas del Volga.

2. Vida de Vladímir Ilich Uliánov (Lenin)

1870	
Abril 10	Vladímir Ilich Uliánov nace en Simbirsk.

(22)	
1872	Se publica en ruso el primer tomo de <i>El capital</i> de Marx.
1876	Se funda Tierra y Libertad, organización populista y modelo organizativo del partido bolchevique de Lenin.
1879	División de Tierra y Libertad en la Voluntad del Pueblo y el Reparto Negro.
1881 Marzo 1 (13)	Asesinato del zar Alejandro II por un miembro de la organización populista-terrorista Voluntad del Pueblo.
1882	Al alcanzar el rango de consejero de Estado el padre de Vladímir accede a la nobleza hereditaria.
1883 Septiembre	Gueorgui Plejánov funda en Suiza la primera organización marxista rusa denominada Emancipación del Trabajo.
1886 Enero 12	Fallece el padre de Vladímir.
(24)	
1886 Nov. 29 (Dic. 11)	Vladímir es reconocido como noble hereditario.
1887 Mayo 8 (20)	Alexánder, hermano mayor de Vladímir, es ahorcado por su intento fallido de asesinar al zar Alejandro III.
1887 Verano	Vladímir lee el <i>¿Qué hacer?</i> de Chernyshevski y otros libros de inspiración populista de la biblioteca de su hermano.
1887 Agosto	Ingresa a la Universidad Imperial de Kazán donde pronto se une a los grupos revolucionarios.
1887 Diciembre 6 (18)	Es detenido por la policía, expulsado de la universidad y relegado por cerca de diez meses en la finca familiar de Kokúshkino.
1888-1891	Estudia leyes a distancia en la Universidad de San Petersburgo, profundiza sus lecturas revolucionarias y se acerca al marxismo.
1892-1903	El ministro de Finanzas, Serguéi Witte, lanza importantes medidas industrializadoras y de desarrollo infraestructural.
1892	Vladímir obtiene la licencia para ejercer la abogacía.
1893	Se traslada a San Petersburgo, donde se une a los círculos socialdemócratas y conoce a su futura esposa, Nadezhda Krúpskaya.
1894	Primera publicación de Lenin: <i>Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas.</i>
1895 Mayo-septiembre	Viaja al extranjero a fin de conocer a Plejánov y a otros revolucionarios rusos exiliados en Suiza. Encuentra a una serie de líderes marxistas alemanes y franceses.
1895	

Diciembre será condenado a tres años de deportación.

9 (21)

1897
Mayo Llega a la aldea siberiana de Shúshenskoye donde se casa con N. Krúpskaya en julio de 1898. Allí residirá hasta febrero de 1900.

1898
Marzo Congreso fundacional del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia celebrado en Minsk.

1900
Febrero Fin del exilio siberiano de Lenin.

1900
Julio Deja Rusia y se radica en Múnich para iniciar la edición de su periódico revolucionario *Iskra*.

1900
Agosto 11-15 (24-28) Debacle personal de Lenin en su reunión en Ginebra con Plejánov, Zasúlich y Axelrod.

1900
Diciembre Aparece el primer número de *Iskra*.
11 (24)

1902
Marzo Publica el *¿Qué hacer?* bajo el seudónimo de Lenin.

1903
Julio-Agosto Segundo Congreso del Partido Socialdemócrata de Rusia en Bruselas y Londres. Lenin divide al partido y encabeza la fracción bolchevique.

1904 Lenin, con un gran aporte de su mujer, consolida su partido de revolucionarios profesionales.

1905
Enero 9 (22) El Domingo Sangriento en San Petersburgo da inicio a la Revolución de 1905. En noviembre Lenin regresa a Rusia. Los bolcheviques pasan de unos 3.250 militantes en 1904 a 46.000 en 1907.

1907-1911 Lenin deja Rusia en enero de 1907 pasando a Finlandia. En 1908 se radica primero en Ginebra y luego en París.

1912
Enero En la Conferencia de Praga los bolcheviques se declaran partido independiente.

1912-1914 Lenin se traslada a Cracovia y luego a Poronin, cerca de la frontera con Rusia. En abril de 1912 aparece en Rusia el primer número de *Pravda*.

1914
Julio 18 (Agosto 1) Alemania declara la guerra a Rusia.

1914-1917 La Primera Guerra Mundial fuerza a Lenin a radicarse a Suiza, donde reside hasta marzo de 1917.

1917
Febrero 23 (Marzo 8) Estalla la Revolución de 1917.

1917
Marzo 2 Abdicación del zar Nicolás II y formación de un Gobierno Provisional.

(15)	
1917	
Abril 3	Con ayuda del gobierno alemán Lenin llega a Petrogrado.
(16)	
1917	
Abril 4	Lenin insta a los bolcheviques a orientar su lucha hacia la toma revolucionaria del poder.
(17)	
1917	La militancia bolchevique pasa de unos 5.000 miembros a comienzos de 1917 a unos 200.000 a fines de julio. Ese mes fracasa un intento insurreccional. Lenin se refugia en Finlandia donde escribe en agosto-septiembre <i>El Estado y la revolución</i> .
Abril-Julio	
1917	El fracaso del golpe militar del general Kornílov reivindica a los bolcheviques y fuerza al gobierno de Kerenski a tolerarlos.
Agosto	
1917	Los bolcheviques ganan la mayoría en los soviets de Petrogrado (Trotski es elegido presidente) y Moscú. Desde Finlandia Lenin llama al partido a tomar sin demora el poder.
Septiembre	
1917	Reunión de la dirección bolchevique presidida por Lenin que decide «poner a la orden del día la insurrección armada».
Octubre 10-11 (23-24)	
1917	Golpe de Estado bolchevique. El II Congreso de los Soviets lo legitima y nombra un Consejo de Comisarios del Pueblo presidido por Lenin.
Oct. 24-25 (Nov. 6-7)	
1917	Los bolcheviques reinstauran la censura.
Octubre 27 (Nov. 9)	
1917	Se crea una policía secreta (la Cheka) con poderes prácticamente ilimitados.
Diciembre 7 (20)	
1918	Los bolcheviques disuelven la recién convocada Asamblea Constituyente.
Enero 6 (19)	
1918	Se firma el tratado de paz con Alemania. Lenin tiene las manos libres para aplastar la resistencia a la revolución comunista.
Marzo 3	
1918	Lenin publica <i>Las tareas inmediatas del Poder Soviético</i> en que proclama la dictadura y la guerra civil.
Abril 28	
1918	Los bolcheviques asesinan a la familia imperial.
Julio 17	
1918	Lenin ordena el ahorcamiento masivo y público de campesinos acomodados en Penza.
Agosto 11	
1918	Atentado contra Lenin, que resulta seriamente herido. La militante socialista revolucionaria Fanny Kaplán será ejecutada por este hecho.
Agosto 30	
1918-1922	Guerra civil en vastos territorios del ex Imperio ruso.

Agosto 30 socialista revolucionaria Fanny Kaplán será ejecutada por este hecho.

1918-1922 Guerra civil en vastos territorios del ex Imperio ruso.

1919
Marzo 2-6 Se funda la Internacional Comunista en Moscú.

1920-21
Invierno Hambruna generalizada en las ciudades por la resistencia de los campesinos a las requisas y el terror rojo.

1921
Marzo Se aplasta el levantamiento de los marineros de Kronstadt contra los bolcheviques y se lanza la Nueva Política Económica (NEP), que busca apaciguar a los campesinos.

1922
Abril 3 Stalin es nombrado secretario general del Partido Comunista de Rusia.

1922
Mayo 26 Lenin sufre su primer infarto cerebral que por un tiempo lo deja parcialmente paralizado y le impide retomar sus tareas de gobierno hasta comienzos de octubre.

1922
Noviembre Realiza su última comparecencia pública.
20

1922
Diciembre Sufre un segundo ataque cerebral y queda postrado en silla de ruedas.
15

1922
Diciembre Entre esa fecha y el 4 de enero de 1923 Lenin dicta una serie de notas que se conocen como su *Testamento*.
23

1923
Marzo 9 Sufre un tercer ataque cerebral y pierde el habla.

1924
Enero 21 Lenin fallece a los 53 años de edad.

3. Cronología desde la muerte de Lenin hasta la de Trotski (1940)

1924-1927 Las luchas por el poder dentro del Partido Comunista se resuelven a favor de Stalin. Trotski, Zinóviev y Kámenev son expulsados del partido a fines de 1927.

1928 Se aprueba el Primer Plan Quinquenal (1929-33).

1929
Marzo Decisión de acelerar el cumplimiento del Plan Quinquenal que da paso a la así llamada «industrialización forzada».

1929N
Noviembre Se inician la colectivización total de la agricultura y las acciones militares contra los campesinos.

1930
Abril 25 Creación oficial del sistema de campos de trabajo y exterminio llamado primero ULAG y luego GULAG.

1931-1933 Acciones militares en gran escala contra los campesinos acompañadas por grandes hambrunas y deportaciones dejan cinco a seis millones de

1934 Diciembre 1	El jefe del Partido Comunista en Leningrado, Serguéi Kírov, es asesinado.
1936-38	La Gran Purga. Serie de procesos amañados que devastan a la vieja guardia bolchevique, el ejército, los intelectuales, la iglesia y las direcciones de muchos partidos comunistas aliados. Dos millones de muertos es el balance de la represión de esos años.
1939 Agosto 23	Se firma el pacto germano-soviético (Mólotov-Ribbentrop) que abre las puertas a la Segunda Guerra Mundial.
1939 Septiembre 1	Hitler invade Polonia y la Unión Soviética, de acuerdo con las disposiciones secretas del pacto, inicia la invasión del resto de Polonia el 17 de septiembre.
1940 Agosto 21	El comunista catalán Ramón Mercader ejecuta la orden de Stalin de matar a Trotski en su casa de Coyoacán, México.

BIBLIOGRAFÍA

- exiévích, Svetlana (2015a), *El fin del «Homo sovieticus»*, Acantilado, Barcelona.
- exiévích, Svetlana (2015b), *Nobel Lecture*, Stockholm, <http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2015/alexievich-lecture_en.html>;
- nis, Martin (2003), *Koba the Dread: Laughter and the Twenty Million*, Vintage, New York. En español: *Koba el Temible: La risa y los Veinte Millones*, Anagrama, Barcelona, 2004.
- nderson, Perry (1977), *Lineages of the Absolutist State*, NLB, Norfolk. En español: *El Estado Absolutista*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2007.
- ísimov, Evgenii (1993), *The Reforms of Peter the Great: Progress through Coercion in Russia*, M. E. Sharpe, Armonk, New York.
- rweiler, Oskar (1975), *Los soviets en Rusia*, Editorial Zero, Bilbao.
- oplebaum, Anne (2003), *Gulag: A History*, The Penguin Press, London. En español: *Gulag: Historia de los campos de concentración soviéticos*, Debate, Madrid, 2004.
- endt, Hannah (1951), *The Origins of Totalitarianism*, Harcourt, Brace and Company, New York. En español: *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid, 1998.
- ettelheim, Charles (1976), *Las luchas de clases en la URSS. Primer período (1917-1923)*, Siglo XXI Editores, España.
- ettelheim, Charles (1978), *Las luchas de clases en la URSS. Segundo período (1923-1930)*, Siglo XXI Editores, España.
- ackman, Roman (2001), *The Secret File of Joseph Stalin: A Hidden Life*, Routledge, London.
- inton, Maurice (1972), *Los bolcheviques y el control obrero 1917-1921*, Editorial Ruedo Ibérico, España.
- oué, Pierre (2008), *Comunistas contra Stalin: Muerte de una generación*, Editorial Sepha, Málaga.
- ijarin, Nikolái (1937), «Carta a Stalin del 10 de diciembre de 1937», en *El Mundo* del 5 de marzo de 2003.
- ijarin, Nikolái (1938), *Última declaración en los procesos de Moscú*, en MIA (2016).
- ikharin, Nikolai (1967), *The Path to Socialism in Russia*, Omicron Books, New York.
- irrière d'Encausse, Hélène (1999), *Lenin*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires.
- iernyshevski, Nikolái (1989), *What Is to Be Done?*, Cornell University Press, New York.
- omité Central del P. C. (B) de la URSS (1939), *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS*, en MIA (2016).
- onquest, Robert (1968), *The Great Terror*, Macmillan, London. En español: *El gran terror*, Caralt, Barcelona, 1974.
- onquest, Robert (1986), *The Harvest of Sorrow*, University of Alberta Press, Alberta.
- onquest, Robert (1990), *The Great Terror: A Reassessment*, Hutchinson, London.
- rvies, R. W. y Stephen G. Wheatcroft (2009), *The Industrialization of Soviet Russia (Vol. 5). The Years of Hunger: Soviet Agriculture 1931-1933*, Palgrave Macmillan, New York.
- utscher, Isaac (1972), *Trotsky – Den avväpnade profeten*, R. Coeckelberghs, Stockholm. En español: *Trotsky, el profeta desarmado*, LOM Ediciones, Santiago, 2015.
- utscher, Isaac (1973), *Stalin*, R. Coeckelberghs, Stockholm. En español: *Stalin: Biografía política*, Ediciones Era, México, 1965.
- utscher, Isaac (1973a), *La revolución inconclusa*, Ediciones Era, México.
- utscher, Isaac (2007), *Trotsky, el profeta armado*, LOM Ediciones, Santiago.
- itschke, Rudi (1976), *Lenin: Tentativas de poner a Lenin sobre los pies*, Icaria, Barcelona.
- leinstein, Jean (1975), *Histoire du Phénomène Stalinién*, Grasset, Paris.
- ges, Orlando (2014), *La Revolución rusa (1891-1921): La tragedia de un pueblo*, Edhasa, Barcelona.
- tzpatrick, Sheila (1979), «Stalin and the Making of a New Elite», *Slavic Review*, n.º 38.

tzpatrick, Sheila (1994), *The Russian Revolution*, Routledge, London.

ank, Joseph (1967), «N. G. Chernychevsky: A Russian Utopia», *The Southern Review*, n.º 1.

erschenkron, Alexander (1962), *Economic Backwardness in Historical Perspective*, The Belknap Press, Cambridge, Massachusetts. En español: *El atraso económico en perspectiva histórica*, Ariel, Barcelona, 1968.

erschenkron, Alexander (1968), *Continuity in History and other Essays*, The Belknap Press, Cambridge, Massachusetts.

erschenkron, Alexander (1971), «Soviet Marxism and Absolutism», *Slavic Review*, n.º 30:4.

etty, Arch T. y Oleg V. Naumov (red.) (1999), *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, Yale University Press, New Haven.

eamson, Abbott (ed.) (2014), *A Companion to Russian History*, Blackwell Publishing, Oxford.

ramsci, Antonio (1975), *Quaderni del carcere: Note sul Machiavelli*, Editori Riuniti, Roma. En español: *Cuadernos de la cárcel 1: Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Juan Pablos Editor, México, 1975.

erlin, Daniel (1977), *Ni Dios ni amo: Antología del anarquismo*, volumen II, Campo Abierto Ediciones, Madrid.

evera, Ernesto (1974), *Obra revolucionaria*, Ediciones Era, México.

ellie, Richard (2014), «Slavery and Serfdom in Russia», en Gleason (2014)

up, Georges y Jaen-Jacques Marie (1972), *Los bolcheviques*, Ediciones Era, México.

estler, Arthur (1940), *Darkness at Noon*, Mcmillan, London. En español: *El cero y el infinito*, Debolsillo, Madrid, 2011.

estler, Arthur (2000), *La escritura invisible*, Debate, Madrid.

estler, Arthur (red.) (2001), *The God that failed*, Columbia University Press, New York.

lakowski, Leszek (1983), «Las raíces marxistas del estalinismo», *Estudios Públicos*, n.º 11.

me, David (1969), *The Roots of Russian Communism*, Van Gorcum & Comp., Assen.

enin CW IV (1964), *Lenin Collected Works*, Vol. IV, Progress Publishers, Moscow.

enin CW V (1961), *Lenin Collected Works*, Vol. V, Progress Publishers, Moscow.

enin CW XXIII (1964), *Lenin Collected Works*, Vol. XXIII, Progress Publishers, Moscow.

enin CW XXVI (1972), *Lenin Collected Works*, Vol. XXVI, Progress Publishers, Moscow.

enin CW XXXIII (1965), *Lenin Collected Works*, Vol. XXXIII, Progress Publishers, Moscow.

enin, Vladímir, OE I (1961), *Obras escogidas en tres tomos*, tomo I, Editorial Progreso, Moscú.

enin, Vladímir, OE II (1960), *Obras escogidas en tres tomos*, tomo II, Editorial Progreso, Moscú.

enin, Vladímir, OE III (1961), *Obras escogidas en tres tomos*, tomo III, Editorial Progreso, Moscú.

enin, Vladímir (1977), *¿Qué hacer? – Teoría y práctica del bolchevismo*, Ediciones Era, México.

h, Lars T. (2011), *Lenin*, Reaktion Books, London.

ikács, Georg (1969), *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México.

alia, Martin (1961), «What Is the Intelligentsia?», en Pipes (1961).

arías, Julián (2005), *España inteligible: Razón histórica de las Españas*, Alianza Editorial, Madrid.

arker, Gary (2014), «The Westernization of the Elite, 1725-1800», en Gleason (2014).

arx, Karl (1969), *Secret Diplomatic History of the Eighteenth Century*, Lawrence & Wishart, London.

arx, Karl (1975), *El capital, Tomo I*, Siglo XXI Editores, México.

arx, Karl (1976), *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Borrador) 1857-1858*, Siglo XXI Editores, España.

arx, Karl y Friedrich Engels I (1955), *Obras escogidas en dos tomos*, tomo I, Editorial Progreso, Moscú.

arx, Karl y Friedrich Engels II (1955), *Obras escogidas en dos tomos*, tomo II, Editorial Progreso, Moscú.

arx, Karl y Friedrich Engels (1970), *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona.

arx, Karl y Friedrich Engels III (1975), *Obras escogidas en tres tomos*, tomo III, Editorial Progreso, Moscú.

ECW II (1975), *Marx/Engels Collected Works*, Vol. II, Progress Publishers, Moscow.

edvedev, Roy (1979), *On Stalin and Stalinism*, Oxford University Press, Oxford.

EGA I:2 (1982), *Marx/Engels Gesamtausgabe*, Band I:2, Dietz Verlag, Berlin.

EW III (1962), *Marx/Engels Werke*, Band III, Dietz Verlag, Berlin.

IA (2016), *Marxist Internet Archive*, <www.marxists.org>.

IA/LIA (2016), *Marxist Internet Archive, Lenin Internet Archive, Collected Works*, <<https://www.marxists.org/archive/lenin/works/cw/index.htm>>.

IA/MBRA (2016), *Marxist Internet Archive, Mikhail Bakunin Reference Archive*, <<https://www.marxists.org/reference/archive/bakunin/index.htm>>.

IA/MEA (2016), *Marxist Internet Archive, Marx Engels Archive*, <<https://www.marxists.org/archive/marx/index.htm>>. Por restricciones de derecho de autor las obras en inglés, *Collected Works*, dejaron de estar disponibles desde el 30 de abril de 2014.

IA/TIA (2016), *Marxist Internet Archive, Trotsky Internet Archive*, <<https://www.marxists.org/archive/trotsky/index.htm>>.

ontefiore, Simon Sebag (2004), *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Phoenix, London. En español: *La corte del zar rojo*, Crítica, Barcelona, 2008.

ontefiore, Simon Sebag (2010), *Llamadme Stalin: La historia secreta de un revolucionario*, Crítica, Barcelona.

orson, Gary S. (2014), «The Intelligentsia and Its Critics», en Gleason (2014).

rcháyev, Serguéi (2016), *Catecismo del revolucionario*, Anarcófago, <<http://archive.is/20121127170011/anarcofago.blogspot.com/2005/11/catecismo-del-revolucionario-sergei.html#selection-1917.3-1917.255>>.

ME 5 (1978), *Obras de Marx y Engels*, volumen 5, Grijalbo, Barcelona.

ME 6 (1978), *Obras de Marx y Engels*, volumen 6, Grijalbo, Barcelona.

strowski, Donald (2014), «The Mongols and Rus’: Eighth Paradigms», en Gleason (2014).

wen, Thomas C. (2014), «Industrialization and Capitalism», en Gleason (2014).

pes, Richard (ed.) (1961), *The Russian Intelligentsia*, Columbia University Press, New York.

pes, Richard (1990), *The Russian Revolution 1899-1919*, Collins Harvill, London. En español: *La Revolución rusa*, Debate, Barcelona, 2016.

pes, Richard (1994), *Russia under the Bolshevik Regime 1919-1924*, Harvill, London.

pes, Richard (1996), *The Unknown Lenin: From the Secret Archive*, Yale University Press, New Haven.

rad, Christopher (2005), *Lenin: A Revolutionary Life*, Routledge, London.

hapiro, Leonard (1970), *The Communist Party of the Soviet Union*, Eyre & Spottiswood, London.

hidlowsky, David (2008), *Neruda y su tiempo: Las furias y las penas, Volumen 2: 1950-1973*, RIL editores, Santiago.

hlögel, Karl (2011), *Terror och dröm: Moskva år 1937*, Natur & Kultur, Stockholm. En español: *Terror y utopía: Moscú en 1937*, Acantilado, Barcelona, 2014.

rvice, Robert (2001), *Lenin: A Biography*, Papermac, London. En español: *Lenin: Una biografía*, Siglo XXI de España, Madrid, 2010.

rvice, Robert (2010), *Trotsky: Una biografía*, Ediciones B, Barcelona.

ocopol, Theda (1984), *Los Estados y las revoluciones sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.

alin, Iosif (1950), *Leninismens problem*, Förlaget på främmande språk, Moskva. En español: *Obras escogidas*, Nentori, Tirana, 1979.

otski, Lev (1903), *Report of the Siberian Delegation*, en MIA/ TIA (2016).

otski, Lev (1904), *Our Political Tasks*, en MIA/TIA (2016).

otski, León (1930), *Mi vida*, en MIA/TIA (2016).

otski, Lev (1971), *Il giovane Lenin*, Oscar Mondatori, Verona. En español: *El joven Lenin*, FCE, México, 1972.

otski, León (1998), *Historia de la Revolución Rusa*, en MIA/ TIA (2016).

icker, Robert (red.) (1977), *Stalinism*, Norton & Company, New York.

rguéniev, Iván (2014), *Padres e hijos*, Lectorum, México.

- dentínov, Nikolay (1968), *Encounters with Lenin*, Oxford University Press, Oxford. Las páginas citadas corresponden a la versión publicada en *Lenin: Anatomy of a Revolutionary*.
- ltin, Jan (2008), *La noche quedó atrás*, Seix Barral, Barcelona.
- nturi, Franco (1960), *Roots of Revolution*, Knopf, New York.
- ola, Lynne (1996), *Peasants Rebels under Stalin: Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, Oxford University Press, New York.
- lin (1977a), *La Revolución desconocida*, volumen I, Campo Abierto Ediciones, Madrid.
- lin (1977b), *La Revolución desconocida*, volumen II, Campo Abierto Ediciones, Madrid.
- lkogónov, Dmitri (1994), *Lenin: A New Biography*, The Free Press, New York. En español existe otra obra del autor: *El verdadero Lenin*, Anaya, Madrid, 1996.
- slensky, Michael (1980), *La nomenklatura: Les privilégiés en U.R.S.S.*, Pierre Belfond, Paris. En español: *La nomenklatura: Los privilegiados en la URSS*, Argos-Vergara, Barcelona, 1981.
- alter, Gerard (1974), *Lenin*, Grijalbo, Barcelona.
- alicki, Andrzej (1973), *Marxisti e populisti: Il dibattito sul capitalismo*, Jaca Book, Milano. En español: *Populismo y marxismo en Rusia: Controversia sobre el capitalismo*, Estela, Barcelona, 1971.
- eeks, Albert L. (1968): *The First Bolshevik: A Political Biography of Peter Tkachev*, New York University Press, New York.
- eyl, Nathaniel (1979), *Karl Marx: Racist*, Arlington House, New Rochelle. En español: *Karl Marx: Racista*, Lasser Press Mexicana, México, 1979.
- ilson, Edmund (1940), *Hacia la estación de Finlandia*, Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- ittfogel, Karl (1957) *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power*, Yale University Press, New Haven. En español: *Despotismo oriental: Estudio comparativo del poder totalitario*, Guadarrama, Madrid, 1966.
- rmolinsky, Avrahm (1956), *Road to Revolution*, Princeton University Press, Princeton.



MAURICIO JOSÉ ROJAS MULLOR (Santiago de Chile, 28 de junio de 1950) es un político, historiador económico y escritor chileno-sueco de origen chileno. Fue parlamentario por el Partido Popular Liberal de Suecia (2002-2008), cuando dejó el puesto para hacerse cargo de la dirección de la Escuela de Profesionales de Inmigración y Cooperación (EPIC), organismo dependiente de la Comunidad de Madrid que dirigió hasta septiembre de 2012. En 2014 pasó a ser *Senior Fellow* de la Fundación para el Progreso de Chile y miembro del directorio de la Fundación Internacional para la Libertad presidida por Mario Vargas Llosa. En 2016 asumió la dirección de la cátedra Adam Smith de la Universidad del Desarrollo de Chile.

Miembro activo en su juventud del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), tuvo que abandonar Chile en octubre de 1973 a raíz del golpe militar de septiembre de ese año que, encabezado por el general Augusto Pinochet, derrocó al gobierno del socialista Salvador Allende. En enero de 1974 se exilió en Suecia, país en el que rompió con el marxismo de su juventud y evolucionó hacia el liberalismo.

Dejó testimonio de esta evolución en su tesis doctoral *Renovatio Mundi*, defendida en Lund en 1986, en la cual analiza los orígenes y problemas del marxismo. Rojas recibió un Ph. D. en historia económica de la universidad de esa ciudad (1986) y el título de *docent* (profesor adjunto) de la misma casa de estudios en 1995, donde fue profesor los años 1981 y 1999.

Ha escrito una veintena de libros publicados en diversos idiomas en los campos de la historia económica comparativa, la inmigración y acerca del modelo sueco y su

Estado del bienestar. También ha escrito sobre temas de filosofía política, particularmente en referencia al pensamiento político marxista y al liberalismo. Entre los años 1999 y 2004 trabajó como vicedirector y director de Timbro, un *think tank* liberal de Estocolmo.

Entre sus obras, cabe citar: *Diario de un reencuentro. Chile treinta años después* (2007); *Reinventar el Estado del bienestar. La experiencia de Suecia*, con prólogo de José María Aznar (2008); *Pasión por la libertad. El liberalismo integral de Mario Vargas Llosa* (2011); *Madrid, ciudad para compartir. El modelo Madrid de integración de los inmigrantes* (2012); *Argentina. Breve historia de un largo fracaso* (2012); *Suecia, el otro modelo* (2014); *La libertad y sus enemigos* (2016); *La historia se escribe hacia adelante* (2016); *Lenin y el totalitarismo* (2017).

Notas

[1] Lih (2011: 17). <<

[2] Marx y Engels (1970: 82) y MEW III (1962: 70). Los énfasis en la cita son de Marx. Cuando ha sido pertinente, las citas de Marx han sido revisadas consultando alguna de las ediciones de las Obras Completas en alemán (MEW o MEGA). En este caso, se indica primero la fuente en español y luego en alemán. <<

[3] La expresión ser-especie y el planteamiento más radical acerca de la disolución absoluta del individuo en el colectivo se encuentran en *La cuestión judía* (1843). Allí, Marx proclama incluso la necesidad de abolir los derechos del hombre en cuanto estos lo estarían separando del colectivo, al cual debe pertenecer sin ninguna barrera o limitación. Véase en particular OME 5 (1978: 195-197) y MEGA I:2 (1982: 157-159). La expresión «individuo total» proviene de *La ideología alemana*. Marx y Engels (1970: 80) y MEW III (1962: 68). <<

[4] Si la pregunta central de la presente investigación hubiese sido, como la que guía la gran obra de Orlando Figes (2014) sobre la Revolución rusa, por qué fracasa la creación de un Estado moderno y democrático en Rusia, entonces habría sido pertinente haber profundizado mucho más en la historia de ese país. Sin duda que esa historia, con sus «siglos de servidumbre y dominio autocrático» (Figes, 2014: 880), nos da todos los elementos para entender tanto las enormes dificultades que una tarea semejante planteaba como el surgimiento de las tendencias autoritarias que finalmente se impusieron. Ello, sin embargo, poco puede decir acerca de la creación y forma del sistema soviético impuesto por los bolcheviques. <<

[5] Marx (1969: 113 y 115). Es interesante señalar que estos textos, considerados como profundamente antirrusos, nunca fueron incluidos en las ediciones de las obras completas de Marx y Engels (MEW y MEGA) editadas en la República Democrática Alemana. Sobre el largo debate acerca del impacto de la dominación tártara véase *The Mongols and Rus': Eight Paradigms* de Donald Ostrowski (2014). <<

[6] Pipes (1990: 54). <<

[7] El tema ha sido ampliamente debatido. La tesis de la adopción de la obschina durante el período mongol fue defendida por P. B. Struve, un notable contemporáneo de Lenin. Lo que en todo caso parece ser cierto es que las fuentes históricas no hacen referencia a la obschina en el período anterior a la invasión tártara. Véase al respecto la obra de Alexánder Gerschenkron (1968: 440-441). <<

[8] Marx (1969: 121). <<

[9] Gerschenkron (1968: 415). <<

[10] Gerschenkron (1971: 865). <<

[11] Las nuevas leyes (Sobórnoye ulozhénie) de 1649 finalizan el largo proceso de establecimiento de la servidumbre iniciado en el siglo XV. En ese momento se estratifica plenamente la sociedad rusa y sus habitantes son ligados ya sea a la tierra o a los pueblos donde viven, de manera tal que no pueden abandonarlos sin permisos especiales. Una panorámica sobre el tema de la servidumbre y la esclavitud en Rusia se encuentra en Slavery and Serfdom in Russia de Richard Hellie (2014). <<

[12] Los datos aquí reproducidos provienen de Anderson (1977). El tema campesino y la pesada herencia de la servidumbre y la comunidad rural rusa están extensamente tratados en Figes (2014: 120-139). <<

[13] La obra clásica sobre el despotismo oriental es *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power* de K. A. Wittfogel (1957). <<

[14] El tema está tratado en diversas obras de Marx, en particular en los llamados Grundrisse de 1857-1858. Véase el capítulo titulado «Formas que preceden a la producción capitalista» en Marx (1976). <<

[15] «Acerca de la cuestión social en Rusia» (1875). En Marx y Engels II (1955: 50).

<<

[16] Pipes (1990), capítulo 3: Rural Russia. Pipes vuelve sobre el tema en una obra posterior diciendo: «El problema con los campesinos rusos no era la opresión sino el aislamiento». En: Pipes (1994: 493). <<

[17] Esta expresión se encuentra, con un sentido algo diverso, en Pipes (1994: 493). También Figs (2014: 138) habla del «anarquismo instintivo del campesino». <<

[18] Figes (2014: 138). <<

[19] Pipes (1990: 116). <<

[20] Véase en particular «Russia: Patterns and Problems of Economic Development 1861-1958», en Gerschenkron (1962). <<

[21] «Progreso a través de la coerción» es parte del subtítulo de la conocida obra de Evgeni V. Anísimov (1993) sobre Pedro el Grande. En la edición de 2015 pasó a ser «Progreso a través de la violencia». <<

[22] Gerschenkron habla incluso, siguiendo la terminología de W. W. Rostow, de un take-off o despegue industrial en Rusia a fines del siglo XIX. <<

[23] Thomas C. Owen (2014) brinda una excelente introducción a este tema. <<

[24] Esta célebre frase proviene de El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte (1852).
En Marx y Engels I (1955: 230). <<

[25] Es decir, marcado por la búsqueda de un futuro que guía la acción humana y forma por ello el presente. Para una magnífica aplicación de estas categorías véase Marías (2005). Partiendo de esta forma humana de ver la historia se podría decir, usando palabras inspiradas en José Ortega y Gasset, que la historia es la lucha, bajo circunstancias dadas, entre diversos proyectos sugestivos de vida en común. La alusión a Ortega está en Marías (2005: 94). <<

[26] Se trata, a menudo, de intentos que, para liberar a Marx y a su proyecto ideológico de toda responsabilidad por el surgimiento del sistema totalitario, deben deshumanizar la historia, oscureciendo lo que resulta, a mi juicio, más evidente: la importancia decisiva del impulso mesiánico, hijo de la gran utopía de Marx y su idea de la sociedad total. Para un intento de «exculpación» de Marx poniendo el acento decisivo en las condiciones históricas de Rusia véase el libro de Rudi Dutschke, Lenin. Tentativas de poner a Lenin sobre los pies (1976). Algo similar encontramos en la obra de Jean Elleinstein (1975) sobre el estalinismo. <<

[27] Para una útil reseña de este debate véase Morson (2014). También es interesante la introducción de Michael R. Katz y William G. Wagner al ¿Qué hacer? de Nikolái Chernyshevski editado en inglés (1989). Los ensayos reunidos en Pipes (1961) permiten profundizar en el tema. También es de gran interés el panorama que Orlando Figes da sobre el desarrollo y características de la intelligentsia rusa (2014: 161-178). <<

[28] Malia (1961: 4). <<

[29] El término fue ampliamente difundido por la novela de Iván Turguéniev *Padres e hijos* publicada en 1862, en la que su personaje central, Basárov («que tenía la audacia de no creer en nada»), lo explica así: «Nihilista es una persona que no se inclina ante ninguna autoridad, que no acepta ningún principio como un artículo de fe, por más que ese principio sea reverenciado». En: Turguéniev (2014: 28 y 89). <<

[30] Philip Pomper nos da la siguiente descripción en su biografía sobre el hermano mayor de Lenin: «Los hombres se dejaron crecer la barba y el cabello, llevaban amenazadores sombreros de ala ancha, generalmente negros, camisa roja y botas altas, y se echaban la capa sobre los hombros. Las mujeres se cortaban el pelo, se vestían con austeridad, también a veces de forma muy masculina, y llevaban, a imitación de los hombres, camisa roja y capa». Véase: Pomper (2010: 64). <<

[31] Citado en Pomper (2010: 59). <<

[32] Citado en Carrère d'Encausse (1999: 49). <<

[33] Tomado de la versión del Catecismo del revolucionario disponible en internet revisada comparando, entre otros, con Pomper (2010: 121). Por eso se escribe «condenado» es vez de «dedicado». Ver Necháyev (2016). Se le ha atribuido la coautoría del texto a Bakunin, pero ello parece altamente dudoso revisando otros textos de este célebre pensador anarquista, como, entre otros, sus cartas dirigidas al mismo Necháyev. <<

[34] Marx y Engels III (1974: 166). <<

[35] Walicki (1973: 26). <<

[36] Así lo ha llamado Franco Venturi en su estudio clásico del populismo ruso. Ver Venturi (1960: 821). <<

[37] Walicki (1973: 82). <<

[38] Walicki (1973: 95). <<

[39] Esta tendencia le da una continuidad revolucionaria a una orientación occidentalizante de la élite rusa iniciada en el siglo XVIII, a partir de las reformas modernizadoras de Pedro el Grande. Véase al respecto Marker (2014). <<

[40] Véanse las referencias a las obras de Lenin entre 1894 y 1914 acerca del modo asiático de producción y la aziatchina en Wittfogel (1957), capítulo IX. Posteriormente, sobre todo en la época estalinista, toda referencia al modo asiático de producción fue borrada del pensamiento marxista-leninista. <<

[41] Lenin es el más famoso y definitivo de los cerca de 160 seudónimos que según la biografía escrita por Robert Service (2001) usó Vladímir Ilich Uliánov. <<
Volodia se convierte en Lenin

[42] Todas las fechas que se ofrecen hasta 1918 son del calendario juliano, que en el siglo XIX tiene doce días de atraso respecto del gregoriano. Por ello, la fecha de nacimiento de Lenin es, de acuerdo a nuestro calendario, el 22 en vez del 10 de abril. En el siglo XX la diferencia aumenta a 13 días y por ello la «Revolución de Octubre», ocurrida el 25 de octubre según el calendario juliano, tendrá lugar el 7 de noviembre según nuestro calendario. <<

[43] El origen judío de Lenin por el lado de su abuelo materno, Alexánder Blank (nacido como Srul Moishevich Blank y convertido a la fe ortodoxa en 1820), fue cuidadosamente ocultado durante la época estalinista. <<

[44] Los documentos que demuestran la condición de noble de Lenin fueron un secreto de Estado en la Unión Soviética. Para la transcripción del documento del 29 de noviembre de 1886 que prueba la condición de noble hereditario de Lenin, véase Pipes (1996: 19). <<

[45] Carrère d'Encausse (1999: 17). <<

[46] Read (2005: 9). <<

[47] Citado en Pomper (2010: 232). <<

[48] Wilson (1972: 421). Sobre lo que Vladímir dijo en esa ocasión se ha discutido mucho. Durante el período estalinista se creó el mito, con ayuda del testimonio de la hermana menor de Vladímir, María, que por entonces apenas tenía ocho años, de que este habría repudiado el populismo terrorista diciendo: «No, nosotros no iremos por el mismo camino». Lo único que esto muestra es cómo se intenta construir el mito del líder infalible. Trotski explica muy bien todo esto en *El joven Lenin* (1971: 157-159). Véase también Service (2001: 59-60). <<

[49] Morson (2014: 267). <<

[50] Figes (2014: 170). <<

[51] En la novela se lo define como una «persona superior», un «hombre extraordinario», un prodigio de autodisciplina ascética que comía carne cruda y dormía sobre una esterilla incrustada de clavos a fin de fortalecer su espíritu. <<

[52] Frank (1967: 68). <<

[53] Este culto se extendió posteriormente a muchas generaciones de comunistas soviéticos. En uno de sus libros más recientes, *El fin del «Homo sovieticus»*, Svetlana Alexiévich entrega el testimonio de un viejo comunista, militante desde 1922, que dice: «Mi novela preferida es el *¿Qué hacer?* de Chernyshevski... Ya no lo lee nadie. Ahora se aburren (...) Esa novela fue nuestra catequesis. Un manual para hacer la revolución. Memorizábamos páginas enteras». Y luego se pone a declamar el cuarto sueño de Ana Pávlovna, principal protagonista de la novela, con toda su carga utópica (2015a: 247). <<

[54] Valentínov (1968: 158 y 160). <<

[55] Lo cual no impide que obtenga, como alumno libre, su diploma universitario en derecho por la Universidad de San Petersburgo y la autorización, dada en 1892 por la Corte de Samara, para ejercer como abogado. <<

[56] De acuerdo a las investigaciones de Dmitri Volkogónov, en los archivos secretos de la Unión Soviética las así llamadas Obras completas distan mucho de serlo, ya que se habrían dejado de lado 3.724 documentos de Lenin y unos 3.000 más solo firmados por él. Véase: Volkogónov (1994: XXIX). <<

[57] Se dice que Zasúlich solía decir: «Gueorgui (Plejánov) es como un galgo: muerde la presa y la suelta. Lenin es como un bulldog: la muerde y ya no la suelta». Lenin, al oírla en una ocasión, habría quedado encantado y dicho medio riéndose: «¡Ja, ja, la muerdo y no la suelto!». Referido en Walter (1974: 147). <<

[58] Wilson (1972: 457-458). <<

[59] Existen diversas hipótesis sobre el origen de este célebre seudónimo. Una de las más sorprendentes la da Philip Pomper (2010: 256) quien lo deriva del término ruso 'len', es decir, pereza. <<

[60] Lenin contrajo matrimonio con Krúpskaya en Shúshenskoye de acuerdo al rito religioso ortodoxo. La madre de Krúpskaya, Elizabeta Vassilievna, los acompañaría fielmente hasta su muerte en 1915, organizando la vida doméstica de Lenin y su esposa, a menudo con la ayuda de una sirvienta. Otras mujeres que serán clave en la vida de Lenin, no menos para mantenerlo económicamente, serán su madre, María Alexándrovna, y sus hermanas, Ana y María. <<

[61] Lenin CW V (1961). El artículo «¿Por dónde empezar?» se encuentra en las páginas 13 a 24. En: MIA/LIA (2016: 5). <<

[62] MIA/LIA (2016: 6). <<

[63] Lenin OE I (1961: 116). <<

[64] El concepto de populismo usado por Lenin se refiere exclusivamente a las tendencias surgidas después de 1870, cuidándose siempre de no involucrar en su crítica a autores como Chernyshevski, cuya «herencia» reivindicó con orgullo. <<

[65] Estas expresiones vienen de ¿A qué herencia renunciamos?, obra escrita en Shúshenskoye ya a fines de 1897. Lenin OE I (1961: 92-95). El artel era una forma de asociación comunitaria de los artesanos. <<

[66] Lenin OE I (1961: 229). <<

[67] Tenía antecedentes ya en la década anterior, pero en 1876 fue refundada. Posteriormente se dividirá, dando origen a la Voluntad del Pueblo (también se traduce como Libertad del pueblo, Naródnaya Volia) y al Reparto Negro. <<

[68] Yarmolinski (1956: capítulo 11/2). <<

[69] Tomado de la edición de Juan R. Fajardo en MIA/MEA (2016). Revisado consultando la traducción en OME 5 (1978: 378) y el original en MEGA I:2 (1982: 389). <<

[70] De la siguiente descripción jocosa del joven Marx: «Oscura figura de Tréveris, una monstruosidad notable. No se desliza sino que da saltos, delirando en voz alta. Lleno de furia al firmamento alza sus brazos, como si quisiese alcanzar y a la tierra traer los espaciosos palacios celestiales. Con rabia incesante agita su puño maligno y predica de manera descontrolada como si diez mil demonios le tirasen del cabello». En: MECW II (1975: 336). <<

[71] Lenin CW IV (1964: 366-371). Cito las Obras Completas de Lenin en inglés ya que las Obras escogidas en español están tergiversadas en este punto altamente sensible. Se puede comprobar esto comparando lo arriba citado con Lenin OE I (1961: 116). <<

[72] Lenin CW V (1961), en pp. 2-3 de 9 en la edición en MIA/LIA (2016). <<

[73] Esto lo conocemos bien gracias al largo texto que Lenin escribe en septiembre de ese mismo año sobre todo este asunto y que pronto comentaremos en detalle. Lenin CW IV (1964: 331-349). <<

[74] Lenin ya se había encontrado una vez, en 1895, con Plejánov, Zasúlich y Axelrod, pero se trató de un encuentro intrascendente. <<

[75] Este texto fue publicado en 1924, después de la muerte de Lenin, y está incluido en el tomo IV de las Obras completas de Lenin en inglés. <<

[76] Todas las citas y referencias provienen del tomo cuarto de las Obras completas de Lenin en inglés. En: Lenin CW IV (1964: 331-349). <<

[77] *Ibíd.* La traducción ha sido realizada comparando con el texto reportado en Service (2001: 133-134). <<

[78] Walter (1974: 118-119). <<

[79] Service (2001: 133). Inessa Armand fue, desde 1910, la amante de Lenin, con la cual regresó a Rusia en 1917 junto con su esposa, Nadezhda Krúpskaya. Christopher Read comenta de esta manera la aparición de Armand: «Una vez más, Lenin parece estar copiando a Chernyshevski», refiriéndose a las intrigas amorosas de su célebre novela y a la conducta poco convencional de la «nueva gente» nihilista de los años 1860 (Read 2005: 103). En su libro sobre Lenin, Dmitri Volkogónov sugiere, basado en sus investigaciones en los archivos secretos soviéticos, que Lenin incluso habría tenido un hijo oculto con su amante. En: Volkogónov (1994: 35 y siguientes). <<

[80] Es en esta perspectiva que deben evaluarse las cálidas muestras de afecto que Lenin, tal como tantos otros líderes de su estirpe, podía manifestar hacia quienes lo rodeaban. Se trata de una dualidad desconcertante para aquel que no comprenda la dinámica psicológica y las prioridades que mueven la mente mesiánica del revolucionario. <<

[81] Lih (2011: 7). <<

[82] Lenin OE I (1961: 117). <<

[83] En el anuncio mismo de la publicación de Iskra se establecía que «antes de unificarse y para unificarse es necesario empezar por deslindar los campos de un modo resuelto y definido». En: Lenin OE I (1961: 135). <<

[84] Lenin OE I (1961: 123). <<

[85] *Ibíd.*: 136. <<

[86] *Ibíd.*: 137. <<

[87] *Ibíd.*: 138. <<

[88] Lo que es perfectamente coherente con las célebres palabras de Marx en La Sagrada Familia, de que lo importante no es «lo que este o aquel proletario o incluso el proletariado entero imagine momentáneamente que es su meta». OME 6 (1978: 36-37). Se trata del fundamento de la preeminencia de la teoría revolucionaria y de sus portadores —aquellos que saben, siguiendo con las palabras de Marx, «lo que el proletariado es y (...) lo que con arreglo a ese ser se verá forzado históricamente a hacer»— sobre el proletariado mismo. <<

[89] Lenin OE I (1961: 142). Traducción corregida comparando con la edición en MIA/LIA (2016). <<

[⁹⁰] OME 5 (1978: 223) y MEGA I:2 (1982: 182). Las cursivas son de Marx. El texto citado se titula *Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho* y fue publicado en 1844 en los *Anales Franco-Alemanes*. <<

[91] Weeks (1968). <<

[92] Citado en Carrère d'Encausse (1999: 84). <<

[93] Lenin OE I (1961: 262). <<

[94] *Ibíd.*: 149. <<

[95] *Ibíd.*: 218. La traducción ha sido revisada comparando con la edición de MIA/LIA (2016). Por ello se escribe «docena» en vez de «decena», como aparece en la edición en español. <<

[96] Estas palabras están tomadas de La sagrada familia, escrita por Marx y Engels en 1844. Véase: OME 6 (1978). <<

[97] Y así lo hizo, con un ensañamiento intelectual que incluso superaba al de Lenin y, además, mediante ataques personales de carácter racista ausentes en Lenin. Su caracterización de Ferdinand Lassalle como «ese negro judío» y el siguiente párrafo de una carta enviada a Engels en julio de 1852 sobre Lassalle deberían decir todo a este respecto: «está ahora claro que él, como lo comprueba la formación de su cráneo y su pelo, desciende de los negros de Egipto, asumiendo que su madre o abuela no se cruzaran con algún negro. Esa mezcla de judaísmo germano con negro debe producir un resultado peculiar. La impertinencia del tipo también es de negro». Quien quiera ver la referencia exacta y profundizar en el tema puede consultar Weyl (1979). <<

[98] Marx (1970: 50). <<

[99] Lenin OE I (1961: 148). <<

[100] Quien quiera conocer más de cerca el universo condenatorio estalinista puede consultar el capítulo XII: 4 de la Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS, de 1939. Ver Comité Central del P. C. (B) de la URSS (1939). Disponible en MIA (2016). <<

[101] Después de un interludio sobre las diferencias entre «política tradeunionista y política socialdemócrata» en que reitera su idea de que «la conciencia política de clase no se le puede aportar al obrero más que desde el exterior». Lenin OE I (1961: 183). <<

[102] *Ibíd.*: 206. <<

[103] *Ibíd.*: 231. <<

[104] *Ibíd.*: 235. Cita revisada consultando la edición en MIA/LIA (2016). <<

[105] *Ibíd.*: 211, 221 y 223. <<

[106] Valtin (2008: 583). <<

[107] Guevara (1974: 638). <<

[108] Koestler (2001: 99). <<

[109] Lenin OE I (1961: 228). <<

[110] *Ibíd.*: 221. <<

[111] *Ibíd.* Cita revisada consultando la edición en MIA/LIA (2016). <<

[112] Pipes (1994: 499). <<

[113] Deutscher (2007). <<

[114] El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia había sido fundado formalmente en 1898 por el primer Congreso del mismo que apenas convocó nueve delegados y no tuvo efectos prácticos. <<

[115] Solo cuatro delegados de los más de cuarenta con derecho a voto decían ser trabajadores. En Pipes (1990: 360). <<

[116] Gramsci, en sus Notas sobre Maquiavelo, usa el término de «capitani» para designar a quienes serán los constructores y guías del partido, que él, a su vez, define como un «intelectual colectivo». <<

[117] De gran interés son las Actas del Congreso, publicadas en Lenin (1977: 297-348). Esto, fuera de los dos textos de Trotski que se usarán a continuación así como los análisis que, entre otros, aparecen en Walter (1974) y Schapiro (1970). Para una extensa documentación en inglés véase 1903—Second Congress of the Russian Social-democratic Labour Party, en MIA 2016. <<

[118] Trotski (1903) en MIA/TIA (2016). <<

[119] Trotski (1904) en MIA/TIA (2016). <<

[120] Trotski (1903: 12). <<

[121] *Ibíd.*: 6 y 12. <<

[122] Esto a través de un complejo sistema que le aseguraría a la redacción el poder sobre el Comité Central del partido en Rusia. <<

[123] Esta es la expresión de Trotski en su texto de 1904. Ver Trotski (1904: 49 de 52).

<<

[124] Trotski (1903: 16). <<

[125] Lenin esgrime como prueba un papel en el que, según él, Mártov habría dado su apoyo a su plan artero. La copia del original fue publicada muchos años después y su lectura pone en claro la manipulación de Lenin. Véase Schapiro (1970: 53, nota 1).

<<

[126] Walter (1974: 172). <<

[127] *Ibíd.*: 173. <<

[128] Trotski (1930), del capítulo «El congreso del partido y la escisión». Citado de MIA/TIA (2016). <<

[129] Trotski (1904: 11-12). <<

[130] *Ibíd.*: 13. <<

[131] *Ibíd.*: 29, 31-32 y 41. <<

[132] *Ibíd.*: 44. <<

[133] *Ibíd.*: 49-50. <<

[134] Lenin OE I (1961: 437). <<

[135] *Ibíd.* <<

[136] El tema de los recursos financieros será uno de los más escabrosos en la historia de los bolcheviques, contando desde los asaltos dirigidos por los célebres georgianos Kamo y Koba (Stalin) hasta la apropiación de la herencia de Nikolái Pávlovich Schmidt. Las acciones de Kamo y Koba están descritas con todo detalle en *Llamadme Stalin*, de Simon Sebag Montefiore (2010). Sobre el asunto de la herencia véase Carrère d'Encausse (1999: 144 y siguientes). <<

[137] Con posterioridad al II Congreso Lenin pierde el apoyo de Plejánov, quien junto con él había seguido editando Iskra. Esto lleva a la renuncia de Lenin a su comité de redacción. <<

[138] Lane (1969: 12-13). <<

[139] El primer soviet nace, según Anweiler (1975), en Ivánovo-Voznesensk en mayo de 1905, siendo esencialmente un comité de huelga. El soviet más importante será el de San Petersburgo, fundado el 13 de octubre y disuelto por la fuerza el 3 de diciembre, cuando Trotski era su presidente. <<

[140] Lane (1969: 12-13). <<

[141] Esta es la estimación que hacen Haup y Marie (1972: 21) para comienzos de 1917. <<

[142] Schapiro (1970: 103). <<

[143] Comienzos de marzo según nuestro calendario. Las fechas se siguen dando de acuerdo al calendario juliano en vigor dentro del Imperio ruso. <<

[144] El inicio del proceso revolucionario se puede rastrear ya en 1916, bajo la forma de un descontento creciente entre las élites gobernantes con el estado de cosas imperante en general y la conducción de la guerra en particular. La idea de que había que «salvar a la monarquía removiendo al monarca» cundió y llevó a un acercamiento entre críticos conservadores y liberales del zar. En: Pipes (1990: 269).

<<

[145] La idea del «doble poder» es parte esencial de la narración bolchevique de la revolución. También lo es de la interpretación trotskista. Un análisis clásico al respecto es el de Trotski (1978) en su Historia de la Revolución rusa. Ver MIA/TIA (2016). <<

[146] El Gran Terror es el título de la célebre obra de Robert Conquest sobre las purgas estalinistas. Véase Conquest (1968) y, para una nueva edición revisada, Conquest (1990). <<

[147] Arendt (1951: 303, nota 9). <<

[148] 22 de enero de acuerdo al calendario occidental. <<

[149] Lenin CW XXIII (1964: 253). <<

[150] Citado en Wilson (1972: 533). Las depresiones nerviosas de Lenin fueron recurrentes y graves, inhabilitándolo a veces por períodos largos para todo tipo de acción política. <<

[151] Wilson (1972: 533, basado en las memorias de Krúpskaya). <<

[152] En estos documentos Lenin no habla, como pronto lo hará, de la toma del poder por los soviets. Ya veremos que se trata de una ambivalencia que volverá a manifestarse durante 1917. <<

[153] Citado en Schapiro (1970: 164). Para una versión distinta de este telegrama véase Lenin CW XXIII (1964: 292). <<

[154] Lenin se había opuesto de manera vehemente a la guerra desde sus comienzos. Esta no sería ni la primera ni la última vez que el gobierno alemán ayudaría a Lenin. Entre otros, Carrère d'Encausse (1999) sostiene que Lenin habría recibido ingentes sumas de dinero de los alemanes para financiar su futura acción revolucionaria. Esta misma acusación fue lanzada contra Lenin por el Gobierno Provisional durante el verano de 1917, tal como nos lo recuerda Carrère d'Encausse en la obra ya citada. <<

[155] Petrogrado era el nombre de la capital rusa desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial ya que su viejo nombre, San Petersburgo, fue considerado demasiado germano para ser la capital de una Rusia en guerra con Alemania. <<

[156] En la Séptima Conferencia Nacional del partido, a fines de abril, el número de militantes bordeaba ya los 80.000. A fines de julio, cuando se celebra el VI Congreso del partido, este número llegaba a unos 200.000. En ambos casos se trata de estimaciones hechas por los mismos bolcheviques. Al respecto: Schapiro (1970: 173).

<<

[157] Walter (1974: 429). <<

[158] En muchos lugares lo seguirían de hecho haciendo hasta octubre de 1917 a pesar de las directrices del partido en sentido contrario. <<

[159] Citado en Wilson (1972: 548-549). <<

[160] *Ibíd.*: 549. <<

[161] *Ibíd.*: 550. <<

[162] *Ibíd.*: 552. <<

[163] Walter (1974: 433). <<

[164] Citado en Walter (1974: 433-435). <<

[165] Esto se produce después de los sangrientos enfrentamientos de julio. Véase el artículo «A propósito de las consignas», en Lenin OE II (1960: 200-207). El VI Congreso del partido, reunido a fines de julio, aprueba el cambio. Lenin, sin embargo, relanza la consigna «Todo el poder a los soviets» el 1 de septiembre, cuando los bolcheviques habían conquistado la mayoría en soviets importantes. <<

[166] De la alocución de la madrugada del 4 de marzo según Wilson (1972: 552). <<

[167] Lenin OE II (1960: 35-39). Sobre esto volveremos luego, al analizar El Estado y la revolución. <<

[168] Según Sujánov, un bolchevique histórico presente en la reunión del día siguiente habría dicho: «Lenin acaba de presentar su candidatura para un trono europeo que ha estado vacante treinta años: el trono de Bakunin». En: Wilson (1974: 553). <<

[169] El 7 de abril el diario del partido, Pravda, publica las tesis de Lenin, pero Kámenev aclara en una nota que el texto solo compromete a Lenin y agrega: «Nos parece inaceptable, porque presupone que la revolución burguesa está terminada y propicia su transformación inmediata en revolución socialista». Citado en Carrère d'Encausse (1999: 211). <<

[170] Existen estimaciones muy diversas sobre el tamaño de la Guardia Roja en octubre. En relatos oficiales de la historia de la revolución se ha mencionado la cifra de 200.000 efectivos. Schapiro desestima esta cifra, reduciéndola fuertemente. En todo caso, parece haber acuerdo de que en Petrogrado alcanzaba a unos 20.000 efectivos en el momento del golpe de Estado. Al respecto: Schapiro (1970: 176). <<

[171] Esto lo hace en una carta al Comité Central titulada Los bolcheviques deben tomar el poder. Ver Lenin OE II (1960: 390-392). <<

[172] Lenin llega incluso a mandar su renuncia al Comité Central el 29 de septiembre dada la renuencia de este para apoyar su exigencia de una insurrección bolchevique inmediata. *Ibíd.*: 406. <<

[173] Lenin OE II (1960: 429). <<

[174] *Ibíd.*: 466. <<

[175] *Ibíd.*: 465. <<

[176] Cuando el Congreso se inicia, por la noche del 25 de octubre, solo el Palacio de Invierno (donde estaban los ministros del Gobierno Provisional y que era defendido solo por un batallón femenino) no había caído en manos de los bolcheviques. Esto ocurrirá durante las primeras horas del día 26. Una de las características más sorprendentes del golpe bolchevique es su carácter casi totalmente incruento, ya que prácticamente no encuentra resistencia alguna. Los hechos del Palacio de Invierno, con sus asesinatos, saqueos y violaciones, serán una excepción que, sin embargo, presagia lo que pronto vendrá. <<

[177] Lenin OE II (1960: 298). <<

[178] Un texto clásico al respecto es la carta de Marx a Joseph Weydemeyer del 5 de marzo de 1852: «Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la existencia de las clases solo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases». En: Marx y Engels II (1955: 453). <<

[179] *Ibíd.*: 342. El texto de Engels se encuentra en Marx y Engels I (1955: 617). <<

[180] *Ibíd.*: 328. <<

[181] *Ibíd.*: 373. <<

[182] *Ibíd.*: 313-314. <<

[183] Pipes (1994: 508-509) hace la acotación de que estas cifras subestiman la verdadera caída demográfica ya que no consideran el aumento poblacional que, en otras condiciones, debería haberse producido. <<

[184] Service (2010: 239). <<

[185] Sus sucesoras serían las igualmente temibles GPU, OGPU, NKVD, NKGB y KGB. <<

[186] Pipes (1990: 832). <<

[187] Lenin CW XXVI (1972: 501-502). <<

[188] Todo esto se hacía en un país donde el II Congreso de los Soviets había abolido, el 27 de octubre de 1917, la pena de muerte. Pero claro, Lenin había puesto de manifiesto su opinión al respecto al comentar esa decisión con la siguiente pregunta cargada de ironía: «¿Cómo puede hacerse una revolución sin fusilar?» Citado en Carrère d'Encausse (1999: 310). <<

[189] De 703 mandatos los socialistas revolucionarios obtuvieron 419, mientras que los bolcheviques y sus aliados —los así llamados socialistas revolucionarios de izquierda— obtenían 208. Los mencheviques apenas obtuvieron 16 mandatos y los liberales del Partido Democrático Constitucional 17. En: Carrère d'Encausse (1999: 285-286). <<

[190] Así reza esa famosa resolución: «El Congreso (...) acuerda: Formar para la dirección del país, hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente, un Gobierno Obrero y Campesino provisional, que se denominará Consejo de Comisarios del Pueblo». Véase en: Lenin OE II (1960: 497). <<

[191] A lo que hay que sumarle la guerra contra diversos levantamientos antibolcheviques y la intervención de diversas potencias que arreciaron, especialmente entre 1918 y 1920, en el este, sur y noroeste del antiguo territorio del Imperio ruso. <<

[192] El régimen comunista llega, el 3 de marzo de 1918, a un acuerdo de paz con el gobierno alemán mediante el célebre tratado de Brest-Litovsk, que implicó enormes pérdidas territoriales por parte de Rusia. <<

[193] Lenin OE II (1960: 700). <<

[194] *Ibíd.*: 701. Este es, sin duda, un juicio precipitado de Lenin. Pronto vería cómo se desencadenaba una guerra civil implacable que en ciertos momentos incluso llegó a amenazar la supervivencia del régimen soviético. <<

[195] *Ibíd.*: 702. <<

[196] *Ibíd.*: 701. <<

[197] Para los partidarios más entusiastas del Comunismo de Guerra, como Nikolái Bujarin, el mismo representaba un salto directo al comunismo: «Concebimos al Comunismo de Guerra como universal, por así decirlo una forma “normal” de la política económica del proletariado victorioso, y no como algo relacionado con la guerra, es decir, conforme a un Estado definido por la guerra civil». En: Bujarin (1967: 178). <<

[198] Medida rusa de aproximadamente un kilómetro. <<

[199] Este es uno de los muchos documentos que han salido a la luz después de la caída de la Unión Soviética. Ver Pipes (1996: 50). También está reproducido en Service (2001: 365). Para un intento de relativizar la bestialidad de esta orden véase Lih (2011: 143147), que la interpreta como una expresión de parte de Lenin no de su voluntad de aterrorizar a la masa campesina sino de ganarse su apoyo demostrando una voluntad inquebrantable de combatir a sus supuestos explotadores: «Lenin insiste que el narod (pueblo) debe ver los ahorcamientos. ¿Por qué? ¿Para aterrorizarlo? No (...) Lenin estaba convencido que el narod odiaba a los “kulaks chupasangres” (...) Las ejecuciones fueron pensadas como una forma de liderazgo de clase inspirador». En: *Ibíd.*: 147. <<

[200] El ex zar y su familia más directa fueron asesinados en Ekaterimburgo, en los Urales, el 17 de julio de 1918. Poco después se masacró al resto de los familiares de Nicolás II en las ciudades de Perm y Alapáyevsk. <<

[201] Carrère d'Encausse (1999: 342, 345 y 347). <<

[202] Del primer número de la revista Kommunist, del 1 de abril de 1918. Citado en Brinton (1972: 83). <<

[203] Citado en Brinton (1972: 83). <<
Todo el poder contra los soviets

[204] Estas cifras se refieren a obreros no solo industriales sino también de la construcción, transportes, etc. <<

[205] Lenin CW XXXIII (1965: 60 y 79). <<

[206] Citado en Deutscher (1972: 72). <<

[207] Lenin OE III (1961: 721) . <<

[208] Shliápnikov era uno de los bolcheviques con más méritos en su currículo revolucionario. Bolchevique ya desde 1903 y uno de los pocos de origen obrero. Fue líder de los obreros del metal y comisario del Trabajo en el primer gobierno bolchevique. Fue ejecutado en 1937 durante el Gran Terror pero, a diferencia de tantos otros, no se prestó a la farsa de las confesiones de los grandes procesos. <<

[209] Deutscher (1972: 72). <<

[210] Deutscher (1973a: 38). <<

[211] Deutscher (1972: 16). <<

[212] Lozovsky era, como Shliápnikov, un bolchevique de los primeros tiempos. Tal como este, y a pesar de las torturas más bestiales, nunca confesó en las persecuciones del Gran Terror. Fue finalmente ejecutado en 1952 junto a muchos otros comunistas de origen judío. <<

[213] Citado en Brinton (1972: 77-78). <<

[214] La propuesta de Trotski está en sus Tesis sobre la transición de la guerra a la paz presentadas al Comité Central en diciembre de 1919. En: MIA/TIA (2016). <<

[215] Ambos textos provienen de la carta a La Liberté publicada en MIA/MBRA (2016). <<

[216] Anweiler (1975: 115). <<

[217] Bettelheim (1976: 245). <<

[218] *Ibíd.*: 247. <<

[219] Lenin OE II (1960: 709). <<

[220] Bettelheim (1976: 128). <<

[221] *Ibíd.*: 132. <<

[222] *Ibíd.*: 133. <<

[223] El primer episodio sangriento de esta represión es el aplastamiento de los anarquistas de Moscú por las tropas de asalto de la Cheka el 12-13 de abril de 1918. Este fue el inicio de una cruenta represión contra los anarquistas en toda Rusia que llevó a Trotski a exclamar, lleno de satisfacción: «¡Al fin el poder soviético barre de Rusia, con escoba de hierro, al anarquismo!» Véase Volin (1977a: 208). <<

[224] Citado en Bettelheim (1976: 355). <<

[225] Comentando la lucha de Trotski contra Stalin y sus aliados en 1927 Isaac Deutscher escribe: «su acusación principal contra ellos no era la de que actuaran con un espíritu jacobino sino, por el contrario, la de trabajar para destruir ese espíritu (...) Y él se identificaba a sí mismo y a sus partidarios con el grupo de Robespierre» (1972: 248). <<

[226] Este sistema había sido aplicado sistemáticamente por Trotski durante la guerra civil. En este caso, fue el Comité de Defensa de Petrogrado presidido por Zinóviev el que tomó la resolución sobre los rehenes. <<

[227] Este y otros documentos del levantamiento de Kronstadt están en Gerín II (1977: 183-211). Se cita aquí traduciendo de Pipes (1994: 383-385). Para una narración de los hechos desde el punto de vista anarquista véase Volin (1977b: 74-158). <<

[228] Lenin OE II (1960: 496). El «Decreto sobre la tierra» fue una copia, lisa y llana, del programa del Partido Socialista Revolucionario. <<

[229] Lenin murió en enero de 1924 pero su actividad, ya muy disminuida desde 1922, había cesado completamente después de un segundo ataque de apoplejía en marzo de 1923. <<

[230] Esta es la opinión de, por ejemplo, Charles Bettelheim (1976) y Roy Medvedev (1979). <<

[231] Lenin había sido el adalid de esta visión durante los inicios de la NEP. La idea misma de un repliegue necesario para lanzar un segundo asalto a la fortaleza campesina fue planteada por Lenin el 29 de octubre de 1921 en una analogía con la táctica de los japoneses para tomar Port Arthur. En: Lenin CW XXXIII (1965: 81-82). <<

[232] Skocpol (1984: 346-354). <<

[233] Este es el hecho clave que permite entender por qué, a pesar del terror bolchevique, los campesinos no se pusieron del lado de los «generales blancos» en la guerra civil. Por ningún motivo querían ver el retorno de sus antiguos amos al poder. Como bien lo indica Orlando Figes: la incapacidad «de los blancos a la hora de reconocer la revolución campesina fue la razón de su derrota final (...) Mientras que la reforma agraria fue el primer cometido de los bolcheviques, fue el último de los blancos: eso, en un país campesino, lo dice todo» (2014: 629). <<

[234] Ambas citas provienen del capítulo XI de la Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS. En: Comité Central del P. C. (B) de la URSS (1939). <<

[235] Deutscher (1973: 233-234). <<

[236] *Ibíd.*: 254. <<

[237] Conquest (1990: 20). Fuentes soviéticas posteriores elevaron esta cifra a unos diez millones de muertes. Más recientemente se ha llegado a una cifra de entre cinco y seis millones de fallecidos a causa de las calamidades que acompañaron la colectivización (Davies y Wheatcroft 2009), esto fuera de los dos millones de supuestos kulaks que fueron deportados a los campos de trabajo forzado del Gulag y los diez millones de campesinos que en esa época huyeron del campo. Véase: Fitzpatrick (1994) y Viola (1996). <<

[238] Applebaum (2003, capítulo 3). <<

[239] Montefiore (2004: 66-67). <<

[240] *Ibíd.*: 67. <<

[241] Koestler (2000: 50-51). <<

[242] Bettelheim (1978: 433). <<

[243] Marx (1975: 950). <<

[244] Montefiore (2004: 526). <<

[245] *Ibíd.*: 247. <<

[246] Volvió a cambiar de nombre en 1925, pasando a llamarse Partido Comunista de los Bolcheviques de la Unión Soviética y una vez más en 1952, cuando finalmente fue eliminada la palabra bolchevique. <<

[247] Lenin OE III (1961: 784). <<

[248] *Ibíd.*: 795 y 808. <<

[249] Voslensky (1980: 91). <<

[250] Montefiore (2003: 88). <<

[251] La depuración cuantitativamente más importante fue, en efecto, llevada a cabo antes de las grandes purgas. La misma fue iniciada en enero de 1933 y durante 1933-1934 se expulsó a más de un millón de miembros y aspirantes del partido. Véase en: Schapiro (1970: 439). Hannah Arendt destaca este mismo rasgo en el nazismo, es decir, la voluntad de Hitler de preservar el carácter de élite ideológica del Partido Nacional Socialista. En: Arendt (1951: 354). <<

[252] Sobre las condiciones de vida de la nueva élite pueden consultarse Montefiore (2004) y Schlögel (2011). <<

[253] Conquest (1990: 5). <<

[254] *Ibíd.* <<

[255] Koestler (1940: 242). Arlova es un personaje de la novela de cuya expulsión del partido y ajusticiamiento Rubashov, el personaje y víctima central, se hace cómplice con su silencio. <<

[256] Al respecto se pueden consultar la biografía de Isaac Deutscher sobre Stalin (1972) y el segundo tomo de su biografía de Trotski (1973). También la biografía de Trotski de Robert Service (2010). <<

[257] Deutscher (1973: 42-43). <<

[258] Citado en Carrère d'Encausse (1999: 59). <<

[259] Voslensky (1980: 77). <<

[260] Su comentario, cuando fue informado por Anastás Mikoyán de lo ocurrido en Alemania la noche del 30 de junio de 1934, fue el siguiente: «¡Qué tipo ese Hitler! ¡Magnífico! ¡Esa es una proeza que requiere habilidad!» En: Montefiore (2003: 134).

<<

[261] La expresión «autismo moral» deriva de la obra de Martin Amis, *Koba the Dread: Laughter and the Twenty Million* (2003). <<

[262] Schlögel (2011: 106). <<

[263] *Ibíd.* <<

[264] *Ibíd.*: 93. <<

[265] Montefiore (2004: 189-190). <<

[266] Broué (2008: 288). <<

[267] Schapiro (1970: 440). <<

[268] Véase el capítulo 6 en Applebaum (2003) y los cálculos hechos en Conquest (1990: 485-486). <<

[269] La orden 00447 está casi íntegramente reproducida en Schlögel (2011: 581-587).

<<

[270] Estas cifras están basadas en Schlögel (2011). Véase también Getty y Naumov (1999). <<

[271] Elleinstein (1975: 125). <<

[272] Algunos ejemplos tomados del libro de Karl Schlögel: solo en 1937 se clausuraron unas 8.000 iglesias y monasterios, 70 congregaciones y órdenes religiosas fueron disueltas, 60 obispos fueron ejecutados. Véase: Schlögel (2011: 573). <<

[273] *Ibíd.* <<

[274] *Ibíd.*: 125-126. <<

[275] Conquest (1990: 485-486). <<

[276] Si bien este aspecto no debe ser exagerado, como acostumbran a hacer muchos de sus detractores influenciados por la visión muy parcial que Trotski ha dado de Stalin. Tal como Montefiore (2010) lo muestra convincentemente en su obra sobre el joven Stalin, su bagaje e intereses culturales estaban muy lejos de ser insignificantes.

<<

[277] Schapiro (1990: 623). <<

[278] Citado en Koestler (2000: 439). <<

[279] *Ibíd.* <<

[280] Conquest (1990: 109-131). <<

[281] Bujarin (1937). Esta es la última de las cuatro cartas que Bujarin, desde la prisión, le escribió a Stalin. Durante el año que pasó encarcelado Bujarin escribiría cuatro amplios manuscritos, de los cuales al menos dos están publicados en los así llamados Gefängnisschriften (Escritos de la cárcel). En ellos deja clara su fe inquebrantable en el advenimiento de una nueva era. Según él, estaríamos asistiendo a una época «apocalíptica» y «al nacimiento de un nuevo mundo para la humanidad». En: Schlögel (2011: 622). <<

[282] Bujarin (1938). <<

[283] *Ibíd.* <<

[284] Pipes (1994: 384). <<

[285] Schapiro (1990: 443). <<

[286] Koestler (2000: 167). <<

[287] Shakhty es una localidad ubicada en el norte del Cáucaso donde hay minas de carbón. En 1928 se procesó a 55 «expertos burgueses», ingenieros de minas en realidad, que allí trabajaban bajo el cargo de sabotaje. 51 fueron condenados ya sea a ser ejecutados o a la cárcel. El proceso fue celebrado en Moscú, con confesiones forzadas y todos los demás componentes que luego serían típicos de los grandes procesos de los años 1936-1938. Al respecto véase Brackman (2001: 197-198). <<

[288] Fitzpatrick (1979: 393-394). <<

[289] *Ibíd.*: 377. <<

[290] Stalin (1950: 542). <<

[291] *Ibíd.*: 543. <<

[292] Conquest (1990: 438). <<

[293] Schapiro (1970: 444). <<

[294] Stalin (1950: 914-915). <<

[295] Alexiévich (2015a: 11). El Komsomol era la organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética. Se podía pertenecer al Komsomol entre las edades de 14 y 28 años. Por su parte, la Organización de Pioneros Vladímir Lenin agrupaba a quienes tenían de 10 a 15 años. <<

[296] Proceso que fue acelerado por la decisión del V pleno ampliado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, celebrado en marzo-abril de 1925, exigiendo la «bolchevización» de los partidos que adherían a esa organización. <<

[297] Tomadas del poema publicado por Neruda en El Siglo del 16 de marzo de 1953 bajo el título de «En su muerte». Este poema, más conocido como «Oda a Stalin», será modificado posteriormente, eliminándose algunas partes del mismo. Al respecto véase Neruda y su tiempo: Las furias y las penas, de David Schidlowisky (2008). <<

[298] Elleinstein (1975: 19). <<

[299] En la obra de Pipes se encuentran también muchas explicaciones que resaltan con fuerza la importancia del elemento ideológico y que no son plenamente compatibles con las palabras que a continuación se citarán. <<

[300] Pipes (1994: 501-502). <<

[301] *Ibíd.*: 503. <<

[302] Como se sabe, la influencia del modelo de partido leninista-bolchevique fue muy significativa para la creación del partido nazi y otros semejantes. En el islamismo militante, en particular tal como lo formuló Sayyid Qutb, la influencia del leninismo es también evidente. Véase en especial Milestones (Hitos en el camino), obra publicada en 1964. <<

[303] OME 5 (1978: 192). <<

[304] Arendt (1951: 316-317). <<

[305] Lukács (1969: 334). <<

[306] Arendt habla en este contexto del «hombre masa» como base del totalitarismo, definiéndolo como aquel caracterizado «no por su brutalidad y su atraso, sino por su aislamiento y falta de relaciones sociales normales». (1951: 310). <<

[307] *Ibíd.*: 316. <<

[308] *Ibíd.* <<

[309] Kolakowski (1983: 207). Cita revisada comparando con el original en Tucker (1977). <<